









A mi querido amigo D. Joaquín Pavia, padrino de la criatura.

El autor
[Signature]

860-3419"

946.015.4 55"1813"

MARGARI

6

EL 31 DE AGOSTO



Donativo de D. Joaquín Pavia

31 AGOS. 1935

[Handwritten marks]
61-57
13

33-6

MARGARI

O

EL 31 DE AGOSTO

NOVELA HISTÓRICA

PREMIADA CON EL PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO LITERARIO CONVOCADO POR LA JUNTA DEL CENTENARIO PARA RECORDAR EL SITIO É INCENDIO DE LA CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN POR EL EJÉRCITO ALIADO ANGLO-POR-TUGUÉS, DURANTE LA GUERRA * * DE LA INDEPENDENCIA, * *
EL AÑO DE 1813

OBRA ESCRITA POR

D. Vicente Ferraz y Turmo

Catedrático de Literatura en el Instituto de Guipúzcoa



R. 58. 878

Martín, Mena y C.^ª — IMPRESORES

SAN SEBASTIÁN. — 1913

R. 116935

TARJETA DE PRESENTACIÓN

Al pueblo de San Sebastián dedica la gentil Margari sus cariños.

Y al devolver á las gentes la visita que le hicieron en su casa Teatro Victoria Eugenia, deja el traje escénico y se viste con galas novelescas para distraer, contando despacio, cosas de tiempos viejos.

El autor del libro en que Margari va por el mundo quiere hacer al público merced de cierto género de cortesía, que consiste en no marearle cantando alabanzas sino dejando que espontáneamente se encariñe de la doncella donostiarra y le preste amables atenciones, con las cuales halle creciente acogida y asiento en toda casa de gusto y distinción.

San Sebastián, Septiembre de 1913.

ÍNDICE

PRÓLOGO

		<u>Pág.</u>
CAPÍTULO I.	— Los contertulios de la calle de los Esterlinos.-Las dos caras del amor y el parecer de un solterón.-Los ecos del zortziko.....	9
— II.	— Oteando la vida.-José Antonio se aburre en San Sebastián.-José Antonio ha encontrado distracción.- <i>Margari ederra ta liraiña da..</i>	21
— III.	— El lunes de carnaval.-¡Esos Franceses! -Hasta la vuelta, Margari.....	33
— IV.	— Reheleos de ausencia.-Por esas calles.-Los nuevos vecinos.-Una visita inesperada.....	43
— V.	— Carta abierta de un novio á su novia, con algunas cosas que interesan al curioso lector.	53
— VI.	— Margari está de buen humor.-Las noticias que sabe don Juan Manuel.-Los ingleses son alguien.....	69
— VII.	— Margari escribe, pero el curioso lector no podrá saborear todas las intimidades, porque en el manuscrito original hay grandes borrones.....	77

PRIMERA PARTE

— VIII.	— En el Ostatu de Hernani.-El baile de la Chacona.-Un siciliano alegre.-El triunfo de Vitoria repercuta en San Sebastián.....	89
— IX.	— El huracán se acerca.-Los afanes del amor.-Lo que siente y lo que cuenta José Antonio.-Lord Wellington almuerza en Ulía....	105
— X.	— El alojamiento de José Antonio en Hernani.-Lo que vió el cura Iturriaga, pescando truchas.-Se oyen cañonazos.-Se prepara el primer asalto.....	117
— XI.	— Dos portugueses de buena cepa.-El primer asalto.-El vino es mal compañero.-A José Antonio le dan con la puerta en las narices.	127

CAPÍTULO XII.	—Un cura, un enciclopedista y un cirujano. —Las niñas de la casa esperando á José Antonio.-Basta de canciones y á la cama.....	137
— XIII.	—El siciliano prisionero.-La visión de los vicios.-El francés Brussau.....	151
— XIV.	—Hidalgo y mercader.-Un disgusto de Margari.-Las fiestas de Agosto.....	161

SEGUNDA PARTE

— XV.	—A ver al aitona.-Al pasar por Hernani.-Lo que les contó el cura Iturriaga á José Antonio y Juanchu.....	173
— XVI.	—El siciliano ha visto á Margari.-Nos llaman desde Irún.....	185
— XVII.	—El ataque del 31.-El despertar de Graham. —Los rubios vuelven la cara.—Albión se acuerda de sus hijos.....	197
— XVIII.	—Las emociones de Margari.-¡Vaya con el pisaverde!.....	205
— XIX.	—El General Rey.-La sidrería de la calle de la Higuera.—Un sargento que se defiende. —La danza de los muertos.....	213
— XX.	—Arrecia el vendaval.-Margari espera.-La herida del capitán Brussau.-El médico de la casa.-El cirujano de moda en San Sebastián.-Margari se hace fuerte.-Un piscolabis.	223
— XXI.	—La batalla de San Marcial.-José Antonio y Juanchu en las avanzadas.-El parte de Sir Graham y la sonrisa de Wellington -Adiós los franceses.-Al galope.-El fuego en San Sebastián.....	239
— XXII.	—La casaca del Tesorero del Ayuntamiento. Los caballeros de la arrebatifia.-Los ingleses en casa de Margari.-Los postres de una cena.-José Antonio y sus camaradas llegan á tiempo.....	249
— XXIII.	—En casa de Juanchu. -Mientras duerme Margari.-Por esas calles.-El amanecer del primer día de Septiembre.....	263
— XXIV.	—El sueño de Margari. ¿Y esa ciudad tendida á mis pies? -Almas heroicas.....	277
EPÍLOGO.....		283



PRÓLOGO

CAPÍTULO I

Los contertulios de la calle de los Esterlines.—
Las dos caras del amor y el parecer de un solterón.—Los ecos del zortziko.

—Parece que tocas en lo ridículo, querido Juanchu; pero, sigue, sigue con tus fantasías ultra-históricas, que me placen.

—Decía pues, que cayeron rendidos al pie del monte Urgull los dos hijos del Patriarca; habían bajado de la montaña y lanzáronse en las ondas de la bahía; querían ir más allá; fuerza superior á su

fuerza los detuvo: la ninfa Easo, mensajera de Calipso, les ofreció su palacio, con alfombra de césped y de flores, con techumbre de estrellas no pintadas por artista humano; el amor cautivó á los montaraces hijos de Aitor, y pasados los tiempos, en el palacio de la ninfa, cantos y risas infantiles respondían al coro de ruiseñores, que saluda en los amaneceres al Patriarca, desde las cumbres de Igueldo, desde los pinares de Ulía, desde las praderas del Urumea.

—Poético estás, Juanchu; mas, por grandes cosas que imagines, tu pueblo, Iruchulo, tiene el mismo origen que el mío, arrinconado en la montaña, en esa montaña de allá lejos, donde parece que nace el sol, ¿la ves?; puesto en fantastigar, te digo en verdad que yo acaso soy hijo del sol: pero, déjate de ninfas y de diosas, y hablemos de hembras de carne y sangre; déjame pensar en la boca grande y en los ojos pardos de esa zagala que acaba de ponerme en casa la buena ventura.

—Antonio, ¿tanto se te ha entrado por adentro mi vecina?

—Sí, del todo, y bien puedo decir con el poeta:

háme traído amor á tal estado
que ni puedo ni quiero conocerme.

Así hablaban dos buenos mozos, al volver de su excursión á un caserío colgado en las praderas del Hernio, cerca de Asteasu, á donde habían acudido, invitándose ellos mismos, ya que la familia de Juanchu era íntima de los dueños, que pasaban temporada en el caserío, y José Antonio pretendía ganar igual intimidad.

Entraban por la calle de San Jerónimo y descabalgando sus trotones los entregaron al asistente, que allí esperaba, y doblaron á la derecha, para seguir su paso á paso por la calle de los Esterlines. Seguía riendo José Antonio las invenciones del compañero, é invocando á la ninfa Easo, decíale: ¿cómo permites, ¡oh discí-

pula de Calipso! que tus hijos habiten tales casucas, que, después de todo (pongo aparte el buen empedrado de las calles) no son de mayor cuenta que las de mi aldea, cabaña de pastores en sus comienzos y hoy albergue de gentes, ascendidas á ganaderos de buen acomodo?

—Mira, José Antonio, no hables recio, porque si te oye esa pastora de los ojos pardos y de la boca grande, se enfadará por decir mal de su pueblo.

—Por ella me dejo convencer y atar en potro; y cuente la hija de la mensajera, ¿dijiste mensajera? pues bien, ó lo que fuese, de Calipso, que yo no me mostraré tan desdeñoso como Ulises y me dejaré caer en sus brazos sin acordarme del humo azulado de mi aldea, como se acordaba el personaje de la leyenda homérica.

—De modo que de ella depende tu opinión.

—Sí; yo creo que el amor convierte los tabucos en palacios.

—Cierto, José Antonio, y á los listos en tontos.

—¡Hola! parece que te escuece mi empeño de sacarte del tapete, llevándote de excursiones; te has vengado llamándome tonto; no lo soy en tal grado que no vaya advirtiéndote que me conduces á tus salones; eres capaz de ponerte de rodillas para que te deje entrar; vamos pues.

Era Juanchu de opulentas mejillas, fachendoso, de aventajada estatura, sin que ello constituyera única hacienda, pues también poseía espíritu bien documentado y cosecha de alegría en sus adentros, asomándole siempre al rostro; oficial de los más animados del Batallón de Africa, destacado en San Sebastián, toda su dicha se cifraba en ser hijo de Iruchulo, y de la calle de la Trinidad, por añadidura; en una casa de salientes aleros y de número borrado por el tiempo, habían anidado sus antecesores desde mediados del siglo XVIII, y vivían con el mayor acomodo que les proporcionó la

industria de la construcción de anclas, que el bisabuelo había aprendido en Holanda; aún guardaban en un baul de cuero negro, con anclas dibujadas, una carta en la que el Marqués de la Ensenada aplaudía las habilidades del artífice; pero también el oficio náutico atrajo á la familia y le dió sus zarpazos; por eso, la madre de Juanchu sentía apego al solar, desde el cual oía en las noches de invierno, entre el rumor de los mares, como ecos de cantos funerales de sus deudos, héroes que habían recibido el beso fatal de las olas. Hallábanse en nuestro oficial, la sencillez y liberalidad ejercitadas con medida; su punto débil, los naipes: más que la avaricia de los champones, pues sentía despego de tal pudrición, le empujaba al juego cierta inexplicable afición al husmo de tahurería; el mismo rostro ponía á la suerte adversa que á la carta afortunada; su comentario era inevitable en toda jugada, y la habilidad del chiste le seguía como su sombra; combado sobre

la mesa, en cada sesión apuntaba un capítulo de matemáticas, y después de combinar números venía la suerte contraria á destruir sus cálculos;—hay que desengañarse, sin las matemáticas no se puede dar trazas al acierto,—y mientras tanto, dejaba en manos ajenas su caudal.

Aquella noche, al llegar nuestros dos oficiales á la tertulia de la calle de los Esterlines, advirtieron muy movida conversación; enzarzados estaban en ella un viejo militar recién llegado de Alemania, donde sirvió á las órdenes del Marqués de la Romana, y el Jefe del Batallón de Africa, hombre de facha gótica, salientes pómulos, negra la tez, adusta la mirada, firme de opinión y de carácter, y con todo, suavísimo en su trato y ameno en la charla, matizada de finas ironías.

—Ya ve usted, señor Kant, no hay más que aguantar y tragarse la Biblia; ya lo sabía usted, ¿no dijo que, cuando cortejaba á la hamburguesa, la hija del Pastor protestante, le hacían leer

todas las noches un centenar de versículos? pues, siga usted leyendo.

—Esa sería la menor tarea, mi coronel, si ella no tuviera peores aficiones; pero, no es todo misticismo lo que aprendió mi mujer en esos libros; parecía mariposa blanca y me salió con pecas en las alas.

—Buena la hemos hecho, don Kant; tan enamorado de las cosas de fuera y le han metido en la maleta gato por liebre.

—Lo mejor que podría hacer usted es jugarse la mujer á una carta—interrumpió un joven de apicarada traza.

—No hacemos almoneda de las cosas usadas—replicó otro.

—Vaya, jóvenes, ténganse la lengua y respeten las canas y desgracias; dejemos al buen camarada que entretenga sus penas, bebiendo de este Cariñena á la salud de las buenas mozas españolas, lo mejorcito del mundo descubierta y del que está por descubrir.

—Y, á la salud de nuestro Rey don Fernando VII, que Dios guarde.

—Bebamos á su salud, que bien la necesita para soportar las cábalas de ese señor Napoleón, que con oficios de humildad esconde caninas intenciones.

—Aguila, león y zorra, dice el feísimo Izquierdo, que es el tal señor.

—¿Y ese su consejero y secretario Escóiquiz, en qué piensa?

—Es una medianía que ha tomado la afición de pensar con cabeza ajena.

—Sí, pero es el caso que su consejo es por nuestro Rey más atendido que el que le dan Urquijo y el Duque de Mahón para que no siga su viaje á Bayona; y dice el tal Escóiquiz que es negocio concluído.

—Tal vez no; de Irún no le dejamos pasar; vaya, que no pasa. Ese viaje es un lazo de Napoleón, que ha puesto á subasta entre sus hermanos la Corona de España y se mete á casamentero de los otros, mientras que él estudia la manera

de descasarse de su Josefina, que no le da herederos.

—Hable quedo, Juanchu, que los franceses tienen espías en todas partes, y su Emperador lo oye todo desde el castillo de Saint Cloud, donde está al acecho de las piezas reales que le envían sus ojeadores. Silencio y ¡viva Fernando VII!

—Y usted, José Antonio—dijo el Coronel, dando otro giro á la conversación —¿de veras ha caído en la caída de enamorarse? ¿el amor le ha marcado ya su rasguño? sospecho que se le pasarán los entusiasmos, viendo la cara que pone ese pobre señor, á quien han dejado sin seso en Alemania, entre filósofos y mujeres; acuérdesese usted del viejo decir:

eso de ser marido un año arreo
aun á los azacanes empalaga,
todo lo cotidiano es mucho y feo.

—Es que ustedes, los solterones, no ven en las mujeres sino la peor salida; sueñan que ellas son tienda y que los

maridos se dan al oficio de sacudir con las sienes, como esa víctima con quien está usted filosofando; y además, hay que distinguir de lugar; no es lo mismo el vino del Rhin que la sidra del Hernio.

—Prefiero aquello.

—Sí, pero aquello no sabe usted si es ó no es, y estotra no se confunde.

—Dime, dime en secreto, te habrás enamorado de las caderas, ¿eh? ó vamos, ¿cuál es el toque de tu caserita?

—Le repito, mi coronel, que ustedes los viejos, en tocando el mujerío desbarrran, y no ven en ellas sino aquello que menos pueden utilizar; á cierta edad engañan los deseos.

Interrumpió este tiroteo el bullicioso entrar de alegres cizarristas, entonando tradicionales zortzicos, uno de los cuales lo repitió Juanchu al mismo tiempo que ponía las manos sobre los hombros de su amigo:

— 20 —

esparziñak urratuta
zapatarikez,
Hernión guelditu nitzan
amoremiñez.

.....

continuando en coro los contertulios:

aushendo eguia
zortziko berria,
iru chiki, ardoreki
librako guia...





CAPÍTULO II

Oteando la vida.—José Antonio se aburre en San Sebastián.—José Antonio ha encontrado distracción.—MARGARI EDERRA TA LIRAIÑA DA.

Humeaba el hogar de la familia de José Antonio, á la sombra de un macizo de guijarresca espalda y entrañas de hierro, que levanta su cumbre sobre todos los picos del Pirineo, como fantasma quieto, centinela de un tropel de gigantes mudos.

Habíanle mandado sus padres á cambiar impresiones de patria y de lenguaje á casa de Brussau, ganadero bearnés, y allá, José Antonio cimentó amistades y juntó meriendas con el hijo mayor de esa

familia y con Juanchu, enviado igualmente desde San Sebastián á otear el mundo.

Juntos pasaron los tres el matorral de palabras incomprendidas de la Historia Sagrada de Fleury y el adoquinado de preposiciones y verbos irregulares latinos que el Abate Chorchi pretendía empotrarles adentro del frontal, mientras ellos, justamente, pensaban no en medir dáctilos y anapestos sino en reirse de las condecoraciones de yema de huevo que adornaban las solapas del preceptor, y en escapar al cobertizo del zuequero Casabón las tardes de lluvia, y las de sol á patinar en las balsas de hielo de las praderas del Saldiet.

Muy pronto comenzaron estudios de mayor cuantía nuestros rapagones; cosa de dos años pasó José Antonio metido en el aprendizaje de comedias de Molière y tragedias de Racine; no le desagradaba el sonsonete de aquellos versos alejandrinos que, poco á poco, fueron

despabilando su espíritu, enseñándole á entrar en la vida de misteriosos horizontes, en la cual, como en la corte de la Atalia de sus lecciones, se ofrecen en tropel los placeres.

No le seducían latines; en cambio, picoteaba con ansioso curioso unos libros que el abuelo Brussau llamaba de la «Enciclopedia»; eran de un tal Diderot y de Voltaire; discurrían allí unas ideas—que, si mamá las oyera—decía el muchacho,—¡mon Dieu!, mamá, estas ideícas, cuán diferentes son de tus sermones; ya me figuro yo que se trata de lindas mentiras; usted que se enfada por las barbaridades que dice el tío Antonio cuando llega de Madrid á pasar los veranos; ¡pues si supiera lo que pone en letras de molde este señor Voltaire!; y dicen que lleva encima de los hombros una fuerte carga de talento; ¡bah! para mí que no tiene tanto como mamá, porque...—seguía discurriendo con lógica infantil—porque... y sinó, buena prueba tengo en

la cabeza, de aquella mañana que me hacía ir á confesar y yo, remolón, después de darle agua bendita, me escapé de la Iglesia, y desde dentro gritó mi madre: «Dios te castigará»; y vaya que tal hizo; montando á pelo en la potranca que domaba el criado, patapúm, á tierra José Antonio, y por poco al otro mundo; y ahora me encuentro con que este diablo de Voltaire me quita el paracaidas; pero, so francés, pues no ves que... sí, bueno, ¿qué le podría contestar yo á ese don Voltaire? no ves que... ¿pues entonces, á dónde me hubiera ido yo, si al caer me hubiese roto la crisma? ¿no ves, hombre? ¿á dónde hubiera ido yo?

Se deshicieron apriesa, como nieves de solana, los tres años de pupilaje familiar en casa de Brussau; llegó carta del padre de José Antonio, un criado y montura, y con su botella de Jurançon y su jamoncillo bearnés en la alforja, subió la cinta sesgada que entre rocas y bosques y fontanas llega á su aldea, y mientras

tanto en su interior reñían ideas de enciclopedista con sermones de madre;—mas en fin de cuentas—dijo, respirando aires de su tierra—¿qué me importan aquéllas? razón tendrá mi madre, cuyas palabras me dan calor como sus besos; en cambio las letras de esos libros me dan frío, no me dejan mirar más allá, y para ganar hombría hay que tener calor y hay que mirar más allá. Con todo, en el espíritu del niño quedó la flor amarilla y seca que encontró en tales libros, y cuando hombre, envidió siempre á los que miraban arriba sin el examinador ante-ojo de la duda.

Los padres de José Antonio se apresuraron á traerle á España, porque su tío Antonio Cornel, personaje de cuantía en la corte de Carlos IV, quiso iniciarle en los estudios militares, como á su otro hermano, ya cadete en el Regimiento de Dragones del Rey.

Pocos días pasó en el pueblo: le despidieron como á un general, saliendo la

plana mayor de sus parientes y convecinos hasta la ermita de San Antón. Llegó José Antonio á Madrid, bataneado en un viaje de cuatro días á lomos de mula y otros tantos encubado en diligencia: su tío Cornel con calor de padre le recibió; y sin tiempo apenas para asomar su curiosidad por la corte comenzó á cursar los estudios de la milicia, saliendo luego destinado al tercer batallón de Africa, de guarnición en San Sebastián.

Aquí, en este grupo de casas acurrucadas al pie del monte Urgull, arrulladas por la eterna canción oceánica, embellecidas por bosques de pinos y manzanares, nidal donde coban generaciones del Patriarca Aitor, donde hablan con el suave canto de los pájaros, aquí, José Antonio Faurenea, como el personaje de la poesía de Bión de Esmirna,

poco á poco dejó en el olvido
sepultadas sus églogas todas
y de amor las dulcísimas odas
facilmente gustoso aprendió.

Cuando José Antonio llegó destinado á San Sebastián, entretuvo sus primeros días en espaciar la vista por la bahía, que le recordaba los lagos de las mesetas del Pirineo, verdegueantes como los ojos de Minerva, aquella diosa que los poetas nombraban tanto y con la cual no lograron encariñarle; subía al monte Igueldo, en cuya cima el buen gusto no pudo encontrar mayor halago á su afición de montañista.

Las conversaciones de mesa redonda en una hospedería, Ateneo de la vulgaridad, aburrían á José Antonio, así es que, después de cambiar sus pensamientos, escribiendo á los íntimos y charlando con sus compañeros militares, especialmente con Juanchu, apagaba la luz, pensando como el poeta,

¿cómo podré cantar en tierra extraña,
canción que pueda darme algún consuelo?

Camino de la plaza de Santo Domingo, puntual al deber del Cuartel, vió

José Antonio á la gentil Margari, puntual también á su devoción de la misa.

Margari, era alta y esbelta, de gentil donaire y parecer, de tez bastante emparentada con la color morena, cosa que no debía de preocuparle á la interesada, pues no ponía empeño en enrubiarse ni en convertir su cara en salvadera; el pequeño lunar sobre la sien izquierda y el lujoso espacio de sus ojos, eso, era un bello toque de la doncella donostiarra, dándole tal expresión de conjunto que no podrían pintarla los pintores: poco dada á la petimetría, jamás puso su felicidad en aderezarse. Sin ser pisacalles, no era difícil encontrar á Margari fuera de su casa, por su acostumbrado paseo desde la del Puyuelo hasta la Iglesia de Santa María, donde oía la misa de ocho; allí, sobre un reclinatorio, recostaba su pensamiento, no adormecido por melopeas de devocionario, al que no tenía afición; rezaba sin ayuda de esa literatura pseudomística, que forra el sentimien-

to en un diluvio de adjetivos melífluos; ella no tenía más director espiritual que Santa Teresa, cuya templada ánima le enseñó las verdaderas hablas con que los hombres hablan con Dios. Y esa maestra, que su padre le puso al lado para formar en ella recio y varonil espíritu, le llevaba algunas veces más adentro de lo conveniente; sin quererlo la santa, guidora igual para el negocio del cielo que para el negocio de la tierra, le arrastraba como la resaca de las olas hacia el mar de lo infinito; pero, no era Margari mujer que perdiera de vista la tierra; creía posible mirar á lo eterno sin soltar el ancla, y esa ancla amarrada estaba á cariños de compacta urdimbre, á su padre, un viudo que había abdicado el trono de su personalidad y se dejaba peinar los bigotes á sus dos niñas grandes y á un rapaz que le tiraba sin consuelo, mientras él mataba penas viejas, apartándoles los abrojales del camino y sembrándolo de rosas.

Segunda vez vió á Margari José An-

tonio; y la segunda vez ya tropezaba José Antonio por la calle de la Trinidad, pues los pies andaban y la cabeza quedaba quieta en las gradas de Santa María. Después de algunos días, José Antonio no apagaba tan pronto la luz; al fin pudo encontrar en tierra extraña canción que le prestara algún consuelo.

Pudo advertir Margari, que á la misa de ocho, y en el mismo altar de San Pedro, á la izquierda del Altar Mayor donde ella rezaba apartada del mundo, entraba el mundo á interrumpir sus rezos: un muchacho de recia complexión, la estatura entre dos extremos, más bien alta que baja, bigote color de avellana, ojos azules, desentendido de lujos y posturas, seguía atento al oficio del altar, sin que pudiera observar en él la menor incorrección, ni una mirada, como si fuera extraño á todo lo humano. Si los rezos de Margari perdían el hilo, no podía inculparlo á exterioridades del forastero oyente; nada decía, nada miraba, nada

pretendía, eran aleteos diabólicos que se interponían en sus místicas divagaciones.

Mañanas de Abril y Mayo fueron para Margari desde que un día oyó la voz de su desconocido diablo, quien, cruzando conversación con otro uniformado joven, al verla llegar dijo:—ésta es la mujer...

Margari tal vez no se había dado cuenta de que era mujer de carne y hueso; contestó con los ojos y rió sin disfrazar la risa; luego que llegó á casa, seguía con los labios plegados en tenue sonreír, y no le desplacían las nuevas emociones que por sus adentros corrieron, como olas de suave placer extendido por todo el cuerpo; á toda hora pensaba en la capilla de la Virgen del Coro, pero en una capilla sin altar, sin misa, sin sacerdote, sin Santa Teresa. Margari, como José Antonio,

poco á poco dejó en el olvido
sepultadas sus églogas todas,
y de amor las dulcísimas odas
fácilmente gustosa aprendió.



CAPÍTULO III

**El lunes de Carnaval.—¡Esos franceses!—Hasta
la vuelta, Margari**

El lunes de Carnaval, á 29 de Febrero de 1808, hubo animada reunión en casa de Margari, y estaba nuestra chica un medio enfadada con José Antonio, porque éste, conversando con papá, ni siquiera bailó dos figuras con ella, y en cambio la importunaba sin cesar el dichoso pariente, hijo de su tío Ignacio;— para todo esto,—decía la joven,—mejor hubiera sido, como otras noches, oír la charla de don Florencio el Doctor, que chorrea chistes hasta cuando se enfada

jugando á malilla; y leer las cartas que le escribe á papá ese hereje andaluz, Marchena, con las majaderías que cuenta desde París; ó comentar las fábulas en vascuence que le envía el cura Iturriaga, y sobre todo, oír las bromas que gasta el señor don José Antonio, con sus ideas originales acerca del basquismo, considerándose de la más vieja estirpe, y sabedor del camino por donde padre Aitor cruzó el Pirineo; y lo muy en serio que ríe mi argumentación, cuando le digo que ¿cómo ha de ser tan de puro linaje, si no sabe hablar vascuence? y me pide que le enseñe la lengua; no me desagrada enseñarle el vascuence, y traducir juntos algunos cuentos y las fábulas del cura de Hernani; pero, el muy no sé cómo decirle; no, no quiero ni pensarlo, para que no lo sepa ni lo adivine; se me caería la cara de vergüenza si se enterase de cuánto me gusta ayudarle á traducir, por la ocasión de apoyar la cabeza... ¡eh, Margari, no te pongas á hacer gestos y tonterías de-

lante del espejo, que no estás sola! y dale que dale; sigue hablando con papá, y este pelma de mi pariente, con esos mofletes que parece un corneta tocando el instrumento, no me deja vivir; ahora mismo, si éste fuera él, le aseguro á José Antonio que se quedaba sin novia: menos mal que he bailado con Juanchu; con éste me parece que estoy más cerca de mi famoso Antonio, porque se tocan sus almas, me cuenta cosas suyas y debe de ser muy gran amigo, pues goza con las alegrías de José Antonio; los triunfos de un hombre molestan á sus amigos pequeños y alegran á los pocos amigos buenos.

Don Juan Manuel y José Antonio no acababan nunca: ambos comentaban con desagrado el incesante entrar de franceses en España:—y eso traerá muy feas cosas; Napoleón es un maestro de astucias, encendido de codicia, que gasta admirable prosa y obra bellacamente—decía don Juan Manuel;—con pretexto de invadir Portugal ha metido ya dentro de

nuestra casa las divisiones Laborde, Dupont y Barbou; y hace pocos días ha pasado el Bidasoa gran parte del cuerpo de ejército que manda Monçey, y en Pamplona, el jefe Darmagnac se apodera de la Ciudadela, engañando al Marqués de Vallesantoro; esto no me gusta, mi querido amigo y Teniente; por otra parte, se sabe que hace unos días le ha escrito á su hermano José, ofreciéndole la Corona de España, pero quitándole toda esta parte desde el Ebro, que será incorporada al Imperio, quedando como frontera ese río: se duda que José acepte, que está muy entretenido en Nápoles, y amar á gusto bien vale más que un reino.

—Pues aún no sabe usted todo, don Juan Manuel; ahora parece que el Duque de Berg, Murat, que salió de París hace ocho días, está enflautando la voluntad de nuestro jefe Crillon, pues le envía recaditos con el Cónsul desde Bayona para que entregue la plaza de San Sebastián, con objeto de que sirva de

guarda espaldas á las tropas francesas.

—Eso no lo diga usted en serio; antes se la tragarán las olas de la Zurriola; ¿francesitos aquí? Ya tenemos bastantes gascones invadiendo el comercio y lo que es peor, metiéndose en las costumbres y los gustos del vecindario, al que están afrancesando, como si en nuestro solar no tuviéramos alma y vida y lengua é historia y hasta cocina, que valen como nuestras; hay vinos que no merecen ánfora vieja; ¿no le parece á usted, mi querido Teniente, que es mejor el limpio plato casero, que las cosas condimentadas con sal de otro salero?

--Justamente, á mí por lo menos, no hay cosa más de mi gusto que las cosas de esta casa.

—Eso lo dices por mí—interrumpió Margari, interpolándose en la conversación; —pues no se conoce, porque no hacían ustedes sino charlar de cosas extrañas; ¿se marcha usted, papá?

—No es lo mismo hablar que pensar,

mi indispensable Margari; ya ves, hablaba con tu padre asuntos serios y al mismo tiempo me reía por dentro, pensando, cuando te ví hablar con el hijo de tu tío, si estaríais traduciendo.

—Se me olvida la lección, según quien sea el discípulo.

—No te pongas colorada, mujer, ¿quieres que repasemos?

A buena hora quería José Antonio acudir al negocio; todos desfilaban; y sin dar paz á la mano y á la lengua, Margari atendía á la despedida, ayudando á sus amigas á recoger abrigos y prendas, con la etiqueta de la modista mademoiselle Minette, la de la calle Laffitte de París, sacerdotisa entonces de la moda, y dispensando á otras sin fingido esmero mil finezas, mientras su padre acompañaba á la gente de peluca, que desfiló de la sala con el fino propósito de repetir la fiesta, diseminándose por las calles, precedidos del famulicio, con farolillos de coloreada cristalería.

Los acontecimientos se multiplicaron aquellos días; el pueblo español, de certero instinto, como rebaño que siente el husmo del lobo que se entra en el redil, se agitó; rompía poco á poco los tapiales con que el pastor le sujetaba.

El 5 de Marzo, el Jefe de la Plaza de San Sebastián, Duque de Mahon, recibía del Gobierno la orden terminante: «entregue V. E. la Plaza, pues está indefensa.» ¿Qué podían hacer unos centenares de pescadores, que acostumbrados á los combates con el más bravo de los mares, no entendían el combatir contra las hábiles armas del maestro de las guerras? ¿qué podía hacer otro centenar de mercaderes y artesanos, que por su natural condición están tan apartados de las armas? ¿qué podían emprender unas cuantas familias de largo abolengo y renta territorial, que juntas serían blanco al primer disparo del cañón?

Muchos prefirieron la lucha y salieron del recinto indefendible para unirse al

grito lanzado en Asturias, Galicia, León, Segovia, Zaragoza...

El tercer batallón de Africa salió de San Sebastián hacia Algeciras, y varios oficiales, soldados y paisanos, se derramaron por los pueblos cercanos, mientras buscaban en los centros de sublevación un puesto de honor.

Recio fué el caso para José Antonio; no lucharon en su pecho el deber de militar con el amor á Margari; su preocupación era la despedida, y, después de noches de insomnio, juntos salieron Juanchu y José Antonio, paseando hasta Hernani, donde pernoctaron en el Ostatu de la calle Mayor; desde allí escribió al padre de Margari... «y usted le hará comprender, don Juan Manuel, dónde está mi deber; salgo para Zaragoza con autorización para incorporarme al Regimiento de Dragones del Rey, que se dirige allí desde Alcalá; y uno de cuyos escuadrones manda mi hermano; dígame á Margari que volveré muy pronto, que...» ¿qué

le digo á esa chica, Juanchu, qué le digo?

—Déjate de escrituras y vamos caminando; la novedad de gentes, y pueblos, y mesones, es alivio de caminantes.





CAPÍTULO IV

Reheleos de ausencia. — Por esas calles. — Los nuevos vecinos.—Una visita inesperada.

Margari se enteró de la salida de José Antonio el mismo día que entraban los franceses en San Sebastián y tomaba posesión de la plaza el general Thouvenot. Para gran parte del vecindario fué día de cuesta arriba, mas la disciplina que impuso Thouvenot á sus soldados abrió paso á la tranquilidad ya que no á la satisfacción. Durante algunos años se unió el yugo extranjero á ese otro enemigo, que pesaba entonces y también ahora sobre los pueblos de corto vecindario, el fantasma de la maledicencia, que sola-

pado se entra por rincones, donde á falta de otras pláticas se le da abrigo y nutrición.

Margari no había probado hasta entonces las emociones del desasosiego; son arañas y espinas que sin avisar á la carne se aposentan adentro para hacer más daño: las páginas de Santa Teresa ya no tenían resaca, ni sus hablas, que antes parecían coros de ángeles, sonaban tan dulces; solamente el eco de las conversaciones de Antonio le era dulce, como á las doncellas atenienses las alegres chanzas del viejo Anacreonte. El camino desde su casa á Santa María era el calvario; los días aquellos de Semana Santa, durante los oficios, comparaba los soldados franceses con los legionarios romanos, y detrás de la figura del Crucificado veía su propia imagen en la Virgen de los Dolores; con eso, al confrontar sus penas, llególe algún aliento varonil, y acabó de apartarla del camino del Calvario la cachetina que en la puerta de la sacristía

sacudíanse dos escolanillos, que se disputaban el ayudar en los oficios por recoger los pícaros champones.

Tenía miedo á sus tristezas, y le desplacía despegarse de los brazos de su padre; y así, en sucesivos días, don Juan Manuel, contrariando su comodidad de la lectura, salía con Margari, dejando á los dos pequeños al cuidado de la señora doña Marciala, mujer acaudalada de experiencia para enseñar de letras y costura, y hábil para ganarse la voluntad de los críos, aunque se reían de ella porque era mamona de pronunciación, á causa de lo mal asistida de dientes.

Todas las mañanas viajaban ambos por las calles de San Sebastián, recogiendo pormenores, para traer con la distracción la alegría; y no era poca la maña del padre, ducho en psicologías femeninas, para retener la salud, que se empeñaba en salirse del cuerpo de su hija. Era don Juan Manuel, muy letrado y leído, y en su facha amplia y de atleta

echábase de ver al hombre acostumbrado á un vivir lauto y espléndido, como en su conversación se podía advertir igualmente al hombre de libro viejo, al hidalgo de escudo en puerta, que volvió á su cuna haciendo muecas á la procesión de la vida, en cuyas filas sonrían almas enlutadas, y hace pucheros la humildad, y la audacia se ríe del saber.

Quedábanse unas veces en la esquina de la iglesia de San Vicente, viendo á los niños saltar entre las *koskas* ó gastadas piedras de la anteiglesia, jugando al apulletán, juego de escondite más viejo que los cuentos de Esopo; y reía Margari con los chicos de la tienda de enfrente, que arrebañándose las bragas y desholinándose con los dedos la nariz, esperaban al enemigo, escudriñando con mirada de ardilla, sin dejar el chupeteo de verdinegras velas, corridas sobre sus labios.

Otras mañanas, cuando los chubascos y ventarrones del Cantábrico desafiaban

al murallón de la Zurriola, impávido ante los ataques furiosos del oleaje, asomaban su curiosidad para ver levantarse airado al viejo Neptuno, que impotente lanza espumas al cielo, en tanto que las oceánidas entonan su perenne canturia, ahuecada por el viento.

Muchos días se detuvieron en la Plaza Vieja, viendo el centenar de caseras, pantorrilla al fresco, con su mechana y trenza larga y tirante al hombro, las cuales, habiendo llevado, madrugadoras, sus cestas de hortaliza y sus *chanchillas* de leche, luego de tomar el chocolate á tres cuartos la jícara, sentadas á hilera en los bancos de la Plaza, volvían al caserío, afanosas de guardar el champón en el arca y de acariciar la ternera, pasando la mano sobre las redondas ancas.

Ya se le hacían menos largos los días á Margari; la esperanza acertaba por un extremo, y los cariños de la casa daban otro recorte al tiempo: si ella hubiese sabido el que había de pasar sin ver á José

Antonio, tal vez no hubiera soportado tan recio martirio; pero, siempre el caminante confía en la última curva del camino y en el rayo de sol que ha de disipar pronto la tenebrosidad del nubarrón.

Muy extraña fué la visita que, interrumpiendo la partida de malilla y la charla de los contertulios, se presentó un anochecer en casa de Margari: tanto más raro el caso porque el señor no recibía visitas de franceses, no por desconsideración al enemigo hospedado en el pueblo, sino por quijotesca altivez y culto rendido á su españolismo; reconocía la cortés y disciplinada conducta de las tropas, y la caballerosidad del general Thouvenot, pero, no se avenía al trato con gentes cuya presencia le requemaba; sin ser procaces, los tenía por muy dados á la fanfarronería; la oficialidad era, por lo general, de fino ingenio, aunque se les escapaba la vanidad por las solapas, ostentando condecoraciones, en las armas ganadas por su tesón verdaderamente

napoleónico: el soldado, en conjunto, era de rusticidad y estolidez increíbles; á su lado pasar podían por cortesanos los caseros y labriegos de nuestra tierra.

La doncella anunció la visita de un joven militar, — pero, es francés, y pregunta por el señor y por la señorita Margari; y no sé qué debo de hacer.

—Dile que pase.—Y se levantó don Juan Manuel para recibir al visitante, mientras seguía la partida y se comentaba el suceso, que á Margari le ocasionó vivas cavilaciones, desentendiéndose de las bromas que al mismo tiempo le dirigían sus amigas. Llegó á sospechar don Juan Manuel, si sería alguna botaratada del General, que andaba corrido y temeroso aquellos días, pues sus edecanes barruntaron motín callejero donde solamente había algazara, el *charibari* y la cencerrada con que unos viudos viejos fueron obsequiados en sus nupcias; cualquier suceso corriente acompañado de bullicio tenía la virtud de inquietar á los

franceses, que no dejaban de inquirir, sin perder los pasos de los vecinos de principalidad y cuantía.

Don Juan Manuel se halló en presencia de un hombre de finas maneras, lumbreño, de sagaz mirada, que con hablar castellano bastante limpio, aunque tocado de graciosa vetustez, entró en conversación comunicativa é ingenua, de la cual no podían recoger noticia Margari y otra curiosilla, que se atrevieron á pegar la oreja á la puerta del despacho.

—Esas cosas me dice José Antonio...

Tal nombre, que casi por adivinación atravesó la puerta, calmó las ansias de Margari, quien, sin acordarse de urbanidades y convencionalismos, entróse, preguntando si la había llamado papá.

—No te llamé, pero no estorbas, pues nuestro amigo Brussau, á quien con gusto te presento, viene á visitarte, y ¿sabes cuya es la visita?

—De José Antonio, papá, ¿no es así, señor Brussau?

—Justamente,—contestó éste;—Antonio es mi amigo; el amigo con quien he unido pensamientos y juntado meriendas y disputado pájaros y escondido picardías; así es que, al ver á ustedes, ya sé que estoy al lado de aquél: ha sido prisionero nuestro en Zaragoza; le disgusta decirme lo que ya sospecho y le perdono; ha debido de escaparse, y corriendo montes cayó en mi pueblo, donde supo por mis padres que estaba yo en esta guarnición de San Sebastián: un criado de casa ha traído estas cartas para los tres; me retiro, porque adivino que Margari quiere quedarse sola con el pensamiento de Antonio que está en esas letras, y á la vez que pido permiso para salir, lo solicito para entrar en días sucesivos.

—A toda hora, señor Brussau.

Margari no se dió vergüenza de apoyar sus manos sobre los hombros de aquel extraño tan íntimo, tan sinceramente entregado á la devoción de la casa; no cabía de gozo y su mirada relampa-

gueó alegrías, y los brazos se colgaron al robusto cuello de su padre, que entró con tan acostumbrada carga en el comedor, donde á todos complació la buena noticia, menos al sobrinito del tío Ignacio, el de los mofletes, que palideció con el ligero escalofrío que latigüea el rostro de aquellos que se duelen de las alegrías ajenas.



CAPÍTULO V

Carta abierta de un novio á su novia, con algunas cosas que interesarán al curioso lector

...¿Qué dijiste, Margari, qué dijiste? ¿llorar hacías? ya lo sé, pero tú aliviaste con lágrimas las penas; las mías se han quedado adentro; ¿que marché sin mirar esos ojos? ya lo *sabo*, Margari, como dice tu pipiolo José Luis; aunque también mentimos, pues los miro, que aunque parece tontería de poeta, son como las estrellas los tus ojos, que se ven desde cualquiera parte; ¿que no te dí lo que el cariño...? ¿dices que eso no? calla, tonta, hay ocasiones en que el cariño tiene fueros para decir las cosas más de cerca; y

vaya, si te las dijera más de cerca... tu suave bofetada hubiera sido mi bautismo de guerra.

Ya comprenderías que á mi decoro le importaba ser cruel contigo; hubiera sido mayor la crueldad de la vergüenza de quedarme.

Son tales las cosas que han acaecido desde mi salida, que parecen soñadas; la aspereza del apartamento, eso no es sueño; me aprieta, me... no sé de qué modo explicarte el efecto que me produce; algo así como si tuviera azogue en el cuerpo y un peso en los pies y en la cabeza, que no le deja mover. Recuerdo aquello de tu doncella:—el señorito Antonio es muy amable pues; mentira será que mate á nadie con espada de punta larga;—¿te acuerdas? pues hija, ni que fuera un rompeesquinas el señorito de la doncella de la señorita. Y, lo mejor del caso es que este oficio ¿lo creerás, Margari? este oficio tiene la habilidad de traer olvidos; días enteros me incomunicué

contigo; ni más ni menos, y así como lo lees; pero, si he de poner en tinta toda la verdad, quiero que leas también que, cuando no hacía barbaridades con los franceses, hacía tonterías contigo; y las tengo apuntadas casi todas, mas no se pueden decir desde lejos; te las guardo para cuando estemos en la cocineta, debajo del retrato de tu bisabuelo el de la nariz picuda y cara acaponada, y al lado de tu tía Remedios, medio dormida con la caja de píldoras en la mano, y detrás de tu padre, combado sobre el libro, ese libro de Marchena, que le hace pegar tantos puñetazos sobre la mesa.

A los pocos días de nuestra salida, Juanchu y TÚ llegamos á Zaragoza, como arrieros cambiando de camas y mesones. El General Léfèbre había acudido hacía quince días desde Pamplona y comenzó el sitio de Zaragoza; á mediados de Junio nos incorporamos al Regimiento de Dragones del Rey, al escuadrón que mandaba mi hermano; (te cuento

estas cosas por lo que interesarán á tu padre); por cierto, que en el primer encuentro en Epila, ganó mi hermano gran predicamento, por la hábil defensa que hizo, protegiendo nuestra confusa retirada y salvando casi todas las piezas de artillería. El General Verdier sustituye á Léfèbre el 26 de Junio; ese día tembló á mi lado la tierra, y por poco me veo envuelto con la explosión del polvorín en el Seminario. Volvió á tomar el mando Léfèbre, por estar herido el otro, y cuando contábamos con recio ataque porque le irritó la noticia de la derrota sufrida por sus paisanos en Bailén, observamos que levanta el sitio.

Otra vez vuelvo á acordarme de tí y de tu cocinera Teresa, que refunfuña porque las caseras de Urnieta le piden caras las gallinas; pues ¿qué dirá, si sabe que tu novio las compra á 24 reales de vellón?

Con misión secreta de Palafox salió mi hermano, disfrazado de arriero, para

poder llegar á Madrid; después hemos tenido noticia suya; hubo de seguir su viaje hasta Cádiz, porque allí se había trasladado la Junta Central; alojado en casa de gente rica, dos guapas mozas irlandesas le obsequiaron más de lo corriente; al leer mi madre esta confidencia, mirándome sonriente dice que por todas partes pican las truchas.

Dile á tu papá, que si hubiese visto cómo se batió el cobre en Zaragoza, le daría aún más gusto ser español; y el enemigo á fe que merece tales arranques; no hay sino dos cosas que le superen: su propia arrogancia y el tesón de los baturos del Ebro; las barbaridades de los nuestros asustaban al Jefe Junot, ese duquesito bravucón, que seca sus cartas con el polvo levantado por los cañones; le mandaron á tomar baños y le sustituyó el Mariscal Lannes, que entró con suerte.

Desde el 27 de Enero, que perdimos Santa Engracia, se precipitó el desastre; de los dragones casi no quedamos más

de una docena; perdidos Torrero y el Arrabal, escasa la pólvora y más aún la harina, enfermo Palafox, sin el esperado socorro de las tropas de Reding y de Valencia, se acabó todo. El 20 de Febrero capituló la Junta; el 21 salimos los prisioneros escoltados por los soldados de Morlot; como nos llevaban á Bayona y el viaje era desagradable, nos escapamos después de nuestro paso por Pamplona; Renovales, Juanchu y tu distinguido tormento, hubimos de refugiarnos la primera noche entre unos leñadores que carboneaban en los Harduides; nos agasajaron con la gustosa *talúa*, y con *suku*, la torta de maíz empapada en leche. Conseguimos unirnos á las partidas de Perena y Sarasa; yo tuve la idea de hacerte una visita, pero me cayó un mal anochecer; cruzando un lugarón, de cuyo nombre no puedo acordarme, se metieron conmigo las avanzadas de la columna Habert, que viéndome refugiado en una fosa del cementerio, entre huesos de va-

rias trazas, creyendo que habría cobrado afición á los difuntos, querían darme el gusto, y me *fusilaron*; no te asustes; la noche aquella, en verdad te digo que me despedí del mundo; hice testamento, dejándote heredera; ¡si supieras cuánto me dolía pensar en lo que harías después! dímelo, ¿qué hubieras hecho.....? ¿llorar? ¡psh! eso, es medicamento barato; ¿qué hubieras hecho, mujer, después de los consabidos cuatro días de lloriqueo.....? ¿morirte, dices? eso es demasiado romántico, como hablan ahora; oye lo que yo quería; no te enfades; pues..... casarte con tu primo el de los mofletes; es egoistón, bebe mucha sidra y no sabe leer las entrelíneas de tu valer; su condición cerril no se aviene contigo, despintada de fingimientos, recia de genio, alta de intenciones, honda de cariños ¿te conozco?; á una mujer, para ser feliz, le conviene un hombre enamorado y lo bastante lelo para no conocer el cortés desamor de la mujer; y yo me hacía la egoistona ilu-

sión de que no te enamorarías, y serías feliz. Estos pensamientos acariciaba, cuando, puestos en fila diez ó doce compañeros mártires, oí voces de los jefes franceses, que pedían luces de candiles y teas, para asegurar la puntería; sonaron tiros, como en boda de pueblo, y yo creo que no quedé en la lista de los muertos; debí de dar salto olímpico; desbochado y ciego corrí por empedrados callejones hasta dar de topetazo con un banco de carpintero, que hizo crujir mis rodillas, y metido debajo de él pasé no sé cuántas horas; antes de amanecer, orientado por los lloros de un crío de cuna, me arrastré hasta una puerta cercana que, entreabierta, me ofrecía refugio; un hombrecico con gafas y bonete clerical bajaba la escalera, tapando con el hueco de la mano los resplandores de un velón; érase el boticario, que después de dejar acostada á su costilla se dirigía á la rebotica para hacer el amor á unas piezas de tocino y á un tonelico de vino añejo;

su buena mujer le hacía ayunar toda la cuaresma, y él no soportaba tales desaliños al estómago; el mío estaba también de viernes y vigilia; figúrate tú, cuán fácilmente se entienden dos hombres huídos y dos hambres en centinela. Días pasé que hubiera tomado por festín las pudriciones y sobras del dómine Cabra: mi última colación me la proporcione con patatas arrancadas por mí en un campo donde ensayaban tal cultivo, y asadas y sin aceite y con la sal de tu recuerdo. Dos días fuí agasajado por mi simpático boticario y su mujer; tiene gracia la boticaria; riñe á su hombre como si fuera un chico, pero le cuida á cuerpo de rey; no me desagrada este tipo para mujer propia; porque yo también haría como mi buen boticario, no hacer caso de las riñas y agradecer los cuidados; él es listo, y está enamorada ella, así es que en lógica matrimonial, mientras ella chilla él manda, callando.

Supe después, que Renovales, se in-

corporó á la guerrilla de Espoz y Mina: Juanchu se ha unido á los batallones guipuzcoanos y pelea con los Comandantes Iriarte y Aranguren, á las órdenes de Gaspar de Jáuregui, el Pastor, no dejando en paz por esas tierras de Euskeria á los franceses.

La noche de Pascua llegué á una altísima meseta del Pirineo; la niebla, que se interponía entre el firmamento y el roqueral, me obligó á tomar descanso entre los guijarros y la hojarasca del pinar: voces me guiaron hasta una huta de granito, donde moraba un viejo de blancas barbas, de tostada piel llena de arrugas, con un ojo reparado y el otro que miraba más allá del horizonte; me pareció que había caído en la cueva del Cíclope Polifemo, aquel gigante con el ojo en medio de la frente, que tanto miedo le da á tu hermana, cuando nos contaba tu padre las aventuras del sagaz Ulises, ¿te acuerdas? Para aquel viejo, como para los cofrades de Preciosa, las

inclemencias del cielo han sido oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos, hachas los relámpagos: el silencio en la soledad de estas montañas es más imponente que la guerra ruidosa. Este viejo es un mago; el humilde graznido de los grajos y el pomposo aleteo de las águilas zahareñas son sus mensajeros; habla un vascuencé rancio, más suave aún que el del *aitona* que cuida el rebaño en vuestra casería del Hernio. Al verme, sonrió y acarició mi frente; después que oyó mi hablar, con tono amargo me dijo: «vete; no eres de mi descendencia»; volvió á llamarme; «te perdono; has perdido mi testamento, pero son tus huesos hechura de mis huesos, y de mi sangre es tu sangre, habitador de las montañas de la izquierda, ¿las ves? allí se extienden mis hijos; estos mensajeros, las auras que cruzan el pinar me despiertan con el eco de vuestros himnos; cantáis al viejo padre Aitor; pero no habéis conservado la idea di-

rectriz con la que hubiérais dominado al mundo; en nada os diferenciáis de los habitantes de otras tierras. Ahora, seguid; incorporaos al resto de la humanidad, que en el ambiente universal encontraréis la vida; guardad ese tesoro de la austeridad que engendré en vuestro espíritu; guardad muestra de mi hablar, para responder al saludo de este viejo que os dirige en el difícil viaje: ya no hay razas, ya no hay patriarcados; el tiempo borró las primeras huellas; el amor une á todos los pueblos».

¿Crearás que sueño, acaso, Margari? Dile á tu padre que no sueño; sentí frío al llegar á esta huta de granito avecindada al ventisquero; creí que había perdido el contacto con la realidad de la vida, pero el recuerdo de tu cariño me tenía en pie; y, no olvido, la tengo delante de mis ojos, como la peca de tu sien, la sonrisa del Patriarca Aitor, quien, mirando á la hondonada del mundo «¿ves?» — me dijo, — «en ese baile humano, cuyos husmos

llegan á este pináculo, se apagó el candil de la verdad; la estultez y mohatría con careta de políticos llevan la antorcha, y danzan abrasadas la inocencia y la impudicia, la vulgaridad se disfraza de Minerva; pues bien, mis hijos, seguid á los pastores que no han perdido el camino, ó cobrad alientos para coger en vuestras manos el cayado.»

Viendo cada vez más difíciles las veredas, determiné de entrar en Francia; bajé, resbalando por la nevera, equilibrando mis resbalones con un palo de fuerte punta, y dando tumbos y sondando tierras, llegué á casa de Brussau. Allí supe el feliz destino de mi amigo, tan amigo que si no llevara el uniforme de Napoleón, tendría derecho á darte un medio abrazo en la primera visita que por encargo mío habrá de hacerte.

Seguí mi viaje por la cinta sesgada que entre rocas y bosques y regatos llega á ésta, la casa de mis padres, y la tuya. Descansé de tantos zarandeos; sólo no

descanso en el pesar de verme tan apartado de tí. Pero, mi madre, que es adivinadora de voluntades, ya ve que su hijo no es un chico, sino un hombre tocado del mal de amores, y embalsama la herida, pues riendo me pregunta á menudo cómo eres; quiere que le diga cómo es tu hablar, y tu reir, y tu llorar, y una porción de cosas que, si no fueran preguntas de mi madre, diría que eran simplezas; mi padre sólo me preguntó si eres aguda de ingenio y escasa de palabras, aunque ya echa de ver que no pareces boba, pues fijaste el gusto en su hijo.

Ahora sí que tengo tiempo de pensar en tí, y aunque no es para dicho, no te enfades si pienso hasta en la menudencia y tontería de lo tentadora que estarás antes de peinarte, con el pelo sin ley desenlazado; vaya, ya haces muecas de nones, perdona, mujer, perdona, ¿qué culpas puedo tener de lo que pienso?

Llegó mi hermano y cuenta y no acaba de contar peripecias de su excursión

arrieril desde Zaragoza á Cádiz; ya te dije antes, que también viene picado. Por cierto, que estos días se ha sabido el mal fin que una hazaña de esta índole le ha traído al Marqués de Ayerbe. Mas, tente pluma, no vuelvas á contar de guerras, y como la lira del poeta de Teyos, canta sólo de amores.

Se ha recibido cartapacio del tío Antonio, comunicándonos su nombramiento de Ministro de la Guerra; nos llama á mi hermano y á tu ilustre y aficionadísimo Teniente; mi primera carta la recibirás de Madrid, cuando pueda aprovechar segura ocasión de enviarla: ahora creo que el correo es de fidelidad; mando á nuestro criado Castañeta al pueblo de Brussau, y desde casa de éste saldrá el muchacho Petriquet con mis pliegos para tí y para mi íntimo y ahora convecino y enemigo tuyo.

Algunas veces siento afanes de emprender yo mismo el camino; fácilmente podría llegar, pero me da picotazos el

decoro; hay algo que me detiene. Creo que los acontecimientos se precipitan; la batalla de Bailén abrió gran brecha en la fortaleza napoleónica; ¿nos veremos pronto?

Adios, Margari. Y, pues tienes correo seguro para la respuesta, dime, pero no seas zonza, mujer, dime lo que quieras, sin acordarte de que no se debe decir; esto es lo que más gusta, porque lo otro ya me lo figuro; y, además, moja la pluma en tu tintero y no me vengas con carta de colegiala, como la de esos libros de lectura, que parecen rosas de tela.





CAPÍTULO VI

Margari está de buen humor. — Las noticias que sabe don Juan Manuel. — Los ingleses son alguien.

Aquella noche no durmió Margari; temblaba de miedo al leer las desventuras afortunadas de su Antonio; luego, se estremecía de satisfacción con algunos párrafos que calentaban; le parecían atrevidos, aunque dichos de manera suavemente pícara;—siempre que toca esas teclas José Antonio, hace lo mismo; dice de modo que una entiende más de lo que debe y sin embargo no se sale de tino; ¡que me hubiera dado un abrazo al despedirse! la verdad es que si tal hubiese hecho, merecía un cachete; pero ¿y si no

lo hiciera? ¡huy! ¡qué hombres más fríos deben de ser los que no se atreven en tal caso! á mí no me disgustaría lo primero, mas también quisiera se enterase de que me sabía mal; ¡qué tonterías tan atrevidas dices, Margari! ¿ya volvemos á ponernos delante del espejo y á enseñar la cara de la sinceridad? tapa, tapa. A papá le leeré lo que dice de la guerra José Antonio, y aquello que le pasó en la montaña con el viejo de las barbas blancas; pues eso mismo que decía el viejo lo repite papá; hay algunos amigos nuestros que piensan en hacernos á los vascongados unos hongos solitarios, y que vivamos como ellos mandan, que no es lo mismo que mandaba padre Aitor; bien me gusta hablar el vascuence, pero ello es el traje para andar por casa; no debe llenar todo el ropero, que hay vestidos de calle que engalanan y despierdan el ingenio y borran la hurañeza de lo casero; aislarnos es renunciar al cayado.

Margari ha mandado á la doncella

Inashi á casa del oficial francés, el amigo de José Antonio, para que hable con el criado que trajo la carta:—mira,—le decía Margari á su muchacha, mientras ésta le trenzaba el pelo—ya que sabes chapurrear el francés, pregúntale al criado si conoce á José Antonio, si le vió en casa de sus dueños y qué trazas tenía; dile que venga él mismo esta tarde á buscar un encargo que ha de llevar; pero no, esta tarde no; toda entera la necesito para seguir la carta que voy á comenzar, mientras papá discurre cosas serias con sus colegas de la Diputación; he de escribir largo; le diré al señorito don Antonio que si no vuelve pronto, me voy á la guerra yo también; y donde lo encuentre, pues le hago prisionero y se acabó.

—Pues, pa eso, señorita, más derecho sería que cogiera usted preso á ese señorón gordo y grande que dicen tiene la culpa de todo, y se acabó.

—Chica, no creas que es un señorón tan grande; se llama Napoleón y es más

pequeño que el Vicario de Santa María. Pero corre, Inashi, que has de arreglar á Pepe y á Conchesi, que no pierdan tiempo para ir al Colegio de las Churchi; y lávales bien las orejas, porque si nó, buena nos pondrá la señorita Micaela, tan aficionada á pasar cuentas á la vecindad.

—Y vaya un arreglar que tiene el niño don Pepito, siempre chillando; dice que le gustaría vivir sólo en el caserío para que no le peinen y le laven.

—Oye, á Teresa que ponga para comer patatas asadas al rescoldo, sin sal ni aceite.

—Señorita, ¿es que se quiere acostumar usted á rancho de soldado? ¿ó será algún específico para que no le salgan canas? pues ya lo necesita la señorita, porque esto cana es y no otra cosa.

—Tú lo que has de hacer es no olvidarte de las patatas; ya me sé á qué sabrán y para qué son; me las envía mi distinguido Teniente, como muestra de

los banquetes que se da por esos mundos; corre, no pierdas tiempo; voy á llamar á papá, que es hora de su chocolate; corre.

—Hola—entró diciendo don Juan Manuel—mi picarona, mi morenilla de los ojos misteriosos; trae esa frente; trae esa peca, así, toma, un besuco, dos, tres; ¿á que no has dormido jota esta noche? ¿qué apostamos á que has leído lo menos veinte veces el cartapacio de tu oficialillo? ¿no decía yo? para viejos como tu padre, que miran con las lentes de la edad no hay más misterios que los de arriba, y aun esos se van aclarando si se sabe mirar bien, y después de haber visto despacio lo de abajo; ¿á que sé por qué no fusilaron á José Antonio?

—Pues ¿cómo se ha enterado usted de eso, papá?

—Porque anoche hablé con Brussau, que también ha recibido carta, ya lo oíste; me comunicó noticias muy reservadamente, y bastante mejores que estos bo-

llos de la señora Agustina la gordinflona de la calle de Narrica; yo no sé si en vez de anís les ha puesto aceite de bacalao; pruébalos tú, acaso sea aprensión; con estos paladares del sacamuelas no sabe uno á qué gusto quedarse; pues, la noticia es que no tardaremos mucho tiempo en quedarnos libres de franceses, porque á Napoleón le pican por esos mundos más enemigos que pulgas en San Sebastián.

—No se quejará usted por las que le piquen en casa, papá; todo el día estamos dale que dale y frota que frota con la cera y la menta y el cepillo.

—No, hija, no lo digo por tí; tienes la casa como si hubieras de recibir al Estado Mayor del General don José Antonio.

—¿Quién sabe si la hija de mi padre será generala?

—Por ahí te resulta floja la noticia; precisamente, si nos quedamos sin franceses, adiós ascensos, aunque seas sobriñita del Ministro de la Guerra.

—¡Bah! justamente no son ascensos lo que quiero; con una cruz me conformo.

—Ya llegará; ten paciencia y almacena para luego.

—Bien, á ver, cuente *aitacho* lo que iba diciendo.

—Diciendo iba que los franceses levantarán pronto el campo; á Napoleón se le hielan sus glorias en Rusia, y su hermano, nuestro Rey interino, parece que ha abandonado el Manzanares para tener más fácil la salida; esa corona se le cae de la cabeza; por otra parte, los aliados ingleses vienen apretando mucho; ahora, desde principios de este buen año de 1812, Wellington, á quien han concedido el título de Vizconde de Talavera, viene á paso de carga; se ha apoderado de Ciudad Rodrigo y de Badajoz donde han cometido mil atropellos; por cierto que me parecen demasiados títulos los que le conceden á ese señor, que no ha sabido imponerse á sus tropas y evitar saqueos y crímenes; nada menos que Duque de

Ciudad Rodrigo y Grande de España, y el Condado, y últimamente el Toisón de Oro, por su triunfo sobre Marmont en Salamanca, en los cerros de Arapiles; en fin, esta tarde, veré á algunos compañeros y sabremos si se confirman las buenas noticias.

—¿Se va, papá? cuando vea á Brusau, dígale que venga antes de marcharse los franceses á Francia.

—Hija, no vayas tan de prisa, ni los despidas sin pedir antes permiso á Napoleón.

—¡Napoleón! ¡psh! más le valiera estarse metido en su casa, leyéndole cuentos á su mujer, y cantando canciones de babador á su chiquitín; ¡valiente sosa debe de ser su María Luisa, no saber tenerlo quieto á su lado! yo, lo que es á José Antonio no le dejaría llegar á ser Napoleón, aunque tuviera veinte hermanos para darles otras tantas coronas; después de todo, para deshojarlas luego...



CAPÍTULO VII

Margari escribe, pero el curioso lector no podrá saborear todas las intimidades, porque en el manuscrito original hay grandes borrones.

...y como Ella, digo: ¿á dónde te escondiste? salí tras tí clamando y ya eras ido: si supieras lo que aprendí desde tu original despedida! las penas, de tanto mirarlas cara á cara, me parecen devaneos; luego que te marchaste pasé lo que no sois capaces de imaginar los hombres; de tanto cabecear en la jaula de ideas tristes en que estaba metida, acabé por dejar salir de mis adentros la salud; pero poco á poco, puesto mi padre en retenerla, fuí entrando en el reino de la vida; mas he quedado tan curtida, que

cualquier cosa me hace feliz; hasta los guisos de la cocinera Teresa, la que decías tú que es tan gruñona; hoy nos ha servido unas patatas asadas al rescoldo, pero sin sal ni aceite, ¿será boba? ¡ni que estuviera de asistenta de un oficial hambroón y huído!

Aquellos romances que me enseñaste —á mis soledades voy— de mis soledades vengo, —pues hijo, ni que los hubieran hecho á mi medida: salgo de visita por la tarde con papá y mi hermana, y mientras estoy en la visita me hago tertulia á mí misma; ya me sé con quien; de todos modos no pierdo conversación, porque me las *sabo* de memoria desde el primer día; lo único que me gusta en esas tertulias es ver las caras que ponen algunos al tomar el chocolate; en los modos de soplarlo cuando está caliente hay más variedad que en las conversaciones; no tienen sino cuatro toques, como esos pianos de juguete que sólo llevan cuatro teclas, la del prójimo, la indumentaria, el

tiempo y el mercado; la que mejor manejan es la primera, y la que peor suena es esta última, y ella ya la llevo en los oídos desde antes de peinarme, porque Teresa me salpica de jacarandinas contra los franceses, no por culpables de tu ausencia sino porque han puesto las gallinas más caras que las compradas por tí en Zaragoza, y las chuletas,... yo creo que no comen otra cosa, á juzgar por lo muy encaramadas que se han subido.

Lo que más me distrae en estas reuniones son las *casquetas* de mi tío Ignacio cuando pierde en el juego de malilla; la otra noche se atufó por una hábil jugada del doctor, y contestando á las carcajadas de éste, le dijo que los médicos debían de ser arma prohibida, como las escopetas; ¡quién quiso oír á doña Paquita! ni que le hubieran disparado con toda la carga; y, mientras el doctor siguió riendo, su mujer tuvo que aguantar el chaparrón de barbaridades que el papá de mi primo le endilgó; lo

mejor que le puso en los oídos fué que con quién pecaba las cosas que confiesa todos los días, y otras por el estilo.

Dirás que somos unas cotorreras las donostiarras, no te faltará razón; en teniendo prójima á la vista ya hemos cogido faena; pero no soy yo de las que exageran como Luchi, por ella sí que estarían de más los médicos; si oye toser á una ya dice que está tísica; si alguien se queja de anginas le aconseja cien remedios, y al volver la esquina le extiende la partida en la primera conversación que topa.

De mí han inventado mil trapacerías, pero ¿qué me importa? la envidia tiene boca muy grande y se encarama á las alturas para dejar allí su aliento; la vida sería demasiado monótona si no hubiera mortificaciones; me han bautizado con el mote de Simeta, ya verás, estuvo aquí hace unos meses aquel amigo que papá conoció en Madrid, que es de los mejores poetas, don Leandro no sé cuantos de Moratín; por cierto que disputaba mucho

con mi padre, porque ese señor es un tantico afrancesado como todos los que se reunían en la librería de Fauli, y á papá ya sabes cuánto le joroban esas gentes de la Cruz del Pentágono, que así llaman á esa condecoración creada por el Rey José para agraciar y atraer á los tocados de pueriles vanidades. Pues bien, cierta tarde, que tuvieron reunión en casa, nos leyó escenas de una comedia, y versos traducidos del *gringo*; en una poesía que él llamaba idilio ó cosa parecida, se habla de una mujer enamorada, Simeta, que para no perder el cariño de su hombre se vale de filtros amatorios y canciones misteriosas, y hechizos de derretir cera; no te digo que no hago lo posible para que tu martillo golpee al compás del mío, pero si he de hablarte la verdad, mi único filtro es la Virgen del Coro, y le rezo sin quemar cera, no precisamente para que te acuerdes de mí sino para que las balas no se acuerden de tí. La inventora del mote fué la bellí-

sima Charo, que después de todo no hace sino quemar cirios al Santo Cristo de Lezo para no quedarse *nescasarra*; lo que es con su movimiento de caderas ya puede esperar el milagro; habla de su dote de indiana; más bien debía decir que lo busca y no que lo tiene; y, sobre todo, ¿qué caso le han de hacer los santos, si saben que cuando estuvo con el tifus ofreció novenas para que le volviera el pelo y después no las ha cumplido? será tal vez porque le ha vuelto á salir, pero jabonado con canas. Y ¿quién crearás que me defiende? pues tu amigo Mofletes; el pobre, todas las mañanas, cuando va Teresa al mercado, le sale al encuentro, preguntándole por la señorita, escoge en los puestos la mejor fruta, los mejores pollos; él sabe como nadie los precios de todo, y se agarra con las case-ras como si defendiera una plaza fuerte; y lo bueno es que cuando llega Teresa, como no se deja echar sermones, aunque sabe pasarse las horas con soldados en

la fuente del Chofre, si le señalo algún defecto á la compra, le sacude el mochuelo al señorito Pepe Ignacio.

Con todo, mi querido Antonio, no acepto el regalo que en tu testamento me haces; y no es mucha tu galantería al suponer que pudiera, desamorada, casarme con alguno; te perdono, porque con la vida rústica de tanto tiempo, debes de estar muy montaraz; esa para que te piques; donde las dan las toman; lo que siento es no poderte pasar de cerca esta cepilladura; ¿qué te has figurado de las chicas de mi pueblo? podremos ser un poco desatadas de taravilla, pero los brazos no están nunca sin faena; nos gusta la lindeza y rendimos demasiado culto á la modista, pero no hacemos almoneda del cariño, y también tenemos traje de cocina.

Esta noche soñé que era yo la boticaria del pueblo donde te fusilaron, ¡qué miedo! y que tú éras el boticario; te cogí cuando bajabas á la rebotica á buscar el

amparo del jamón; mala es tu suerte, porque aun soñando te sorprende esta boticaria.

Papá ha llegado tarde esta noche; tenían que arreglar cuentas largas y la Junta de la Diputación Foral se las ha tenido tiesas con el finísimo Thuvenot, llamándole la atención sobre las abusivas cargas que hace pesar sobre la provincia; como el amigo Soroa es muy compinche con ese jefe francés, ha intervenido con acierto en la demanda. Se confirman las noticias buenas; dícese que los franceses van de capa caída en todas partes, y además les está sacudiendo el polvo el ejército inglés aliado que dirige ese señor de Dublín, don no sé qué Wellesley; le llaman hombre de hierro, porque dicen que tiene genio duro y no deja vivir á nadie; yo, por mi parte, le perdono lo del genio como lo descargue fuera de casa; hablan de que esas tropas son lo mejor que ha podido mandar Inglaterra, no precisamente por ayudarnos sino á ayu-

darse ellos, porque tienen miedo de que Napoleón se les meta en su tierra; son de menos arrestos que vosotros y que los franceses, pero tienen gran serenidad y al parecer no perderían el apetito ni se alterarían sus nervios aunque vieses delante á las fieras de Zaragoza; lleváis fama de tales, pues no se habla de otra cosa más que de lo bravucones que estuvisteis cuando los Imperiales sitiaron el Pilar; ya me consumo por ver cómo tienen la cara los héroes.

¡Cuánto me gusta saber que estás al lado de tus padres; díles que me complacería mucho demostrarles lo muy aficionada que soy de servirles; y á tu mamá que te repita los sermones de cuando eras chico, pues bien los necesitas, porque esos libracos franceses se te han metido demasiado adentro de la cabeza; y total, no dicen sino cosas vulgares; ni siquiera hablan de amores como los poetas, éstos da gusto leer lo que dicen, por supuesto que tampoco me hacen gracia los de la

empalagosa moda de enamorarse de pastores y de la luna, y de los ampos de nieve, y de los crepúsculos y celajes grises, y ninfas, y... ¿de dónde serán estas señoritas? tales gustos merecen palos; ¿por qué no le habrá dado á mi primo por enamorarse de alguna de ellas? ahora está muy desconsolado porque lo mandan á Inglaterra, á cosas de comercio.

Papá, en medio de sus alegrías por el viento en popa que llevan estos sucesos, ha sentido gran contrariedad por la muerte de su íntimo el Coronel Gregorio Cruchaga; iba éste en busca de municiones á la costa, y al llegar á Segura se disponía, por aviso de Jáuregui, á coger un convoy de artillería; pero una bala de cañón le destrozó las manos; Mina le hizo trasladar á San Miguel in Excelsis y murió al pie del Santuario; el Aralar es un hermoso sepulcro para héroes como ese amigo de mi padre.

Desde ahora se reunirá la Junta en

Tolosa, y para evitarse papá el fastidio de los viajes, ha pensado que vayamos al caserío del Hernio; contentísima voy por varias razones, entre otras porque quiere mi padre, y á más porque es el caserío donde tú estuviste á ver á la chica de los ojos grandes, ¡cuando eras joven! ¡van pasando tantos días que ya casi te habrás olvidado del caserío y de los ojos grandes de la chica!; pero yo no me olvido de lo que te reías con Juanchu, oyendo los discursos del *Aitona*, y con las corridas de toros, cuando enseñábais el toreo á José Luis, poniendo un escudo de plata en los cuernos del cordero topón atado y haciéndole entrar al chico en los terrenos, y el tuno ¡cómo os daba la vuelta, metiéndose en ellos vuelto de espaldas al cordero!; y cuando cogías tu *acullua* y te ponías á seguir la yunta de bueyes y cortabas yerba como un dallador, y enfadábais al pipiolo quitándole sus nidos de *kaskabeltzas*; y cuando subíamos al pueblo á oír la misa, montada yo en bo-

rrico sobre las artolas, y vosotros de escuderos...

Eso que en tu carta dices de la bofetada tenla por recibida, mas no tan suave como te figuras: Y dile á tu señor tío, que si yo fuera ministra de la Guerra te mandaríá prisionero á San Sebastián, en vez de llevarte á Madrid, ¿qué falta haces allí?...





PRIMERA PARTE

CAPÍTULO VIII

**En el Ostatu de Hernani.—El baile de la Chacona.
—Un siciliano alegre.— El triunfo de Vitoria
repercute en San Sebastián.**

Por fin volvían á encontrarse después de tantos zarandeos, y en la misma mesa; hasta los velones que alumbraron aquella cena en el Ostatu de la calle Mayor de Hernani, eran los mismos; por no variar la decoración, Inashi, la hija del mesonero, cariaguileña y ojinegra, seguía galopando Avemarías en vascuence, á la vez que acudía con presto pie á todo llamamiento y con diligente mano á todo ser-

vicio requerido por comensales de variada catadura y de hambre uniforme, que acomodaban su cansancio en viejos bancos de roble.

El abrazo de Juanchu y José Antonio apagó la risa y greguería de oficiales, arrieros y estudiantes que hacían camarada en el bodegón, alrededor de mesa cubierta con mantel de cáñamo casero.

—Traes cara tristonaa, José Antonio; tú siempre tan amenizador, tan expresivo; casi no te conocí cuando entraste con ese pedazo de hombre empilmado ¿acaso algún herido?

—Dos heridos, amable Juanchu; somos dos; y...

—Espera, no te me escapes al libre conversar, que se me va la lengua detrás de una curiosidad inevitable; dime ¿serán reheleos de ausencia los que te tienen tan mal parado de efigie?

—Derecho vas, Juanchu.

—Entonces, si el remedio era olvidar ¿se te ha olvidado el remedio?

—Juanchu, eres adivinador.

—¿De modo que aún llevas adentro el cosquilleo de mi vecinita?

—Dentro del todo, en el lado este, ¿ves? aquí, Margari me tiene roto el sentido, y voy tan sin él que...

—Que cante otra vez,—dijeron voces alegres:

*El baile de la Chacona
encierra la vida bona.*

—E viva la vita bona; questo bailo espagnolo alegra el ánima — dijo con habla danzante el oficial siciliano, que ya no estaba para más andanzas y copeos; torcido el cuello y vendado por reciente herida en Vitoria, acabó su frase, cayendo en brazos de José Antonio, que le cedió el asiento, dejándole apoyar sus flaquezas sobre la mesa.

—Hablemos, José Antonio; tengo hambre de toda tu campaña; ya te diré después las cosas mías; te guardo un paquete de pensamientos; siéntate y deje-

mos á este remendado durmiendo en su cepa; desde que nos pusimos en cobro, huyendo de la cadena de Morlot ¿qué fué de tus huesos?

—Continué haciendo caricias á los franceses; pero de nuevo me pusieron en peor aprieto, y tan recio, que aún sentiría el dolor si no tuviera la costumbre de olvidar los dolores.

—Ahora se acabarán del todo; hace unos días que estamos allanándote el camino para que puedas llegar á la calle del Puyuelo; el día 29 atacamos el Convento de San Bartolomé con las compañías guipuzcoanas de Aranguren, Larreta y Calvetón, á las órdenes de Ugartemendía; después de cortar la cañería del agua, recibióse orden de Lord Wellington para que nos retirásemos, porque ahora parece que mi pueblo es plaza de alto empuje y dice el Lord que nuestros esfuerzos, no acompañados con abundante bronce serían infructuosos, por lo cual ha puesto sitio formal, con diez mil an-

glo-portugueses, mandados por Sir Graham.

—Buen soldado; aunque es viejo, tiene temple acerado, como el acero de estas montañas; le conozco por referencias de un paisano suyo con quien gané amistad de hermano en el Zadorra; dice que Sir Graham pelea como un hombre que busca en la muerte el olvido de penas hondas; desde que murió su esposa Mary, ha tomado las armas como alivio de la vida; discurre como los mejores; se le tacha de tener gran dosis de voluntad ajena, quiere decir, que se deja llevar demasiado por los que le rodean.

—Pues, amigo, prepara el bagaje de tus amoríos, que te veo ya paseando por la Plaza Vieja con Margari.

Un sargento relleno de años y de laceras, con más humor que barbas, en las cuales se emboscaba su rostro, soltó chorros de voz al mismo tiempo que hacía descomunales aspeos de brazos y piernas

El baile de la Chacona
 Encierra la vida bona;
 Bulle la risa en el pecho
 De quien baila y de quien toca,
 Vierten azogue los pies,
 Derrítese la persona;
 El brío y la ligereza
 En los viejos se remoza
 Y en los mancebos se ensalza
 Y, sobre todo, se entona.

Al golpe de esa voz despertó el siciliano, murmurando latines.

—¿Latín á estas fechas?,—exclamó Juanchu.

—Claro,—respondió José Antonio,—en todo el tiempo que estuvo en campaña no hizo más que empinar á todo tiento; y en que cayó prisionero, por tragar se metió en el cuerpo las Falsas Decretales y nos tiene á todos canonizados.

No bien acabó José Antonio estas palabras, cuando un estudiante, golpeando al extremo de la mesa y con caliente verbo, hizo acudir á sus razones la curiosi-

dad de muchos comensales. Discutía con un hombre blanquecino y desangrado, bizco de piernas, que hacía corvetas con las cejas, y mintiendo como cronicón medioeval, no rendía su erudición de enciclopedista ante el firme perorar del estudiante, que disparaba textos de la Instituta, un poco averiados por el calor del vino; el anciano, de baratería científica relleno, sostenía sin entrar en la entraña de la cosa que la Constitución de Cádiz era lo único decente que España había cosechado; mientras que el leguleyo atacaba tal ley fundamental, como engendro de marca napoleónica, lanzando pestes contra los cándidos oradores de las Cortes gaditanas porque no supieron beber en el limpio manantial de libertad que corría por la legislación política aragonesa. Los circunstantes cobraron afición á tal disputa, acabada con la sentencia de un arriero de ponderado sentido que terció en el caso,—miren vuestas mercedes, no hay que escarbar tanto la molle-

ra; si eso de Cádiz lo han de usar hombres buenos, bueno será; y si lo han de manejar los pillastres, malo será.

Luego advirtieron Juanchu y José Antonio que el anciano pleiteante era el buen Kant, contertulio de la calle de los Esterlines, que repetía la canción de siempre, y puesto sobre la plataforma de su vanidad pueril achicaba el mérito de la gente española que no salía de los mol-des de antaño, mientras él sabía de todo, pues había paseado por los centros de Europa y había desafiado con Marchena al tirano Robespierre, cuando lo metieron preso en la Conserjería, antesala de la guillotina; y había asistido á las lecciones de filosofía que el ayudante del auténtico Kant explicaba en Hamburgo.

De todo sabía en efecto para perorar delante de rebaños vulgares, pero en dando con gentes de pulimento cerebral asomaba el retrato de Margites griego, que todo lo sabía mal; y así es como se dejó de apuntar en la cabeza una tonte-

ría, la situación topográfica de Bailén, que lo colocaba en Portugal; Y ahí fué donde le tocó nuestro estudiante, pues nada menos que Bailén, hasta Napoleón sabe ya donde cae ese pueblo por cartas de su amigo Dupont. Ingenioso era el tal estudiante, pero no tenía más que eso; lo demás se reducía á cuatro ó seis años de pasear por las calles de Salamanca, donde aprobó leyes romanas y recopilaciones españolas, sin saber de la misa la cuarta. Después de todo, no era pretencioso, y como él decía, no quiso perder el juicio como el enjaulado de «Diablo Cojuelo», comentando glosas baldistas ó buscándoles el gerundio á verbos griegos.

—Bailén está en el Retiro, ¿non e vero?—dijo el italiano encarándose con la cariaguileña, que tiesa como una cucaña y zahareña como mula de galera secamente contestó:—bai, bai; kenadi ortik, aparta de ahí, á retiro tocan; todos pues, tú también, yo también.

Era el siciliano uno de esos farfanés

que reclutados por el César corso andaba á la briba, de ejército en ejército, y en todas las campañas cayó prisionero cuantas veces entró en acción; porque eso de aguardar á que le rompieran la costillería no era justamente lo que ponía en sus cuentas, y dejábase coger, permutando luego su situación con la misma facilidad con que pasaba por su galillo el agua de color. Ayudante interino, tuvo la loca suerte de que Mendizábal y Longa se acordasen de él, cuando sorprendieron en el alojamiento de Pozo de la Sal al jefe Palombini, la noche del 10 al 11 de Febrero; el General se disponía á tomar el chocolate, cuando entraron las guerrillas en la casa, y echándose un capote encima se refugió en el corral entre dos mulas de labor. El siciliano Roso se dejó coger; adivinó que los soldados del primero de Vizcaya eran de suave condición, y no quiso perdonar el chocolate; las cuatro jícaras se hubiera tomado si no llegan á la mesa dos sargentos que, des-

pués de ayudarle á desayunar, lo presentaron al jefe Mugartegui. Horas después Palombini mandó recado á Mendizábal para que tratasen á su ayudante á lo amigo; por tal modo se lo encomendaron á José Antonio, entregándole un mediano militar, pero alegre camarada, cabal de ingenio, distinción y donosura.

El General Mendizábal habíase fijado en José Antonio, á quien distinguía no sólo por su buena nota sino también por ser sobrino del Ministro don Antonio Cornel, y le recomendó que compartiera con el ayudante hijo de la condesa Roso, siciliana; y no vincularon mal, sobre todo desde el día 21 de Junio, que juntos quedaron bautizados en las aguas del Zadorra, fructificantes de la llanada de Vitoria.

—¡Qué día, amigo Juanchu!—decía José Antonio cuando salieron hacia su hospedaje. Espléndido fué para Wellington, quien desde un altozano de Nancla-

res gozó anticipadamente el esperado triunfo sobre unas tropas cuyos generales no se entendían; ¡lástima que al iniciarse el primer ataque, la muerte del Coronel Cadogan amargara la sonrisa del generalísimo! Los artilleros franceses tienen á raya desde Ariñez el empuje de las divisiones anglo-portuguesas, dirigidas por aquel hombre enjuto, sereno, que al ver cerca ya del río al General Lord Dalhousie, emprendió el avance. No pudieron Jourdan, el Rey José y Gaxán evitar el paso del Zadorra, primer propósito de los ingleses, que lograron desalojar las aldeas Margarita y Crispiana, teniendo que reconcentrarse los franceses en las alturas de Zuazo para emprender la retirada definitiva por Pamplona.

Y acudimos á tiempo; había comenzado el ataque á las ocho de la mañana, y nosotros, que incorporados á la División Longa con la primera y quinta de Graham, más las tropas lusitanas de

Bradford y Pak, estábamos lejos vigilando la llegada de Foy, recibimos aviso del generalísimo, y desde Murguía nos lanzamos á escape para llegar á las diez; ocupábamos Aranguiz y los altos de Araca á mediodía, arrollando á la división francesa del bravo Sarrut, á quien vimos caer muerto al comenzar el combate. Con Longa fuimos hasta la misma orilla del Zadorra, y si bien nuestro paso fué relativamente ordenado, muy pronto nos hizo volver la columna Lamartinière, por el mismo puente de Gamarra. En tan precipitado retroceso quise vadear; siguió mi siciliano y juntos caímos, encontrando para alfombra el cristal del río, y por receta un escuadrón del Teniente Pery, chacloteando sobre nuestros huesos. Poco después nos llevaron á Vitoria con un regimiento preparado por el General Alava, para defender á su pueblo contra los anglo-portugueses, mucho más temibles que el enemigo fugitivo. A mi buen compañero le dejaron señales en el cue-

llo las herraduras de los caballos; á mí también se me quedó esta pierna desentendida del cuerpo, y vayan gracias á la buena acción de Pery, que descabalgando cogió las riendas de mi alazán para levantarlo y dejarme libre de impedimentos.

Aquel anochecer del 21 tuvo para el Rey José Bonaparte las negruras de una tronada; entre carros y cañones tumbados en el matorral, y el lamento de los heridos en medio de los senderos y el renegar de jefes y soldados, huyó el Rey, agachando el bulto sobre la silla del caballo que, encabritado, parecía querer dejarlo en manos de los aliados; y Jourdan se replegaba aturdido por la fiebre que le consumía desde cuatro días antes; cuadros de Velázquez, de Murillo, del Ticiano; alhajas y vajillas, piezas de oro como miés recién amontonada, hasta el bastón del Mariscal lo abandonaron para salvar los restos de un ejército que iba dejando sus pedazos en los riscos de Es-

pañá; ¡no siempre había de caer don Quijote ni dar mandobles á molinos de viento! su escudero Sancho era el inglés, que entró en las aventuras por la tajada y por defender su ínsula,





CAPÍTULO IX

**El huracán se acerca.—Los afanes del amor.—
Lo que siente y lo que cuenta José Antonio.—
Lord Wellington en Ulía.**

El 10 de Julio de 1813 José Antonio llegó á Hernani, donde tuvo que permanecer sin asomar al nido de antaño. Mientras él y su italiano curaban en Vitoria los batacazos, había entrado en San Sebastián el General Foy, tomando alojamiento con los 16.000 hombres que, vapuleados por Mendizábal y Graham, venían corriendo desde Tolosa, sin tiempo para sacar de pena el estómago, dado el empuje de los vencedores de Vitoria. Foy, comprendiendo que San Sebastián sería plaza codiciada por el triunfante

enemigo, se apresuró á tomar las medidas prudentes para la defensa; aquélla estaba como la encontraron hacia cinco años, al ser entregada por su comandante Duque de Mahón al de Berg; comenzó Foy por establecer fuerte destacamento en San Bartolomé, con una pieza que batiere el camino de Hernani; mandó salir á los forasteros y á muchos vecinos; aumentó la guarnición con 3.500 hombres de los regimientos primero, veintidós, treinta y cuatro y sesenta y dos de línea, noventa y dos piezas de artillería, mandadas por el capitán Birón, y unos ingenieros dirigidos por Pinot; ocupó el puente de Santa Catalina con cuarenta soldados y la isla de Santa Clara con veinticinco; y después, el 28 de Junio, al tener noticia de la llegada de los batallones guipuzcoanos, mandó quemar la barriada de San Martín, sobre cuyas ruínas se levanta hoy el mercado de la calle de Loyola. Deja al frente de la plaza al General Rey para que corra el temporal,

mientras Foy sigue su propósito de acompañar el convoy Maucune y tomar reposo y posiciones en el Bidasoa.

Juanchu, después que con las compañías de Ugartemendía hubo ensayado como él dijo, el allanar camino á su íntimo José Antonio, dejando luego la faena á los aliados por falta de bronce, se fué con los suyos al Baztán.

José Antonio quedó en Hernani con su pierna desmandada y con el siciliano Roso, que le abreviaba las horas de deshumor con cuentos de Bocaccio.

—Estas cosas que me cuenta Juanchu debían de alegrarme, puesto que me aproximan á Margari; y sin embargo, no estoy en mis cabales; yo que siempre oí los cañonazos como si fueran cohetes de boda, ahora llegan á mí con un retumbo que me deja frío; y es tal mi poquedad de ánimo, que hasta sospecho por lo dañada si tendremos el alma en la pierna, pues una y otra tiemblan; ¿será que la fiebre me acobarda? pero, este buen ciru-

jano del lugar dice que no es cosa; y no habla como beocio á quien engorde la ignorancia, pues sabe de materia médica como el mejor galeno que pavonea y pincha por los hospitales de Montpellier; y si la fiebre no es lo que me trae mal parado ¿qué será ello? ¿fiebre de amor? ¡bah! eso es una tontería más grande que la derrota del Rey José; ¡pobre! pues no dicen que lo ha mandado su hermano, el grande, á hacer penitencia en Mortefontaine ¡ni siquiera el amor le acompañará en su retiro; en ese punto, dichoso él, porque ¡vaya una compañía que á mí me hace el amor!; ¡si mi antiguo compañero Renovales me encontrara ahora con tan flojo nervio, á mí, que entre cuatro piezas de á ocho me vió en Zaragoza desquijarar á una compañía de gabachos frente al Portillo! Pero, ¿será posible, Margari? me voy á enfadar con ella porque esto es demasiado jugar con un hombre; ¿hombre he dicho? ¿qué has de ser, José Antonio?

Ya voy creyendo que el amor es enemigo de los cañones; si no estuviéramos tocados de flaquezas de amor, ¿qué importaría morir?; mas, es que aquí no se trata de morir, no tengo enemigos delante; los he tenido cien veces y cien veces me sentí grande, más grande que Napoleón, que al fin guerrea movido por el diablo, por coger un mundo inmenso para su familia, y yo peleo porque no quiero que me quiten el mundo pequeño de mi tierra. Antonio, ¡despierta, soñando estás y Margari te espera!; ¿me esperas? ¡pobre Margari!; cien batallones de sátiros te rodean, esa Concha en que estás encerrada, ¡bendita Concha donde me arrinconó el amor! soñando he paseado en góndola sobre ella! y ahora la veo también en el calor de mis afanes, encrespada y espumeante, tomando puesto en el desconcierto de odios que se enciman sobre sus ondas; ¿que no estoy á tu lado y tiembras? calla, Margari; déjame respirar, discurre; este demontres de cirujano,

mi excelente cirujano, dará permiso á mi pierna para que se mueva, y entonces correrá José Antonio, bogará en la góndola de sus visiones por la Concha encrespada, y le verás entrar por la puerta del murallón, dominando el mundo; tu cuarto de labor es el mundo: no he ido á tiempo; no confiarás en José Antonio, porque ya debía estar ahí; ¿eso dices? razón te sobra; debía haber llegado á tiempo; no acudir á tiempo es no tener corazón; se lo entregué todo á mi deber ¡egoista deber!

Unas palabras de Roso, cruzadas con voz conocida, le volvieron al mundo; era Pery; su simpático pateador, el pescador que con la red de su fineza le cogió en el vado del Zadorra:—¡ea, Pery, me alegra tu presencia! ¡me entrego á los ingleses!

—Iglanés, mi queguido Antonio, iglanés; somos más que un inglés é otro inglés; mi, traer encargamento buscarte; Lord hablará con tí...

—¿Has venido con el General? ¿qué

dice Lord Wellington? ¿cuándo entraremos en San Sebastián? ¿ahora mismo? ¿dices que ahora mismo? vamos pues, ¡ea, pierna de mis duelos, hazte la desentendida y á caballo. Bien suponía el cirujano que no era cosa lo de mi achaque, pues, ¿no monto en esta silla de madera como si fuese un caballo de los que relinchan? Dime, Pery, ¿sabrás cargar otra vez conmigo, si doy algún mal paso?

Y el ensayo fué tal, que en menos tiempo del que emplea un lindo en mirarse al espejo ó en colocarse flor en su casaca, estaba José Antonio puesto sobre el caballo, y saludando militarmente al Generalísimo.

Subieron entre caseríos y bosques de manzanos, á la cima del Monte Ulía; Lord, con su caballo pelitordo, perdido el rostro aguileño entre las alas del sombrero y desabrochada su casaca cenicienta, adelantaba el paso, dejando rezagada la comitiva. El héroe de Talavera y el ingeniero Smith dirigieron sus pequeños an-

teojos al murallón de 13 metros de alto, con sus dos torreones ó cubos que se extendía por todo el frente oriental del pueblo, desde el actual mercado de la Brecha hasta las rocas del Monte Urgull, donde rompían las olas con furor de cabras colas de blancas greñas. No miró José Antonio á la muralla, sino más adentro del tablero, á la cuna de sus emociones, al cuadro de casas que debajo de Santa Teresa se agrupan, confundiendo los humos de sus chimeneas.

El oreo de aquellos aires de cumbre y la decisión tomada por el Generalísimo, después de gruñir pocas palabras con Smith, de atacar la plaza por el lado opuesto al en que estaría rezando Margari, ¡oh, egoismo del amor! calmaron las inquietudes del enamorado. Alguien entró en baza, con el parecer de que el codo escogido no era el más débil para abrir brecha, porque había sido reforzado después del sitio de 1719, dirigido por Berwik; ambos jefes se miraron, y no pare-

ció que caía en desprecio tal opinión:— pongamos más cañones,—interrumpió el hombre de hierro, que jamás admitió réplicas, aunque callando retenía observaciones; y ordenó al punto que preparasen abundantes baterías en el Chofre, debajo de la actual plaza de toros, y una en el Monte Ulía, y que distribuyendo las fuerzas en dos alas atacaran la quinta división inglesa del General Oswald por los altos de San Bartolomé, y las brigadas portuguesas de Bradford y Wilson por la derecha del Urumea,—y tan pronto como los cañones del Chofre hayan abierto brecha practicable y las tropas del ala izquierda estén posesionadas de San Bartolomé, podéis,—dijo el Generalísimo, rascando nervioso sus cortas patillas de estribo,—podéis, Sir Graham, aprovechar la marea baja de día y entrar en la plaza; hacedlo con prontitud, pero sin que la precipitación malogre el feliz resultado.

Sentados en corro sobre el césped,

fueron servidos con mejores vajillas que alimentos; bastaban á la frugalidad de Wellington un picadillo de buey, especie de morteruelo castellano, y su parva ración de dulce; aquel hombre tan seco de razones como enjuto de cara, tuvo la fineza de ofrecer á José Antonio cargado café en taza de plata, labrada en el contorno con figurillas de vendimiadoras y grupos de flores y juegos de gusto oriental, pieza que sin duda era del rico trofeo de triunfos que este cipayo, como le llamaba irónicamente Napoleón, había conseguido en la India inglesa durante los ocho años que allí peleó, alentado por su hermano Richard, Marqués de Wellesley, Gobernador de aquella región: más que el contenido de la taza halagó á nuestro oficial el buen gusto del dibujo, que le recordaba tal vez el jovial encargo del poeta Anacreonte al cincelador de su vasito de plata.

Terminado el almuerzo y cogiendo riendas, Wellington emparejó al acaso

con el potranco que montaba José Antonio, y se permitió el raro lujo de bromear con un subalterno:—mohinos son caballo y caballero—dijo Lord, jugando con la varia significación del vocablo:—sé que tenéis liebre encerrada en el recinto, ¿y no la heis visto en tan largo tiempo de guerrear? ved, señor oficial, que los años acecinan á las doncellas.—Sí,—se atrevió á contestar,—con todo siempre llenará la medida de mi gusto.—Quedó el jefe en conversación con sus adentros; quizá la parecida situación de José Antonio enamorado, ausente y militar, le hizo pensar á Lord en su mujer, á la que fresca y moza dejó novia en Dublin, y cuando regresó de su campaña de la India hallóla acecinada de cuerpo y si bien matrimonio con ella, acaso por exigencias sociales, no llevó á su hogar un alma acompañada con la suya; por eso, según le había contado Pery á José Antonio, el hombre no despreció ocasión de llevar á su carro triunfal y fascinador alegres ninfas del

Tajo y del Guadalquivir, que hábiles en jugar con la mirada y atraer con la sonrisa y con el teleteo de los dedos en los moños, suavizaban el adusto gesto del soldado irlandés y le quitaban el mal humor que le producían los chistes que Napoleón hacía á su costa, y las desobediencias é intrigas de su cordialísimo enemigo el travieso general español don Gregorio de la Cuesta.

Nuestro oficial llegó tan rendido de la excursión que, cuando desmontaba en su alojamiento de Hernani, le cogieron en brazos Roso y el cirujano; dos días duró su homérica siesta.



CAPÍTULO X

El alojamiento de José Antonio en Hernani.—Lo que vió el cura Iturriaga, pescando truchas.— Se oyen cañonazos. — Se prepara el primer asalto.

No podía quejarse de su alojamiento José Antonio; la señora de la casa, doña Felisa, de aspecto señorial y ahidalgado, nacida en casa de escudo, había maridoado el genio con la alegría y con la esplendidez, sin que por eso diera pie ni entrada á los que en la vida no saben distinguir la honesta desenvoltura de mujer hacendosa que disfruta del placer de los tragines, de las otras hembras que hacen oficio la amabilidad y llevan enlutada la conciencia. Don Fermín, ultratumbón un

poco y dos veces simplonazo, recostado en el talento de su mujer, entretenía su holgar acariciando sus huertos, unos banales asomados al sol de mediodía, henchidos de fertilidad, en los cuales ensayó cuantos cultivos salían de su magín; pariente del diplomático Izquierdo, el navarro más feo que ha paseado con reinas, se aficionó don Fermín á la botánica desde que estuvo en Madrid cuando su pariente dirigía el Real Gabinete de Historia Natural; y así don Fermín sabía los nombres de todas las plantas y hierbas, y en floricultura, flores tan bien crecidas ningún otro río las regaba como el Urumea, en cuyas orillas llenaba don Fermín las regaderas; sólo le ocasionó algún flojo disgusto el cordero blanco de rizadas lanas, con collarico de cascabelles, que siempre le seguía al vicio del azúcar, husmeando sus bolsillos, besando como cortesano las manos del señor y rompiéndole con lamineros dientes los brotes del jardín; el cordero era anima-

lito sagrado en el hogar; había con él jugado Angelu, la niña que dejando vacía la cuna les hizo ver un día que en todo rosal hay espinas.

En faenas de azada y regadera le sorprendía al caer de las tardes su inseparable don Agustín Pascual de Iturriaga, beneficiado de la iglesia parroquial de Hernani, cuando regresaba de su indelible paseo por remansos del Urumea, á la pesca de truchas y salmones. No tenía don Agustín más obligaciones que su sotana y su breviario, y para aliviar ocios después de entregar la conciencia á Dios, tendía la caña, y cuando no se deparaba ocasión metíase en los laberintos de la filología y etnografía vascongadas; y ahí estaba su toque; á todos les enseñaba á conjugar según los cánones patriarcales; no caía vocablo en corro del cual no explicara su etimología asirio-caldáico-babilónica. Le tenía un tanto intrigado aquellos días lo que contó José Antonio; nada menos que había visto al Patriarca

Aitor; y de ello daba tales pelos y señales ese José Antonio, lo decía con tal insistencia, que nuestro cura escarbaba el cerebro sin poderse explicar eso que parecía increíble, y lo increíble que parecía una mentira en labios de José Antonio, tan cabal, tan solícito, tan rectilíneo; pero después de todo, ¿por qué no ha de ser verdad? y así se quedaba y hasta casi sentía el frío del ventisquero y la humedad de la niebla tendida sobre el roqueal donde mora el patriarca; ¿no parece mentira el cuento de Eiztari Beltza, el judío errante, y jamás dudó de él el bueno de don Agustín? Y cómo se ponía de enfadada doña Felisa cuando el señor cura no cogía la caña; porque una de las habilidades de la huéspeda de José Antonio, era la de llevar la cuenta de las truchas que en su nasa traía don Agustín, á quien esperaba en el balcón, y entrándole en palabras concluía por desvalijarle; bien que compitiendo ambos en generosidad, pagaba la señora un censo

de misas y botellas de vino rancio que no caían en desatención, porque nuestro cura alimentaba su fachenda, no ya sólo con rezos, sino con buenos traguicos de vino, que chispeaba luego en sus conversaciones; en tocándole de cosas eúskaras chorreaba conocimientos, revivían en sus labios vestigios muertos de pasadas edades patriarcales, y de Vasconia tenía en su cabeza un museo.

Las noches de aquel mes de Julio, bajo el emparrado del huerto que cae sobre el río y camino de Francia, frente al puente de Carabel y á la vera del Urdaburu, que de noche parece un jabalí prehistórico, se entretenía el señor cura en contarles á sus contertulios, ¿cómo no con su afición á la crónica?, les contaba las cosas del día, pues no siempre la historia se alimenta de vetusteces; les contaba lo que en el vecino pueblo de San Sebastián y en sus alrededores ocurría á tales horas, tristes á pesar de la placidez y alegría del ambiente, tristes porque el

ruído del cañón es un desagradable ruído, que suena con parecido sonar de campanas tocando á la agonía.

Como las truchas no picaron durante aquellos días de Julio, huídas sin duda del olor á pólvora, á nuestro cura le dió por asomar su curiosidad de cronista desde el breñal de Santa Bárbara y desde Oriamendi; y así, cuando después de su plato de verdura y su redonda tortilla de espárragos, rociada con espumosa sidra, se unía al corro, explicaba todo cuanto iba aconteciendo en el campo del sitio.

Por él supieron que se ponían abundantes baterías en el Chofre, principalmente en la parte más enfrentada con el murallón de la Zurriola; y que después de haber salido Lord Wellington para Lesaca y Elizondo, hecha la distribución de sus 10.000 hombres, comenzó el General Graham el bombardeo de San Bartolomé, cuyos muros cedieron al atardecer del 14, mas no así sus contados defensores, quienes fieramente castiga-

ron el avance que el día 15 hicieron los portugueses de la división Oswald, arrollados y empujados hasta sus baterías por el pequeño destacamento francés; sin embargo, tuvieron al fin que abandonar éstos el convento, que acabaron de abrasar el día 16 las baterías inglesas mandadas por el coronel de artillería Dikson.

Envalentonados los ingleses con la ocupación de las cenizas y ruínas de San Bartolomé, se lanzaron torpemente y sin necesidad el 17 sobre la luneta y el convento y luego por el barrio de San Martín, quemado días antes por el jefe de la plaza General Rey; pero les turbó su alegre embestida una firme resistencia de escogidos tiradores franceses, animados por dos columnas que apresuradamente salieron de la plaza al campo de batalla, derrotando á las numerosas tropas de Wilson y de Escoceses Reales, quienes á pesar de su superioridad y de verse apoyados por las baterías del lado opuesto del Urumea y del molino cercano á San

Francisco, hubieron de desbandarse, aturcidos, corriendo como zorros por la cuesta de San Bartolomé, sin cuidarse del cadáver del capitán Woodman, del noveno inglés, y del peligro que corría el coronel Camerón, quien, perdidos sus granaderos, se vió un momento aislado y en peligro de caer prisionero. Sin embargo, el 19 quedaron los franceses en la ratonera, porque al fin, los aliados habían tomado el reducto del Rondín y todas las posiciones exteriores.

—Un huracán de hierro han lanzado los ingleses sobre la muralla del frente oriental, logrando abrir tres largas brechas practicables,— dijo el cura.

—¿Y cree usted que entrarán pronto?
—interrumpió nervioso José Antonio.

—Hoy pensaban asaltar las brechas, y gruñendo no se han entendido los jefes; han debido de desistir, temiendo verse envueltos en la zona de fuego que rodea á la muralla, pues están ardiendo media docena de casas próximas á ella.

—¿Y eso dicen? pues le han engañado, señor cura,—añadió el viejo filósofo Kant;—esos hombres saben que el tiempo es oro y el oro es el código de todo inglés; ¿cómo se les puede ocultar que los sitiados aprovecharán las horas para reparar defensas, parapetos, trincheras y aspillerar las casas? ¿usted lo cree? ¿usted cree que sin otro motivo dejan correr el reloj? ¿no será que las tinieblas son más propicias á su intención? ¿no pensarán que lo que hay dentro del pueblo vale muchas libras y unas cuantas vidas de portugueses valen algo menos?; en la obscuridad de la noche ¿caerán los más bravos y entrarán los buscadores de perlas?

—Pero, ¿tan maldita intención les acomoda usted, amigo Kant?

—Es cosa clara; si el Generalísimo dió terminantes disposiciones de que el asalto se hiciera en pleno día, ¿por qué esperan la noche, teniendo practicables las brechas desde primera hora?

En concluyendo Kant estas palabras, se oyó fuerte detonación y ligera sacudida de tierra, como de lejano terremoto.

—Ya están en ello; ¿se da cuenta usted, señor cura?

—*Lurricará*; fuerte, fuerte; esa era en efecto la señal convenida; se decía que harían explotar la mina puesta en el acueducto cortado días atrás por los batallones guipuzcoanos.

Y al oír esto, empujó Antonio al siciliano Roso, que pensativo miraba las estrellas; y sin cuidarse José Antonio de saludar individualmente á los contertulios, según era su modo habitual, salió escapado; mas no pudo contener su voluntad de entrar á despedirse de su amiguita Pilarcho, que ofrecía al sueño sus cansancios del jardín, y cuyos anchos carrillos de ángel y sus labios manchados con bigotes de chocolate, brindaron blando apoyo á los labios de un enamorado de todas las niñas pequeñas y de una sola niña grande.



CAPÍTULO XI

**Dos portugueses de buena cepa.-El primer asalto.
—El vino es mal compañero. - A José Antonio
le dan con la puerta en las narices.**

Tomaron el camino de Oriamendi y al pisar los campos de Ayete, el ruido del cañón y los fagonazos se hacían más intensos y continuos; en el alto de San Bartolomé dos oficiales portugueses de anchurosa presencia, de andar muy á lo dineroso, les salieron al paso, obligando á nuestros caminantes á mostrar sus documentos, por si acaso se escondía intención bajo disfraz de uniforme. Invitáronles á beber, y entre palabra y palabra dábanse los lusos grandes cimbronazos.

de vino, mientras hacían gestículos y reían al comentar las discordias de los jefes, las confusiones de Graham, los gruñidos del ingeniero Smith, las groseras quejas de la soldadesca porque les daban el bacalao podrido, que si bien acababa de llegar de Inglaterra tiempo hacía que no coleaba en agua salada.

Sin alargar la hora, bajaron hasta las ruínas de la barriada de San Martín; pegados á la tapia del cementerio, hurtaba el bulto una lechigada de valientes, emperzados para acudir al ataque; éste se había generalizado por todo el muro de frente, pero sobremanera en el ángulo oriental, donde las baterías del Chofre habían abierto extensa brecha; en élla emburujáronse los primeros grupos, que caían en racimos al pie del murallón, uniendo sus gritos de angustia á las voces gruñonas de los jefes.

El oficial portugués, hobachón, de redondos carrillos coloreados por el mosto, el que les pidió los pasaportes en San

Bartolomé, habíales contado la disposición de las tropas sitiadoras cuando le preguntaron si sabía el puesto del oficial Pery; se tenía gran confianza en el tercer batallón de Escoceses Reales, que con su Mayor Frazer se encargó de atacar la primera y más grande brecha, abierta entre los Cubos Amézqueta y de los Hornos; se esperaba mucho también del Regimiento inglés, número 38, de línea, que con su coronel Greville, debía asaltar las brechas pequeñas, y del noveno, mandado por el coronel Camerón; todas estas fuerzas se verían apoyadas por el empuje de las brigadas portuguesas de Spry y las de Hay y Robinson.

Cuando el siciliano y José Antonio llegaron á la trinchera de San Martín, se vieron atropellados por grupos de infantería, que aturdidos y descompuestos volvían cara al fuego de las máquinas francesas. Tropezando entre charquetales de sangre y racimos de cadáveres, al fulgor de los disparos cruzaron los 300

metros que les separaban de la muralla por el guijarresco arenal que hoy ocupan la Avenida de la Libertad y las calles de Idiáquez, Legazpi, Elcano y Churruca; allí se detuvieron ante el huracán de plomo de las casas aspilleradas, reempujados por los rezagados combatientes que, cubiertos de lodo y sangre, huían del azote de las baterías del Mirador y el Castillo, cayendo entre gritos, blasfemias y lamentos.

Los sitiados defendían bravamente las posiciones; pronto se dieron cuenta del estrago producido por sus disparos sobre el enemigo; su recio pelear fué ennoblecido por un acto de caballeridad, concediendo armisticio al ver á los pies de la muralla y dentro del foso centenas de cadáveres, entre ellos el del Mayor Frazer, con la cabeza aplastada entre dos cantos de piedra; el del ingeniero Harry Jones, chamuscado, con las rodillas empotradas en el pecho; y el de su compañero Machell, crispadas sus manos, que

sostenían un azadón; allí también yacían mal heridos el capitán Lewis y los tenientes Campbel y Reid, sosteniendo éste entre las febriles manos pedazos de su cabeza.

José Antonio había perdido de vista á su amigo; para el siciliano resultaba aquel escenario un baile de candil sin fal-das ni sonrisas; el oficial portugués á quien conocimos antes le había quitado el seso con su torrencial conversación y los repetidos vasos de aguardiente que le ofreciera; así, al caer sobre ellos el golpe de gentes que como olas rechazadas por el murallón de fuego, volvían á sus trincheras de San Martín, lo tumba-ron sobre una parva de heridos; allí lo dejó José Antonio con el cerebro en po-der de las uvas, cantando al aire libre canciones sicilianas y versos de Petrarca.

La noche, sin las alegrías de esas no-chas plácidas de Julio, cuyo silencio inte-rrumpen en la aldea las rondas de mozos y risas de muchachas, y en San Sebas-

tián entonces los ayes de los heridos, fué cediendo sus horas al día que asomaba fresco y luminoso entre las peñas de Aya y las jibas de Choritoquieta.

José Antonio quiso llegar hasta las humeantes brechas, y cerca de ellas tropezó con su aficionado irlandés Pery, que sin atropellar los pasos volvía conteniendo sereno á los últimos fugitivos; estrecharon manos, y comprendiendo los dos que si se detenían podría obligarles la ocasión á caer en poder del enemigo, que á la primera luz del alba iba recogiendo y salvando de la invasión de la marea á los caídos y rezagados, apresuraron la marcha sin cuidarse ya de la carga del italiano, un tanto desfardada para perder minutos en recogerla.

Quedábale, con todo, á José Antonio un cosquilleo de amor; veía adolecer su esperanza; le dolía dejar el muro tras el cual quedaban las alegrías del vencedor y las angustias de ancianos y doncellas; allí dentro, á pocos pasos, estaba la paz,

el calor del cariño; Margari seguramente no sospecharía que entre los asaltantes estuviera José Antonio; éste, en el secreto laboreo de su cerebro, la veía arrodillada frente á la Virgen del Coro, la misma que sabía como testigo presencial, sus confidencias de antaño, interrumpidas por el genio de los combates; veía dentro de su imaginación, veía José Antonio la inevitable imagen de Margari, descolgado su pelo negro en desorden, apretadas sus manos sobre la cara para ahuyentar el miedo y desoír el eco del cañoneo de aquella noche, cuya lobreguez se disipaba como el humo al hostigo de las brisas de Igueldo, que saludaban al sol del nuevo día.

Pery, que se encontraba en escena porque había llegado con órdenes de Wellington desde Lesaca, invitó á José Antonio para que le acompañase al cuartel del Generalísimo, puesto en guardia con objeto de detener la entrada de Sault por la frontera y evitar que tan afortu-

nado Mariscal socorriese las plazas de Pamplona y San Sebastián. Y ambos, buscando el cruce del Urumea para recibir órdenes de Graham, trotaron camino de Navarra, dejando á los jefes en fiera disputa, sacudiéndose unos la responsabilidad del fracaso, disculpando otros las desconcertadas órdenes y contraórdenes de los ingenieros, y alguien atribuyendo lo acontecido á la inoportunidad de la hora, obscura y con la próxima visita de la marea alta, y á la torpeza de la artillería que, situada en las dunas del Chofre, sobre las cuales se levantan hoy las moradas del Paseo de Colón, no dió en la puntería, dejando caer sus proyectiles sobre los mismos asaltantes, ahumados entre dos fuegos.

Jinetes en deslucidos potrancos subían silenciosos Pery y José Antonio por las ventas de Astigarraga pensando en el amargo sabor de la derrota que tan mal humorado dejará á Lord cuando se entere; temía Pery ponerse en presencia del

Generalísimo, cuyos gestos agrios y sus secas frases adivinaba; temía José Antonio las consecuencias de un nuevo asalto y le dolía la mayor tardanza en cumplirse sus afanes de ver á Margari; y vino á interrumpirles en su tristonada andanza el encuentro de algunas patrullas de soldados, retaguardia del ejército aliado, que extendían su merodeo hasta las inmediaciones de las cuevas de Landarbaso, haciendo vivir alerta á los caseros y á las gallinas de sus bordas, so pena de caer agarramadas por estómagos indisciplinados.



CAPÍTULO XII

Un cura, un enciclopedista y un cirujano.—Las niñas de la casa esperando á José Antonio.—Basta de canciones y á la cama.

En la hospedería alojamiento de Hernani se le quería como de casa á José Antonio; ¡era de tan llana condición y tan buenazo! y sobre todo, la chiquillería le asaltaba los bigotes sin que jamás se defendiera, y le señalaban mapas y campos de batalla en el uniforme, con sus dedos embadurnados de pan y huevo; y él, tan enchiquillado, distraía sus esperanzas enseñándoles á hacer barcos de papel y pajaritas; tenían un palomar lleno: sólo esperaban Mañu y Lolitacho que volviera José Antonio; les dijo que volvería

pronto, pronto, con unas alas de cera para ponerles á sus pajaritas de papel, y volarían en ellas, y de un vuelo, ¡pum! irían á San Sebastián, á tirarles piedras á esos franceses, ¡vaya! que son unos feos y no se quieren ir, y se comen todos los caramelos y las rosquillas que hace la señora Agustina, aquella chiquitita y gordinflona de la calle de Narrica.

Los habituales contertulios de la casa iban acudiendo con el postre de la cena en la boca, ansiosos de llenar el oído y de arrimarlo á los relatos de nuestro cura Iturriaga, beneficiado en la Iglesia de San Juan Bautista; y precisamente aquella tarde que siguió al fracasado asalto de San Sebastián, al señor Iturriaga, porque no le sopló la musa en su labor de componer unos versos de la marcha de San Ignacio, le dió por roñar con el bueno de don Fermín, pues descuidado éste, se había dejado secar en el huerto las dos matas de lechuga que, como ensayo, había puesto en el bancal del me-

dio, con semilla que le enviara nada menos que su amigo y pariente, el Provisor de Vitoria, muy dado á la horticultura y á la teología, y de cuyo saber se hacían lenguas en París, porque escribía unos articulazos contra los enciclopedistas que ni el mismo Séneca hubiéralos discurrido tan diestramente.

—Porque ha de saber usted, mi amigo don Fermín, que esas lechugas tenían su quid y su quod, y ¿no veía usted, que su forma era de mejor traza que los vulgares lechuguinos de usted?

—Sí, vamos, por lo visto, según la procedencia tendrían su forma silogística.

—Para filósofos, los que paseaban conmigo en Hamburgo—dijo un contertulio, que con trabajoso semblante subía echando pestes contra los aliados, por la barbaridad de haber atacado de noche, á traición, á los franceses, que después de todo son unos caballeros con la misión racional de repartir los panes de la

libertad entre los españoles;—¿con que silogismos, eh?, esas cosas son ligaduras con que ustedes los curas tienen atado el progreso; ¡provisor y filósofo! ¿y de Victoria?; para filosofía la que explicaba en Hamburgo el ayudante de la cátedra de Kant, que fué amigo de Platón y de Bacón y de otros sabios de Francia...

—Todo lo trae usted de esa tierra, señor don... ¿cómo es el nombre de usted, que no me acuerdo?

—Ya no sé como me llamaron antes, cuando no me había quitado el pelo de la imbecilidad y rezaba letanías; ahora me llaman mis camaradas el señor Kant, y sepan ustedes que es el tal Kant un sabio muy sabio, que con el tiempo hasta los pueblos de Guipúzcoa pondrán tal nombre á sus mejores calles.

—¿Y también es francés? porque usted, mi ilustre señor Kant, habrá bebido cerveza con Goethe y demás reyes, pero no pretenderá que Platón haya pisado tierra francesa, ni que Bacón fuera algún

ganadero del Poitou educado en la Sorbona; no les quite usted sus hombres al tiempo, ni á Grecia ni á Inglaterra lo que es suyo, tan suyo como Bailén y el Guadalquivir son de Andalucía.

—Déjense ustedes de filosofías —interrumpió la dueña de la casa, gentil y discreta como siempre,—y acudan á hacer honores á estos pasteles y roscones; nos obsequia doña Josefa, la señora del cirujano; es el santo de don Santiago y están muy satisfechos porque hoy le han llamado unos jefes ingleses para consultarle no sé que atrocidad de operación; vinieron esta mañana á buscarle con un carruaje del General Graham, y en el Convento de San Francisco, al lado del Chofre, ¡rij, raj! en un momento ha salvado la vida á uno de los más gordos.

—Vale mucho don Santiago, mucho, y eso que no ha estudiado en Alemania ni en París, señor Kant; ¿eh? cree usted que no se puede conceder algo á estos galenos de caserío?

—Concedido; este mi buen capellán nos enciende vivos á los que no comulgamos; á Churruqueta el viejo lo ha vuelto usted loco con sus calderas de Pedro Botero. Pero, vamos al pastel, no piensen las amables señoras que dejamos el bollo por los sermones.

—Bien se conoce,—añadió el cura— que no está el siciliano, pues se olvida doña Felisa del vinillo.

—¿Cómo, si están ahí las botellas? ¿que no? si se las dí á Mañu para que las trajera.

—Sí, mamá; pero mire, ese Josechu me las quitó y se ha escondido con ellas en la cocina.

—Ja, ja, con el Pepito Botellas; oye, picarón, ¿no sabes que eso ya no está de moda desde que se marchó el rey de copas? y después de emparentarlo con el mosto, ahora resulta que no bebe.

Será cosa de esperar á que venga don Santiago—dijo el cura, disimulando las ganas,—mejor que otro alguno des-

cifrará la anatomía del pastel y le operará.

No había acabado estas palabras ni avanzado un punto la saeta del reloj de pared, cuando entró don Santiago, saludando con recias voces y habla lacona, de cortadas frases; era de complexión robusta, como los dos mocetones que dan guardia de honor al blasón y divisa de la muy noble Guipúzcoa; henchido de salud, lo mismo soportaba con temple de acero las borrascas de invierno montado en su mulo ético y rabicaído, cruzando prados y sendas, entretenido en contar los sobrehuesos y esparabanes de su inseparable cuartago, como subía en verano al caserío del monte á tostarse el cuero y entablerar y topicar á los enfermos.

En el corredor de entrada hacía gestos y gambetas, jugueteando con las menudencias de la casa, que le habían perdido el respeto aunque no el cariño, de tanto verle pasear los ojos y la nariz por orinales y servicios.

—Entre usted, don Santiago; se le guarda el mejor sillón y la mejor tajada.

—Todo lo merece usted, y más siendo el día de su santo ó su onomástico, que diría el barbero, gran afeitador de caras y de frases.

—Y de chismes y embustes.

—Por algo se hacía entre antiguos la pregunta ¿quién fué primero si la mentira ó los barberos?

—Pues en Hernani hallarán la contestación.

—Buen santo, bueno, han dado los ingleses, — interrumpió don Santiago; ahora vuelvo pues; ni tiempo dejáronme para tomar dedada de tabaco.

—Le habrán agasajado á usted con buenos fiambres de la tierra de ellos; de cierto que ha engullido hoy algún pedazo de humanidad, porque dicen que esos ingleses comen conservas trufadas con negritos.

—Cosa hecha que de esta visita saca usted algún título; Lord lo menos le

hacen; ¡quién tuteará á la señora Lora doña Josefa!

— Buen humor gastamos, señor cura; pero ¿y José Antonio, no ha vuelto aún por aquí á jugar con su infantería y hacer pajaritas?

— Tras ello se nos iban las ganas de preguntarle; no se le ha visto desde que salió escapado anoche camino de San Sebastián ¿se habrá metido ya en el nido?

— No por cierto; estuvo cerca, pero lo recibieron á empujones y con caricias de granaderos; volvió como todos, desde el pie de la brecha, y menos mal que no le chamuscaron.

— De modo que algunas noticias de José Antonio ha rastreado.

— Sí, pues; amigos tiene en el cuartel del Chofre; le vieron al amanecer, bien montado y bien acompañado; dicen unos que tomó por la calzada de Pasajes, para ir al ejército de Navarra; otros han dicho que se encaminó por Loyola; no sé.

--¿Y el siciliano iría con él?

—También conocen al siciliano; se ríen; no le han visto con José Antonio.

—¿Estarán amoscados los ingleses por las caricias que han recibido?

—Contra ellos mismos se las tienen; de los franceses hablan con elogio; ha mandado Graham un parlamentario, para dar gracias á General Rey por comportamiento bueno con heridos, y he oído aplaudir en grande á capitán Brussau especialmente, ¿se acuerdan ustedes? es ese el muy amigo de José Antonio, de quien tanto le oímos hablar.

—A todo esto, nada dice usted, don Santiago, de su intervención internacional; ¿para qué, por qué le llamaron?

—Ha sido cosa del General Spry, el mismo que al llegar de Vitoria con el brazo dislocado cayó en mis pecadoras manos, que para él fueron manos bendecidas; tan contento salió de ellas, que se acordó anoche, al caer herido cerca de la brecha, con la oreja rasgada, y dislo-

cado otra vez el mismo brazo; hay que verle soportar los tirones.

—¿Qué es eso, Mañu, llorando porque no viene José Antonio á jugar con las pajaritas?

—No; no llora por eso, mamá; es más tonta esta chica; verán por qué llora; es porque ha oído cuando venía de casa de don Santiago, que en el Ostatu cantaban canciones, pero de cosas de burlas; díles lo que cantaban.

—Sí, unas canciones más feas..... aquel militar viejo como este señor—dijo Mañu, con la cara entre dos luces, y señalando á Kant—tenía una boca escondida en las barbas, que daba miedo verle.

—Pero, canta como el soldado, á ver si te acuerdas, Mañu; no te des güelvenza; dice que decía palabras sucias; no importa, porque como tú no las has dicho.....

—Déjeme tomar un poquito más del pastel, mamá; mire, un poco así; no me hará daño, y cantaré como el soldado de las barbas.

— Así, así; pero sin volver la cara.

Las muchachas de este pueblo
no quieren beber zizarra,
porque les da.....

no se puede decir, porque el señor cura
se enfadará; y luego, cuando me quede
sola, me pegará pellizcos, mamá.

—Vamos, nena, concluye, por dar
gusto á estos señores.

Las muchachas de este pueblo
no quieren beber zizarra
porque les da seguidillas
y se ensucian las enaguas.

—¡Uf! qué sucia; ¿y de verdad decía
eso? pues ello muy de mentira es, que
las chicas de este pueblo sois la flor y
nata del mundo; ahora mismo le vamos
á quemar las barbas á ese belitre.

—Y, aún cantaba más cosas; güena se
habrá ponido la Marichu del Corregidor,
porque también había canciones para ella.

La niña del alcalde,
la más pequeña,
lleva tirabuzones
de vara y media.

—Justo,—comentó Lolitacho;— pues eso no es mentira, que es una buena verdad, ¿verdad, usted? y si nó, ¿por qué se reían todos, cuando salió de primera mano á bailar el auresku la víspera de San Juan?

—Calla tú, Loli; ¿qué sabes? pronto aprendéis á pasar el peine á las vecinas; ahora, basta; ¿pero hija, cómo te atreves á tomar rapé, y en esa caja de.....? ¿no ves que está llena de solimán y te saldrá bigote? mejor es que vayáis á la cama, ya es tarde y José Antonio no vendrá esta noche; hala, á dormir.



CAPÍTULO XIII

El siciliano prisionero.—La visión de los vicios.—

El francés Brussau.

Al despertar el siciliano, con el frescor del amanecer, vióse metido entre cadáveres, y tratando de incorporarse fuè á dar en brazos de varios granaderos franceses, que lo encaminaron como prisionero al puesto de guardia del baluarte de San Felipe, junto á cuyas ruinas se levanta hoy la mole parduzca del Casino. Dióse cuenta muy pronto de su situación, y creyendo que igual suerte habría corrido José Antonio se felicitaba del caso, si bien repensó, pues no tenía torpe el ingenio, que si para él no era novedad

desagradable del todo, hubiera sido para José Antonio muy desalentada cosa darse al enemigo sin que éste ganara la presa sudando el hopo: no, José Antonio no se habrá dejado coger; no es tan sinvergüenza como yo; por más que, á mí, tampoco me han cogido los franceses, sino el amable portugués, que me desarmó anoche la cabeza: bah; en fin de cuentas, donde estaba estoy; con los franceses vine, con los franceses me quedo; mas, no sé qué diantres se me cuelan por el magín, que parece que me duele ahora perder la libertad; ¿será que vale la pena de ser español? ¿acaso, serán presentimientos de perder tan gustosa amistad como la de José Antonio? ¡éste se ha entrado tan derechamente en el hondón de mi casa! ¡qué grande es José Antonio! vamos, mi amigo, ¿qué harías por verte dentro del nido? ¿no me tienes envidia? ¡eso del honor! para un hombre enamorado es fuerte cosa tener demasiados tratos con la honra; si no fuera por esa

gran pequeñez, ¡hoy verías á Margari, á tu ideal Margari!

Mal humorados estaban sus compañeros de hospedaje, y al verse el siciliano entre paredes se dolió de sus aficiones dionisiacas, que tan á mal le traían. Y entorpecido por los recuerdos de aquella noche entregó al sueño sus quebrantos.

No le despertaban las zarabandas y los reniegos de tantas gentes de varios manjares, que allí divertían sus inclinaciones, encuadrando vicios y tapando lacras; soñaba con febril agitación y llamaba á José Antonio, llorando, como si en sueños lo viera arder entre las llamas del muro.

El resplandor siniestro de los fogonazos se convertía dentro del cerebro del soñador en luminoso foco de luz, más brillante pero parecida á los rayos de plata que se tienden las noches de luna sobre la planicie de la bahía: el estrecho triángulo en que estaban apretados como

resmas en balón, veíalo convertido en salones cubiertos de tapices y espejos, por cuyos cristales pasaba una procesión de caras con abierta y falsa sonrisa, mercaderes de la adulación, mujeres pidonas y tomascas, que escondían con afeites las arrugas del rostro, disimulando la fecha de su otorgamiento; hidalgos de gotera que ponen su ejecutoria en la mesa donde se sienta la codicia y dejan la cosecha y hasta el polvo de la trilla en manos del tahir de alma acuchillada; vírgenes de confesonario que codean sus desnudos brazos con ninfas de lupanar; mohatrereros que cotizan honras ajenas y falsos testimonios; cortesanas que tapan la honestidad para destapar el vicio del vecino; niños que danzan ante un tenderín de juguetes, mientras miran sus papás con cara de imbéciles, como la que ponen los hombres en la barbería cuando les rizan el bigote. Y al ver estas caras, entre sueños, rompió el siciliano en resonante carcajada, y con el jajareo de su

risa despertó gritando:—no entres, José Antonio; este palacio es el ataúd de la verdad, templo de vanidas y codicias; yo te quiero hombre como eres; si no fuera tanta tu hombredad, ¿dónde apoyaría mis flaquezas?

—Apóyese usted, yo soy también amigo de ese Antonio de sus sueños — contestó á su oído un oficial francés, que desapareció sin darle tiempo á más conversación.

El siciliano Roso, con otros prisioneros de guerra, después de haber sido obsequiados y socorridos por el vecindario con chocolates, caldo y vinos, fué trasladado al anochecer, con el capitán portugués José Gueves Pinto, y Santiago Iserek, teniente del regimiento inglés número 9, al Castillo de la Mota: por la estrecha cuesta que desde el Convento de Santa Teresa conduce á la cumbre del Urgull, subían silenciosos y con desmayado aliento centenar de oficiales y soldados, cuya tristeza emparejaba con

el obscuro celaje de un atardecer metido en agua y niebla, que como velo de luto tendido sobre los altozanos del horizonte permitía apenas divisar la masa de espuma que corría á encontrarse desde la Concha hasta la Zurriola, dejando un estrecho istmo, cadena de diamante que unió á Donostiya con el resto de España, y por donde llegaban, alentadores, los ecos del himno de libertad, entonado por aldeanos de Castilla y baturros de Aragón, al verse libres del águila imperial, cercana á la hora de replegar sus aleteos en las escasas tierras de Urgull y en los quebrados manzanares de San Marcial, para quedar luego amarrada en Santa Elena, como Prometeo, pretendido libertador de las miseriucas humanas.

Con su cortesía, muy maestra para abrir voluntades, logró salir de su encierro el siciliano, y así se le vió discurrir días después por la calle Mayor de San Sebastián y entrar en una hostería de la calle de los Esterlines, donde se confun-

dió con la trulla de oficiales, pescadores y soldados que atentos al negocio de los naipes no daban tampoco paz á la lengua, desatada en diluvios de conversación. Recaía ésta sobre los desaciertos de la artillería inglesa, que dejó caer su puntería sobre los mismos asaltantes; y contaban también las finezas del General Rey, jefe de la plaza, el cual, después de haber rechazado el asalto, permitió una expansión al patriotismo de los vecinos para que salieran con sus soldados vencedores á recoger heridos antes que la marea los llevara al mar, como desperdicio de la tierra; y entre la confusa palabrería y el trufar de patrañas de soldados, pescadores y erricoshemes donostiarras, un oficial francés, pavoneando el gesto, con bigote recio jabonado por los años, farfullaba planes de invasión en tierra de ingleses, y subido á una mesa gritaba á su Emperador para que sin perder tiempo le diera unos barcos, y con la gente que le rodea, ni uno más,

iría al mismísimo palacio de los Lores á decirles que no se molestasen en mandar cañones al señor Wellington;—donde estoy yo vengan patillas y cañoncitos, y este pueblo, con el bagaje de sus chicas guapas y etcétera, se lo guardo á Napoleón para...

—Eso, otro día pues, capitán,—interrompio un zagalón de habla danzante entre dos lenguas;—Napoleón bien quisiera casar al señor don Fernando VII con sobrina y guardarse para él estas tierras, pero nosotros quedarnos españoles mientras el Altabiscar no baje cabeza;—y coreando estas palabras, empujaron de la mesa al francés, al punto que un grupo de paisanos entonó con recias voces cantos patrióticos.

Sin prólogo de razonamientos mayores, habríanse metido en refriega bascos y napoleones, si el siciliano, repuesto del pasado tártago, interponiéndose entre los grupos, no hubiera sacudido á unos y otros, volviéndolos á sus lugares y pa-

sando en seguida una ronda de mosto que apaciguó los ánimos.

Al ruido entraron varios oficiales, entre ellos Brussau, de quien tanto se había hablado en la tertulia, con elogio de su valor y del empeño con que aluego de luchar, tendió su buen oficio en salvación de los heridos arrastrados por la marea, por cuya conducta hubo de felicitarle el jefe enemigo Sir Graham.

Sebastián Brussau se acercó al siciliano y tendiéndole ambas manos le preguntó por José Antonio Faurenea; Roso quedó un tanto sorprendido, más luego dió en la cuenta del caso; el oficial francés era el mismo que había oído sus sueños en el baluarte de San Felipe; y aunque Brussau no había querido perder de vista al soñador, realmente se le había confundido entre los demas prisioneros, sin que pudiera darle alcance hasta aquel momento, por mucho que le picó aquellos días la curiosidad de topar con él.

El nombre de José Antonio en labios de este desconocido prisionero acercaba á la mente de Brussau retrahares de felices días; el francés había cimentado amistad con José Antonio desde que iban á la escuela y juntaban meriendas y medían dáctilos y aprendían alejandrinos de Racine; Brussau era hijo de un ganadero del Bearn y llevó su familia trato de intimidad con la de José Antonio, cuyo solar humeaba en pueblecico separado de la comarca francesa por un monstruo de guijarresca espalda y entrañas de hierro que levanta su cresta sobre todos los picos del Pirineo, como fantasma quieto, centinela de un tropel de gigantes nudos.

Quedaron ambos en conversación animada, y convinieron en hablar con la familia de Margari, que tendría abundante gusto en recibir noticias de José Antonio, favorables y recién acuñadas.



CAPÍTULO XIV

**Hidalgo y mercader.—Un disgusto de Margari.—
Las fiestas de Agosto.**

A Pepe Ignacio, el de los mofletes, le había mandado su padre á Inglaterra, por negocio de clavos y herraduras; pero, tal país era demasiado grande para un espíritu zonzo y apocado como el de Pepe Ignacio, y muy pronto dió la vuelta; no se había formado idea del mundo; sólo pudo observar que en Londres eran las casas más grandes, y que no vendían sidra. Hijo de un mercader de extraña procedencia, sus antepasados dejaron la errante buhonería para establecerse con tienda fija en la Plaza Nueva, recién construída en 1723, é inaugurada con

una corrida de bueyes, en Agosto del mismo año.

El abuelo de Margari, sagaz comodista, tuvo en poco su rancio linaje guipuzcoano, entroncado con Idiáquez, el gran secretario de los grandes Reyes, y dejó entrar en él á la secta del dinerismo, casando una de sus hijas con el padre de Pepe Ignacio; que no era el tal abuelo de esos linajudos, que á puro puntosos para casar las hijas, acaban por llenar los claustros ó por dedicarlas á sacar lustre á los muebles, ahuyentando el polvo, para distraer las horas. A don Juan Manuel le escocía un tanto el parentesco, pero al fin transigió con el cuñado, porque era éste muy hombre de bien, entendido en los útiles menesteres de la compra-venta y activo planeador de negocios, aunque un tanto difícil de semblante y no tan lucido de facha como de bolsa. Aprovechaban los tenderos su parentesco con la hidalguía, y por tal modo lograron extender el círculo de sus

relaciones, acostumbrando sus manos al guante y su cuerpo á la casaca y al calzón; mas, no conseguían el difícil arte de urbanizar los adentros, y esto era toque fatal, pues en conversaciones y tertulias caían siempre del lado de la vulgaridad y la cursilería.

Hacía el padre de Pepe Ignacio á don Juan Manuel más visitas que un pleiteante, y más preguntas que un sordo, y si bien llevaba en la memoria aprendido el papelito, no podía jamás dar en el punto y la medida de su pretensión: sudaba como un segador en el trigal, y todo se volvía en hacer sainetes con la cara y en llevar las manos sin rumbo, ya á la nariz, ya al inevitable rascar de la oreja, aunque el picor no lo pidiera; todo, menos recitar el cuento que meses ha hormigueaba en su magín. Comprendió don Juan Manuel desde la primera visita, á hora de mostrador, la índole de la consulta del pariente; pero no quiso ayudarle á tantear el vado, ya

que, después de todo, con él no había de pasarlo; más bien dábale á entender lo muy brumado que estaba de labor, de expedientes administrativos y demás encomendaciones pegadas á su cargo de Diputado foral.

Lanzóse por fin, y sin retóricas, al fondo del asunto—Margari haría gran papel en mi casa, y como mi hijo anda muy de veras enamorado.....

—Buen problema, buen problema plantea usted; pero, amigo mío y pariente, entiendo que no somos nosotros los llamados á resolverlo; en todo caso á repararlo; quiero decirle que si Margari y Pepe Ignacio se pasan las cuentas y saben sumar, pues entonces hablaremos; mas, acaso haya algún número difícil.

—Sí, el oficialillo—replicó el mercader,—pero ese ya está borrado de la pizarra; pues usted, don Juan Manuel, habrá sabido, como sabe todo el pueblo menos Margari, que José Antonio se casa,

se ha debido de casar ya con una francesita, hermana del capitán Brussau.

—¿Qué me dice usted?—replicó don Juan sin alterarse—¿lo sabe todo el pueblo y Margari no lo ha adivinado? no; hay cosas que no pueden ser, y esa es una de ellas; no conoce usted bien la propensión de las gentes; es muy humana la inhumana maledicencia; la lengua es lima que á todos iguala; si alguien sobresale, ya se encargan los vecinos de traerlo á nivel, disminuyendo sus méritos; la envidia tiene muchos domicilios y boca muy ancha; el chisme es moneda falsa que pasa en muchas casas; en la mía conocemos bien la moneda; hacemos sonar el timbre y miramos la cara de la persona que la trae.

Interrumpió esta conversación la entrada de Margari, disimulando á medias el resquemor de la noticia, que también le había llegado en la cesta de la compra. Con discreto y amable proceder hizo levantar el puesto á su tío, y al quedarse

sola con su padre, gritó llorando con desconsoladora amargura;—eso que dicen, papá, no puede ser verdad; eso no puede ser; José Antonio no es cualquier hombre.

—No, hija; no es cualquier hombre; por eso te dejé libre el camino; ¿crees que un viejo no tiene alguna ventaja para avisar donde están los zarzales? no discurras con los nervios, que son muchos y no se entienden; ven á mis brazos, dame esa peca para besarla; ven, así; ¿te gustaría un hombre que te hubiera mentido una vez? ¿no? pues si José Antonio te ha faltado, casándose con otra, ya tienes ahí un hombre que no te gusta; entonces, ¿para qué lo quieres?

—Pero usted sabía,... no me asuste, no me diga eso, no puede ser, déjeme sola, ¿es que usted también cree?...

—No, hija, no creo; y pues no te mintió ¿por qué lloras?

—No ha mentido, ya lo sé; pero, papá, me da miedo pensar en las últimas líneas

de su carta; hace más de un año, un año que la estoy leyendo; Dios me castigará, ha sido mi devocionario de todos los días; y allí me dice que desde Madrid escribiría; pues, dígame, ¿cuantos días hay de Madrid á esta casa?

—Trescientos sesenta y cinco y unos cuantos más, porque los correos ahora siguen el camino más corto, que es el de quedarse en el puerto de Arlabán, en la estafeta de Mina.

—Y Brussau no se ve hace tiempo.

—Sí, le veo yo; me pregunta siempre por tí, por José Antonio, con una tan franca sinceridad que no puede mentir al juntar vuestros nombres en la pregunta.

Disponíase á salir don Juan Manuel, cuando anunciaron la visita de Brussau. Margari tembló como el caminante extraviado entre la niebla, que duda si sus pies se acercan al abismo ó le conducen al camino que perdió. Margari sentía en el silencio del despacho el golpe de la

sangre en el pulso, el rítmico tic, tac incesante de este despertador aposentado en nuestro pecho, que vela mientras soñamos y sueña penas y alegrías mientras velamos.

Margari con la voz apagada por incertidumbre que consume, abierta su mirada en el lujoso espacio de sus ojos, le preguntó á Brussau, al asomar entre el plegado cortinaje de la puerta;—¿cómo es el nombre de su hermana, capitán?

—Se borró ya del mundo, como la cruz por mí trazada sobre la nieve que cubría su sepultura cuando salí del lugar; vea usted, mi querida amiga, vea usted; no hay mejor pintor que el cariño; yo mismo dibujé su imagen en ese papel.

—Y yo que creí que los ángeles no ocasionaban penas,—dijo Margari, sentándose al lado del huésped, y disimulando con nerviosa y abundante risa el horror de un sueño, disipado por el rayo de luz de un ángel muerto; el amor es loco; rie sobre la tumba de una niña

muerta y llora ante el fantasma de una niña viva.

—¿Lloraba usted, Margari?

—Estas chicas — interrumpió don Juan Manuel—debían servir todas en las filas de Napoleón, para ver si curtían sus nervios, paseando desde Egipto hasta Moscou.

—Moscou; abrígueme usted, mi padre, que se quedará sin su hija, la de los ojos misteriosos.

—¡Bah! ya parece que escampó la tormenta; ahora no te olvides de felicitar á Brussau; has oído elogiar su conducta, echando la red á los heridos que arrastraba la corriente del Urumea.

—Y los que arrastraba la corriente de la envidia —dijo Margari, aludiendo á su situación; sí, señor Brussau, merece usted mucho, ¿sabe usted la merced que debía solicitar de su general?

—Lo que usted pida, Margari.

—Pues, dígame que deje entrar á su amigo José Antonio ¿qué les costaría?

total, ustedes no tienen salida; la honrilla ha quedado en su puesto ¿á qué seguir exponiendo á San Sebastián al atroz cañoneo de esos ingleses y de ese... también es sinvergüenza el tal don José Antonio, ¿pues no me está obsequiando todos estos días con sus confites de plomo? y los ingleses no ven que el enemigo no es el pueblo? entonces, ¿por qué disparan sobre nosotros y sobre nuestras casas?

—Vea usted; Sir Graham se consuela así de su viudez, ahuyentando las penas con el ruido.

—Pues digo que ese Sir Graham no es hombre prudente, ni sabe cosa de cortesía.

—Bueno, Margari; todo lo que usted quiera, pero el General Rey le hará más caso á usted; podrá usted verle, porque precisamente vengo á invitarla á la fiesta que preparamos para la Virgen de Agosto; baile, iluminaciones, arcos con figuras mitológicas, función de teatro, procesión

de antorchas. Mas, no callemos lo principal; es el caso, Margari, que por poco pesco á nuestro José Antonio; por lo que he sabido, venía á visitar á usted y le dimos con la puerta en las narices; ¿á quién creerá usted que salvaron mis granaderos? pues, á un íntimo de José Antonio.

—¿Juanchu?

—No; un siciliano capaz de hacer reir á Wellington, que según dicen no se trata con la risa; le traigo á usted, pues, noticias frescas; ¿quiere que le presente á tan singular personaje?



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XV

A ver al aitona.—Al pasar por Hernani.—Lo que les contó el cura Iturriaga á José Antonio y á Juanchu.

Juanchu y José Antonio hicieron buena jornada; habíaseles confiado el recorrido de los puntos estratégicos hasta cerca de Pamplona, y después de cumplida su faena, volvieron grupas, y por sendas cabrunas y desgalgaderos nunca hollados más que por plantas de lobo, cruzaron breñales ásperos, barrancos y mohedales, hasta orientarse, al divisar

la cumbre del Hernio. José Antonio pensó en la serena paz del caserío, al mismo tiempo que Juanchu sonreía murmurando trozos del zortzico, con el que recordaba á su compañero excursiones de antaño. Picaron el paso, y mientras se acercaban al caserío imaginó José Antonio que allí tal vez la ventura habría llevado á Margari, cosa no difícil, pues de San Sebastián habían salido muchas familias al enterarse de la proximidad de un largo asedio.

En el caserío era todo silencio; el indiferente picoteo de las gallinas y el ruidar de las vacas podía oirse: á la sombra de opulento manzano sesteaba el aitona, el viejecito de los monosílabos, el que jamás había pronunciado palabras de otra lengua que no fueran de euskera; el viejecito, hecho un arco de tanto doblar la raspa sobre la esteva, levantó la cabeza, al tiempo que se adelantaba Juanchu á ofrecerle polvo de su tabaquera; con temblón pulso apretó el an-

ciano las yemas de los dedos y, mirando al señorito, intentó levantarse, expresando con sus rojizos ojos muy extraña satisfacción y sorpresa.

— *Nere Jaungoikoa* — dijo, tambaleando el habla; y les contó su preocupación; la preocupación de un casero, rama animada del manzano cuya sombra le refresca, es muy honda; la causa no es de mayor cuantía; no le agobia la coalición de Europa, ni le duele el trance del Zadorra; la vaca ciega, aquella que cuidaba Margari, la que sola cruzaba la pradera con paso á lo pensativo, la que en su desgracia fué agraciada con los mimos de Margari, la que se detenía á orillas del Asteasu como contemplando la nada, pues aquella vaca ciega ha pasado el río, se marchó ingrata, y al dar sus pasos fuera del terruño cayó presa del hambre de una patrulla de franceses, que pasaron por el camino real cantando canciones que no entendió el aitona; canciones de libertad, que en-

cienden la sangre y á torrentes la derraman, con la sana intención de igualar las arrugas y los desniveles de la vida.

—*¡Ay! beok emen, ¿ustedes aquí?*— salió exclamando andra Joaquina;— *ongui etorriyak*, sean bienvenidos los señoritos; alegría tendrá pues, grande Margari, ver guapeza de su merced; niña está aquí, Margari; mes que se fué; guapa más que vino andó; si no hubiera ido, reirse risa pues, mucho.—Y en diciendo esto desmanteló su repostero para regalar á los huéspedes á todo regalo, mientras ellos ganaban la merienda, entretenidos como peones en hacer montones de hierba que recogían con la horca.

Al anochecer avanzaron nuestros hombres hacia Hernani. Las gentes menudas de la casa alojamiento de José Antonio dormían, sonriendo al ver en sus sueños hileras de fantasmas cargados de juguetes: al más menudo de la zagalería aún lo encontraron chapoteando con las manos en el plato de sopas de

leche, y cogiéndole en sus brazos José Antonio, como Héctor á Astianax, lloró asustado el niño al ver las relucientes armas del guerrero, y éste comenzó á distraerle moviendo suavemente la mano derecha, movimiento que seguía el niño con la suya, mirando con fijeza y asombro al extraño niñoero, que cantaba á lento y adormecedor compás la popular canción de cuna:

Eraguiozu
 Escucho orri
 Escucho eder
 Galantayorri,
 Bein batarita
 Guero besteari,
 Escucho eder,
 Galantayorri.

El sargento manchego seguía en el Ostatu castañeteando chasquidos con los dedos, para acompañar sus jácaras de burdel; Kant, el viejo mal maridado, renegaba de la condición del mujerío, que ofrece amor de alquimia y pone tienda

de belleza sin haberla; el bueno de don Fermín, entrecavando coles y apoyando su buena hombría en el talento y las virtudes de doña Felisa; el cura Iturriaga, corrigiendo los versos de su marcha de San Ignacio, y enmendando, con intento de hacer una recensión y edición crítica el devocionario *Gueroco-guero*, del P. Pedro Axular, sobre la pereza del hombre para disponerse al negocio del Cielo, obrilla que tan mal tratada fué en sus sesenta capítulos por los editores de Burdeos; al recio don Santiago encontraronle preparando un nuevo sistema de cataplasmas, y chalaneando una mula de silla con arrieros de Goizueta; y á su mujer enfadándose con todos porque le anteponían el mote de Lora á su nombre de pila: al siciliano Roso no le vieron.

Noticioso de la llegada de los huéspedes, no había tardado el capellán en presentarse con una cartera llena de noticias; pero antes quiso que los recién venidos

comunicaran sus impresiones de la campaña en la frontera. Dijeron que Soult iba perdiendo los bríos que trajo de Alemania, y que ocupada la extensa línea por el cuarto cuerpo de ejército español y el anglo-portugués, no le serían tan fáciles los triunfos en el Pirineo; en Roncesvalles y Valcarlos están alerta las tropas de Morillo y la brigada Wingny; los Alduides, Mezquiriz y el Baztán, Olagüe y Santesteban, guardados por las divisiones Amarante, Cole, Picton y Pack, más las tropas de Mendizábal y Longa, que cierran la línea en Behovia y Fuenterrabía. Sir Graham estará reponiéndose del susto del 25, y arrepentido de sus debilidades y complacencias con los artilleros.

—Sí; y muy enfadado, porque le escuece la flor que acaba de dedicarle Lord Wellington; les ha dicho que mandaría á los voluntarios del Bidasoa, dirigidos por Cook, Robertson y Rose, para ayudarles y guiar el avance, «porque se

necesitan hombres que puedan enseñar á otros cómo se da un asalto».

—En verdad que las flores que escupe por la nuez el señor de las patillas de estribo, tienen agudas espinas. Y diga usted, amigo Iturriaga, con estos preparativos y el bloqueo durante todo Agosto, estarán muy caídos y aliquebrados los franceses; ¿pretenden seguir resistiendo?

—Y tal; no han cesado de hacer alegrías y salidas de empuje en estos días; más de 500 prisioneros han cogido, y por muy severa que se ha puesto la incomunicación por esta parte de tierra, me parece que los franceses han colado en la plaza gente y repostería, con barcas que llegaban de San Juan de Luz, hurtando el bulto á los 24 barcos de la escuadra inglesa. Y poca arrogancia que se traen los sitiados: como si estuvieran en plena victoria, el día de la Virgen hubo gran fiesta; nosotros subimos hasta Oriamendi á ver la iluminación del Castillo de la Mota, y en verdad que el efec-

to era fantástico; parecía desde allí un baile de estrellas sobre la bahía. Con todo, á juzgar por lo que dicen las patrullas de ingleses que acuden á descargar las cubas de Hernani, se preparan bien las cosas para un asalto feliz: ya habrán sabido ustedes la llegada del convoy que esperaban de Inglaterra; hace unos días, me parece que fué el 23, arribaron al puerto de Pasajes hasta 22 transportes con chismes de guerra; así es que, contando con 120 piezas y 3.000 hombres más, han repuesto el sitio y están cañoneando activamente. Sé que el 26 por la mañana llegó Lord Wellington al Chofre y han iniciado el fuego con una salva general de 50 piezas y varios Shrapnells, que aunque inventados por un artillero inglés, no le entusiasman gran cosa al Generalísimo; es el caso que ya llevan destruídas más de veinte casas por los alrededores de la parroquia de San Vicente; el 27 hubo un recio encuentro en las trincheras de San Martín á bayoneta

calada, en el cual salió malparado el Coronel Camerón. A la fuerza nos querían hacer ir á todos á llevar carretas de hierro para los parapetos; de aquí han salido más de treinta yuntas de bueyes, acarreando todo el día; y aún se quejan estos buenos señores: le tienen puesta la proa á San Sebastián y traen dañinas intenciones, no ya sólo de echar á los franceses sino de limpiar el comercio, en lo cual son muy diestros esos caballeros de la arrebatía; y á juzgar por sus hazañas en Ciudad Rodrigo y Badajoz, bien puede llevárseles por aprendido el año de noviciado, como á los discípulos de Monipodio, Rincón y Cortado. Anoche creo que preparaban un simulacro de asalto; se ofreció el teniente Mac-Adam á llegar á nado hasta la brecha, con unos pocos; pretendían precipitar á los franceses en dar fuego á las minas próximas á las brechas, ó por mejor decir, la brecha; porque, si ustedes vieran, no queda en todo el muro oriental una piedra

sobre otra; bien llano tienen el camino; acaso no tarden muchas horas en encontrarse cara á cara; está usted cerca del nido, amable José Antonio; entre dos fuegos: entre Venus y Marte.

—Justamente,—interrumpió don Fermín, saliéndose del encasillado de su seriedad;—está usted como yo cuando me apedrean los chicos ese huerto; quiero salvar las flores y me doblan á pedradas.





CAPÍTULO XVI

El siciliano ha visto á Margari.—Nos llaman desde Irún.

En esto, subían la escalera con desahoradas voces discutiendo, el siciliano Roso y el señor Kant, empeñado éste en tentar la afición vinícola del siliciano, quien, en pleno juicio, recordando textos latinos de sus maestros de Mesina, respondíale al viejo con palabras de Salomón: *ne intuearis vinum quando flavescit cum plenduerit in vitro color...* «no mires al vino cuando espumea y resplandece en el vaso, que si al beber es blando, al fin muerde como víbora.»

—Pero ¿muerde como las mujeres?

sin el vino ¿cómo apagaremos escozores de amor?

—Cantando se van las penas, amigo Kant, desgraciado Kant.

—Bebiendo se van las penas, ¡oh ilustre descendiente de los tiranos de Siracusa! ¡Ea, amigos, aquí traigo al puritanísimo Roso, huyendo del placer y aborreciendo la uva, como yo aborrezco á las mujeres.

Al entrar en la habitación el siciliano, dirigiéndose á José Antonio le dijo—¡perdóname! mira bien, José Antonio; traigo este boletín de indulto; la he conocido; he visto la peca de su sien; he oído su voz; te abandoné, pero ¿no vale la pena el haberme quedado en la comparsa de Baco, para traerte ahora lo que no has conseguido en tanto tiempo? besa mis manos; acaban de estrechar las de Margari: ¿bebo ó no bebo?

—Bebamos todos á la mejor ventura de los amores del buen Kant—dijo Juan-chu.—Y mientras tanto, cuenta tú lo que

has visto, lo que te ha acontecido durante estos días desde el 25 que caiste prisionero; ¿qué tal te trataron los franceses?

—Amables son por Dios los imperiales— contestó el siliciano;—pero me agarraron con manos duras como tenazas, y pues dentro de la plaza no disponían de espacio, dieron con mi cuerpo en el baluarte de San Felipe, donde quedé apretado como resma, con gente de todo manjar y condición: allí, entorpecida la cabeza con los recuerdos de la noche, entregué al sueño mis quebrantos, y en mi febril agitación te llamé, llorando, José Antonio, como si en mis visiones te viera arder entre las llamas del muro.

—Eso era el símbolo de la llama del amor—interrumpió Juanchu.

—Déjale, no interrumpas—dijo José Antonio, mostrándose impaciente.

—¿Sabes quién respondió cuando en mis sueños te nombraba en la cárcel?

—No es cosa difícil de adivinar: el

capitán Brussau oyó tus delirios: se los contó á Margari, y exponiendo su fama por complacer á Margari, te ha facilitado la salida, y él en fin ha preparado la manera de que su amigo José Antonio entre y vea y goce la espiritual conversación de Margari; ¡no, niña atrevida! te quiero más aún. Ese camino que me preparais para entrar tiene curvas muy feas; no me gusta ser personaje de novela, que acaba en idilio tonto ó en tragedia insupportable; entraré por el camino del deber, haciendo sudar el hopo á quien me estorbe. Y dime Roso, ¿cómo estaba Margari?

—Bella y discreta, con palidez que realza sus encantos.

—¿Qué palabras habló? ¿las guardas como salieron de sus labios?—siguió preguntando ansioso el oficial enamorado.

—Más que sus palabras—le contestó Roso—recuerdo el lujo de su mirada; me miraba como si á través de mis hue-

sos leyera pensamientos tuyos, porque yo le dije.....

—¿Qué le dijiste?

—Que tu amistad me atrae como el calor de mis recuerdos niños de Mesina; que en mi casa, la que apoya sus grietas como enferma en los muros del Hospital donde curó vuestro hombre más grande sus heridas de Lepanto, allí me esperan abrazos de madre, risas de hermanas, alegrías de camaradas, un sol de purísima luz y mozas que brindan miel en sus cantares; todo lo olvido, lo dejo todo por quedar á tu lado y por ser tu amigo.

—¿Y qué respondió ella?

—Siguió mirando, desplegó sus labios con sonrisa de diosa y me tendió sus manos.

—Y Brussau, ¿cómo está? ¡dichosa guerra, que juntas en un nido mis mayores cariños y me cierras las puertas!

—Brussau—siguió contando el siciliano—vinculó conmigo al recuerdo de tu nombre; me dijo que desde niños jun-

tásteis pensamientos y escondísteis picardías, y que juntos llorábais con los verbos irregulares del latín y reísteis con las comedias de Molière, y que juntos también comenzábais á asomarnos á la vida por donde pasan en tropel los placeres.

—Sí, pero caímos en el abrojal de las miseriucas de la guerra: ¿qué más, Roso?

— Que protegerá á Margari mientras pueda, pero que van á resistir con muy firme resistencia los franceses y es menester que acudas, porque los ingleses aliados piensan salvar la plaza de San Sebastián como el piloto salva su barco en la borrasca sacándole cuanto tiene: que morirá si es menester, pero después de morir...

—No podrá ofrecerte nada más —añadió Juanchu tomando á broma la imponente situación del ánimo de José Antonio.

—Sí—contestó vigorosamente el siciliano:—que después de morir, asustará

á los cuervos con sus pupilas entreabiertas y á los sátiros con su risa de muerto, más fea que la seriedad de un inglés.

—¿Pero tan malos son los ingleses?
—dijo doña Felisa, interpolándose en la conversación:—yo creía que esos señores no tenían más misión en la tierra que poner la cara seria.

—Sí—añadió Kant—y adorar la olla de oro y destripar galeras españolas repletas de fruto indiano.

—Esa canela de Indias á todos hincha el ojo y á todos mueve á reir; pero mientras unos rien por defuera, los britanos tiran la carcajada para dentro por no descomponer, con el gesto del humor, su aparatosa dignidad.

El resplandor que iluminó en aquel momento la cima de Oriamendi hizo acudir al balcón á los circunstantes.

Doña Felisa dirigiéndose á José Antonio—no gana usted para sustos—dijo—lo menos cree usted que se han entrado ya los ingleses en el nido.

—No—contestó José Antonio, recogiendo sus armas apoyadas en la cocinilla—y para evitar que se me adelanten, ahora vamos; esta vez no me quedo en las afueras del muro como en la noche del 25; aunque sea volando con las pajarritas de papel de sus pequeños entraré en la ciudad; y sin tramoyas, como las que prepara Margari con sus ilustres aliados Roso y Brussau, ¿has oído, Juanchu? á estas horas preparan el asalto, ¿qué haces?

Asomó una criada, comunicando que dos parejas montadas habían llamado á la puerta preguntando por los señores oficiales Juanchu y José Antonio, y que traían un parte de mucha prisa. Salió Juanchu, volviendo á pocos instantes con una comunicación que leyó en voz alta—
«...así, pues, estén ustedes dispuestos, porque al amanecer tendremos faena; Soult intenta correrse hacia Irún, avanzando por la ermita de San Marcial, con propósito de socorrer la plaza de San

Sebastián.» — Escoge el camino, José Antonio.

— Adiós, pajaritas de papel, os cortaron las alas—comentó doña Felisa.

— ¡Vive Dios!, — exclamó José Antonio; y vaciló, entre cumplir como amante ó como caballero; pero al fin rompió resueltamente el violento estado de su ánimo dudoso; — ¿dices que escoja el camino, amigo Juanchu? ¡Adiós, Margari!, que te ayude la Virgen de tus devociones, la que oyó nuestras pasadas confidencias: te rodean legiones de caníbales; no tiembles, que á tu lado hay un soldado y un amigo de los que saben entregar la vida: llegaré á tiempo; el honor siempre llega puntual como el sol que nos despierta; vamos, Juanchu, por el camino derecho, sin recovecos, sin arrastrarnos; así veré antes á Margari, con la cabeza levantada; abrazaré á Margari, y con ella y el deber en el alma cruzaré la vida, haciendo muecas á los flacos de voluntad, á los que llevan el honor en las solapas.

—Eso, en definitiva, señor don Antonio, es un idilio, y no vale la pena dejar estos roscones por cumplir con el deber; el deber es un mito que cada cual disfraza á su gusto, y las mujeres otro mito; y no se fíe usted de ellas, que son almoneda de favores, y en siendo propias juegan á una carta parte de su hacienda, que es la carne, y al marido lo dan al diablo, ó le dejan rienda suelta para que se entregue á él.

—Qué famoso está usted, y qué filósofo; ¿no se da cuenta de que cada uno filosofa según el jumento que ha comprado en la feria? si usted cuando cortejaba en Hamburgo se hubiera acordado de que en la viña cada cual debe tomar la uva de su cepa, y de que para los soldados viejos, de boca saqueada por los años como la de usted, todo son huesos de mal roer..... ¿y cómo no le aprovecharon más las lecciones de su amigo Kant? ¡pobre Kant! vuelva usted á su pueblo; vuelva á tomar la espada; no hay laboratorio que

rejuvenezca mejor y que quite más penas que el campo de batalla; si usted cae, España le devolverá honores que le robaron fuera; la muerte es una caricia disfrazada con el traje del dolor; si usted vence, se remozará como Fausto, y le perseguirán las mujeres; ¿vamos, Kant? no hay mejor peleón que la pelea; da calor, hace olvidar penas gordas; en la copa del patriotismo beba Kant el olvido de sus males; no hemos dormido, pero no importa; cuando el sol tienda su lumbre, se secarán las lágrimas de usted como las gotas del rocío; el Mariscal Soult vino triunfante de Alemania; usted llegó vencido; ahora se cambiarán los papeles; usted, yo, Juanchu, Roso, Pery, Margari, doña Felisa, estos ángeles que duermen, el cura que reza, don Fermín que planta puerros, todos venceremos. España para los españoles; San Sebastián para los escogidos; levántenle altares á Napoleón en su ínsula de Córcega; yo levantaré un trono á la espiritual Margari y un altar

al Patriarca en el caserío: marchemos;
Sault nos espera en Irún montado en su
arrogancia; Freyre y Longa á caballo,
acorazados en su sagacidad.





CAPÍTULO XVII

El ataque.—El despertar de Graham.—Los rubios vuelven la cara.—Albión se acuerda de sus hijos.

El 30, á las tres de la tarde, inspeccionaba Wellington desde las baterías más próximas el estado de las brechas; y con gesto adusto, sin dejar de la mano su antejo, dió las órdenes para que al día siguiente, á las once, hora de la baja mar, avanzara el teniente general Leith, desde la paralela del istmo donde hoy está el mercado de la calle de Loyola, hasta la brecha, añadiendo que, para apoyar el movimiento, disparasen desde primera hora cuantas baterías estuvieran

en juego: al anochecer cogió su caballo pelitorro y seguido de cuatro ayudantes y unas parejas montadas, picó de espuela hacia Irún, donde el problema militar presentaba nuevo aspecto.

La noche del 30 al 31 tendió su lobre-guez sobre el horizonte; nubes plomizas, en extrañas danzas, se agrupaban, figurando barcos que chocan con sus enormes vientres, ó ya cuadrigas mitológicas que corren en alocados saltos, ya gigantes pardos que enlazan sus descomunales brazos, escondiendo en los pliegues de sus sombras el débil haz de la luna; se oyen de cuando en cuando alertas de centinelas en las murallas del pueblo, y voces de gutural sonido en las arenas del Chofre, mientras el mar sigue roman-ceando su épica y misteriosa grandeza y recibiendo con brusca caricia en su collar de espuma el obsequio del río, que blandamente le ofrece sus aguas, frescas como el rocío de los montes.

Las cumbres de Montefrío ó Igueldo

y Ulía no reciben al amanecer del 31 el saludo del sol; la niebla se interpone como velo de anticipado luto, entre la bahía y el roqueral.

Azorado y nervioso, Graham recorre á media luz el campamento, y como Agamemnon en la llanada que riega el Escamandro, movido por la pesadilla de un desastre, habla incoherencias, grita, despierta á los dormidos, acude á las baterías, vuela á todas partes: los minutos avanzan; la niebla no se mueve; son las ocho de la mañana.

Por fin, al hostigo del viento que nace en el breñal del Pirineo, en el agujero de la Escarpinosa, y recoge en sus alas aullidos de lobos y frialdades de nevera, se disipa la niebla y despliéganse las nubes para dejar paso á la majestad del sol. Comienzan las baterías á lanzar su orgulloso estampido y su granizada de plomo y hierro sobre la bella Easo.

Los sitiados esperan con fiereza de leones atacados en su caverna: el vecin-

dario tiembla como bandada de torcaces que ve amenazada por la tormenta su rústica vivienda; reza, como navegante que ve su barco por encontradas olas combatido; espera, con la inquieta esperanza del enfermo á quien la operación quirúrgica devolverá sano vivir, holguerras de tierra libre: los sitiadores se agitan con desacostumbrada nerviosidad, ansiosos de venganza, con afanes de bravo pirata que espera abrir el vientre de las galeras, repletas de fruto indiano.

El cañón del Chofre arrecia en su faena; el sol vuelve á palidecer, ocultándose entre nubes voladoras; á las once del día, de las trincheras de San Martín arranca con ímpetu ordenado la brigada portuguesa de Robinsón por el camino que dejó en seco la marea; mas al pisar la tierra, hoy enflorada con los jardines de la Plaza de Guipúzcoa, viose envuelta por la explosión de minas que dejaron sin cabeza á la columna, acribillando de plomo la de su jefe el ingeniero Richard

Fletcher: queda al frente de las tropas el teniente M'Guire; con su aventajada figura, realzada por el plumero blanco, semejaba á París, esperando á Hector en la llanura de Ilión; pero, la diosa Juno olvidóse de este hermoso mortal, que en llegando á los pies de la muralla cayó atravesado el pecho por enemigas balas, y sobre su cadáver pasó el tropel de soldados, ciegos y sordos, que entre gritos de dolor y horribles contorsiones iban rindiendo la vida ante la metralla y granizada de balas de los franceses: pocos lograron llegar á la brecha grande; ninguno pudo traspasarla para formar alojamiento; nadie supo vencer el escarpe de 25 metros de profundidad.

Las reservas llegadas del Bidasoa, los héroes escogidos por Wellington, cayeron igualmente desde lo alto de la muralla envueltos en humo y sangre.

Sir Graham alienta inquieto á los soldados del Coronel O'Bean que, cruzando la ría con agua hasta la cintura, los bigo-

tes caídos al peso de la humedad, con rostros descompuestos, amarillos, aguantaron el golpe de metralla que sobre ellos lanzaban las baterías del Castillo y San Telmo; cincuenta bocas de fuego, desde los médanos del Chofre, apoyaban este decisivo empuje de los sitiadores; nada pudieron su brío y su tenacidad ante la insistente fusilería de los franceses que lanzaban granadas de mano, sembrando el desaliento entre los asaltantes, obligándoles á volver la cara. Los ingleses comienzan á sentir el desmayo de la derrota; los franceses comienzan á saborear las emociones de la victoria.

Pero, de pronto, la rubia Albión se acordó de sus hijos; un proyectil cayendo sobre barriles de pólvora y depósito de granadas, tendió en el suelo centenares de soldados franceses; el cuerpo del Comandante Gramaille voló deshecho, saltando pedazos de costillas fuera del muro, la cabeza y el vientre sobre la arena hoy cubierta por el asfalto de la Ala-

meda; el Capitán Brussau corría, el brazo izquierdo colgando, destrozado, mientras su mano derecha arrancaba pedazos del pantalón que ardía; corrió, alocado por el dolor, sin darse cuenta del triunfo proporcionado por la casualidad á sus enemigos, que se lanzaron por las calles como enjambre de abejas irritadas.

Don Juan Manuel, al oír el estampido y ver corridas de soldados hacia la puerta del Castillo, creyó seguro el triunfo de los aliados, echóse á la calle, y al llegar á la de San Jerónimo ó Escotilla, antes de ver las primeras caras de los rubios, que á borbotones asomaban por la brecha, dió con Brussau, que se tendió en sus brazos, humeando, y con el sentido abandonado en el sueño del dolor.



CAPÍTULO XVIII

**Las emociones de Margari.—¡Vaya con el
pisaverdel**

Margari ha visto el tristón amanecer asomada á la azotea de su casa; Margari se entristece, rie, se alegra, reza, lucha su espíritu; la niebla le da frío; el abrigo que la doncella tendió sobre sus hombros no da calor al cuerpo; nunca le pareció más desalentador el cielo; ese cielo que tanto alegra con sus colores azules y tanto apena cuando las nubes cubren con la verdad de sus oscuros mantos la mentira de la azulada techumbre; es paradójica la belleza de esta mentira y la fealdad de esa verdad;—si la naturaleza nos

engaña de tal modo ¡qué de engaños nos traerán los hombres, á quienes el diablo hizo mentireros! Pero no, José Antonio profesa la verdad y en él se encontraría si se perdiese en el mundo; ¿no es cierto, José Antonio, que tú no sabes pintar las cosas? ¿por qué no habrá venido? este corazón mío tan hecho á desventuras, parece que recibe algún consuelo cuando cree que oye tu voz, y cuando sueña que vienes atravesando montes y saltando collados, como el esposo del cantar bíblico: ¿por qué no habrá venido? ¿no prometió traerlo ese lozano amigo cuyo hablar me pareció tan grato? ¿será que los sicilianos envuelven en su dulce lengua promesas mentirosas? será tal vez que el noble Brussau, después de vacilar, luchando entre su deber de soldado y su devoción de amigo, desistió de facilitar la entrada de José Antonio? Margari, Margari, no te fíes de promesas; pero él, ¿será él, José Antonio, quien se haya resistido á venir? y vamos á ver; pues en-

tonces ¿quién puede más, el deber ó el querer? ¡dichoso deber, que hasta el amor tiene que ofrecerte sacrificios!

¡Uy, ya comienzan otra vez los horribles ruidos del cañón! ¡Esos ingleses! ¿de dónde serán los ingleses, los de la cara seria y la alegría escondida? ¿serán hombres como los demás mortales? porque si lo son, ¿cómo desconocen que esto es una grave descortesía, destruir nuestras casas, quemarlas? ¿no véis que esto no es del enemigo sino de españoles? ¿no podéis advertir que el enemigo tiene su nido arriba como las águilas, en el picacho de Urgull, encima del pinar? ¡oh Wellington, mimado por las armas y arañado por el amor; no eres bueno! ¿cómo puede serlo quien desama á su madre y abandonó á la esposa?

¿Tú también disparas cañones, José Antonio? no; no dis pares, porque me dan miedo; si estás ahí detrás de la muralla, escóndete para que no se acerquen á tí las balas de Brussau y de sus soldados;

¡escóndete! yo también voy á esconderme, á tapar los oídos, porque me da horror el estampido incesante; el olor de la pólvora me marea; las voces de mando de estos jefes que gritan en la muralla me aturden; ¡vámonos! ¡Tú, Virgen del Coro, recogerás mi ruego, que en tí puse la esperanza mía; la esperanza no será para mí una negra mentira; y por ella alentada, rompo la tristeza que me traes, oh sol descortés, orgulloso sol; te niegas á bañar la superficie de mi rostro, pues bien, me importa poco que vengas ó no, como venga el sol que alumbra mis adentros! ¡y tú, tempestad, que te anuncias con truenos y centelleos, eres nada para mí; ya no me infundes temor; son latigazos suaves los tuyos al lado del latigazo de la ausencia; sólo su nombre me alumbra ó me atormenta.

¿Por qué tu Providencia, Virgen de mis cariños, no invita á los franceses á rendirse? así, al momento podrá entrar José Antonio, y, ¡qué gusto verle entrar,

con sus polainas embadurnadas y los zapatos descosidos, y su cara tostada como el maiz en otoño y sus ojazos azules, y su..... ¿si le habrá crecido el bigote, aquel bigote que..... ¡eh! Margari, deja adentro la ingenuidad y coloca la careta; eso no está bien; las chicas no debemos pensar en cosquilleos, sino en las cosas serias; el amor se pone algunas veces tan de cerca, que pica como las abejas; hay que ahuyentar las abejas para que no piquen, vaya!

Y vuelta á la fría realidad, agobiada, bajó Margari; recostó su descaecido cuerpo sobre el sofá del despacho; y mientras la doncella arreglaba los cabellos sin ley desenlazados de Margari, oyeron voces en la cocina y el cacareo de unos pollos; había entrado Pepe Ignacio el buenazo, asustando á Teresa con recio pisar y voz apocalíptica,—mira, estos son los últimos pollos que en tu vida guisarás, ¿cuánto puedes decir que me costaron; pues oye, casi nada; y no creas que tan flacos son,

que tienen entre plumas escondida más pechuga que tú en ese parapeto,—dijo al mismo tiempo que apretaba los dedos sobre el pecho de la cocinera, la cual lanzó descomunal chillido y se agarró con furia al señorito metiéndole la cabeza en el cubo donde fregaba las jícaras y copas del desayuno,—¡ea con el niño, el pisa-verde! para hacer *cirris* ahí tiene usted sus mofletes, vaya!

Acudió á las voces la doncella invitando á José Ignacio para que pasara á la habitación donde Margari le aguardaba,—porque ya se ha enterado de la presencia de usted y está con fuertes deseos de echarle la vista encima.

Y fué, mientras la cocinera, habiéndole alargado un paño de servicio para secar sus pelos, entonaba con ironía la copla:

No amar es pesada cosa
y amar es cosa pesada;
pero, amar sin posesión
es desgracia de desgracias.

—Pero tú, José Ignacio, siempre has de ser el mismo, ¿qué menesteres tendrás en la cocina?

—Sí, ven con sermones y cuentos, prima, después que te proporciono los únicos pollos que hay en San Sebastián el día de hoy; te los guardo desde que cerraron las puertas; ya no han vuelto desde entonces las caseras de Usúrbil, ni las arrieras bidartinas, con sus delantales rojos y su casquete negro sobre la rosca del moño.

—Pues mira,—replicó Margari,—te podías haber quedado los pollos y el chismeo de la boda también; á eso ibas tú á la fuente del Chofre, á negociar cuentos de comadre y hacer perder el tiempo á las criadas, como si no tuvieran bastante con los gabachos para perderlo. ¡Uf!, apártate; desde que te codeas con esos próceres del Gave y del Adour hueles á vino y aguardiente.

—¿Yo? yo no sé pues; chismes no he traído; si le ajustas las cuentas á tu que-

ridísima Charo, tal vez irás por ahí más encaminada.

—Y tú,—añadió Margari con gesto imperativo, señalando la puerta de salida —por ahí te encaminarás mejor, ¡hospo!





CAPÍTULO XIX

El General Rey.—La sidrería de la calle de la Higuera. — Un sargento que se defiende.— La danza de los muertos.

—No es grande esta brecha que han abierto en mi ceja --decía el General Rey rodeado de unos cuantos oficiales y limpiándose el sudor rojo que manchaba su cara: aún tuvo humor para decirle palabras suaves á la muchacha rubia de la panadería de la esquina que le sirvió agua y toalla.

Pero, pronto comprendió el General que la situación no era para amables entretenimientos; sus arrestos flaquearon, al ver envueltos á sus granaderos en las llamas encendidas por la fatalidad; quiso

acudir á la muralla, cruzó á saltos varias calles, jadeante, con la mirada viva, erguida la cabeza, gritando enronquecido, empujando á los soldados que volvían rostro al enemigo para correr á las escaleras de Santa Teresa y tomar la cuesta del Castillo; con la levita salpicada de barro y colgando en la hombrera derecha, como condecoración de la desgracia, un pedazo de intestino sanguinolento, llegó á la calle del Pozo, á desembocar en la de Atocha ó de la Higuera, en cuyo extremo había una sidrería, donde se empujaban pelotones de soldados franceses; éstos á su vez eran atropellados por los primeros ingleses que traspasaron el foso, estropeados, sedientos, medio envueltos en humo, y sucios de barro y sangre, lanzándose unos sobre otros; dos sargentos se abren paso hasta el mostrador, y cogen una barrica enorme, cuyos témpanos hacen saltar con los puños, al mismo tiempo que el tropel de invasores recoge el líquido en la copa de sus

morriones grasientos y húmedos del sudor.

El General, viendo acrecentarse el torrente de enemigos, ordenó los toques de retirada al Castillo, al mismo tiempo que los hijos de Drake, lanzando relinchos de lujuria, gritos de fiera herida, se entregan á las hazañerías del botín.

El sargento Peredau, soliviantado con el estridente sonar de la corneta, herido su sentimiento al oír, confundidas con los lamentos de su heridos, las risotadas brutales de ingleses y portugueses, quiere detener el avance de éstos, que entran por la calle del Pozo: se hace fuerte detrás de un montón de miembros humanos y dispara sin cesar, febril, alocado; su primera bala fué dirigida sobre uno de los sargentos, que salía de la sidrería, llevando á modo de sombrero el tonel vacío de aguardiente; era un mocetón de interminable estatura, con bigotes anchos rojos, mirada encendida; iba al frente de una sección á la que quería imponer or-

den de marcha después de haberla emborrachado; la bala del sargento Peredau le sorprendió con la mano en el mostacho y rompiendo los dientes subió por el paladar y destrozó el cráneo del gigante que, al caer, arrastró á algunos hombres impidiendo el paso de la sección, la cual, atemorizada creyendo repuesto al enemigo, vuelve á entrar de ufo en la sidrería, destrozando bancos, botellas, salvillas, barricas; al llegar á la puerta que del fondo del tabuco conducía á un patio oyeron débiles quejidos; un buen anciano suplicaba de rodillas que no maltratasen á su hijo, pobrecillo, tumbado sobre el banco de la cocina, cubierto con mantones, y aprisionada su pierna desde la cintura hasta más abajo de la rodilla, entre tablas fuertemente ligadas con cuerda de cáñamo; era un coxálgico; su mirada, imagen del espanto;—no se acerquen, por Dios; no toquen el banco que me vuelve loco el dolor; quietos, atrás todos,—el anciano agarraba los pies y

las rodillas de los más próximos; sólo quedaron dos en la cocina tambaleándose, apurando el aguardiente que aún llevaban en la copa de cartón; cansados de beber, pusiéronlo en los labios del enfermo y acabaron por derramar sobre su rostro las sobras del festín; los otros habíanse corrido por los cuartuchos de la casa, embolsando pobretallas y menudencias.

Las voces de mando que se oían en la calle llamaron la atención de estos desmandados; empujábales un muchachuelo menudo y aceitunado; — dejad eso, es cosa nonada, ni vale la pena soportar la chillería del capitán Mursay, cuya voz reconozco; ¡vaya un humor que gasta á estas horas el capitán!

— ¿Pues qué quieres, hombre? ¿no hemos entrado como bravos los primeros y no ha de ser lo mejor para nosotros?

Seguía firme en su barricada de cadáveres de la calle del Pozo el sargento Peredau, sudoroso, disparando bien, como

montañés acostumbrado á reñir con los osos de Luchón; un teniente inglés avanzó pistola en mano; al llegar cerca del bravo tropezó entre los pies de un herido, sacudidos por el dolor, y cayó abrazándose con el sargento; lucharon como gladiadores, retorciéndose sus piernas, los brazos de uno abarcando el cuello del enemigo, oprimiéndole; el francés hizo presa con su enorme boca en la nariz del teniente, que no pudo acabar el grito de dolor, porque un soldado, roto de rodillas para abajo, arrastrándose, clavó en su pescuezo un pedazo de lanza y le dejó cosido sobre el pecho de otro cadáver que le servía de almohada. Peredau, logró deshacerse de las manos de su enemigo, que le atenazaban; dió un salto, arrastró unos pasos al compañero herido hasta que pudo cargarlo en su espalda, y agachándose, doblar la esquina de la calle de Narrica; y saliendo por la de la Trinidad ó San Telmo, hoy del 31 de Agosto, respiró satisfecho.

Tras él corrieron despistados unos cuantos belitres, que se detuvieron en las sepulturas del atrio de Santa María, donde sostuvieron vivo tiroteo con unos franceses, terminado el cual se entregaron á macabras maniobras, saltando tapas de ataudes que desenterraron con las uñas; una vecina que asomó la cabeza vitoreándoles y con buenas razones queriendo traerlos á razón, al propósito de calmar sus feroces instintos y evitar más profanaciones, fué agredida, y á la ventana donde quedó acribillada su cabeza encaramáronse, tirando el aún caliente cuerpo al campo santo; allí, atada á un esqueleto y á él abrazada la mujer, sosteniéndolos, querían hacerles mover á compás de canciones obscenas; no lograron su lúgubre objeto porque caíase deshecha la osamenta.

—Este de los dientes largos es el barbero de tu pueblo del Low-Land; vosotros y los escoceses todos sois de diente largo,—dijo un desalmado de aquellos,

desatando desabridas carcajadas;— á fe que si el tal pelabarbas cogiera esta limpia y pelada calavera habríais de besarla, cuando al salir los domingos de oír al Pastor Maket vais á poner el cuello bajo su buena intención, y aún dicen que en el Low-Land no hay gente boba; veamos si estos españoles lo son tanto que se trajeran maletas para el viaje, haremos como los mesoneros de tu tierra, desvalijar á los vivos y á los muertos; á ver este ataud, tiene forro blanco; alguna enamorada, ayúdame, Firch; mira, parece que está riendo; se figura que le vamos á traer el novio; ¡y qué mal huele! flores, nada más que flores secas.

—Secas como tu alma, hereje—le respondió Firch arrancándole un manojo de hierba que había perdido su aroma y sus colores, como la muerta joven sobre cuyo pecho envejecieron; le pegó con el puño de aguzados huesos, y le hizo caer al hereje dentro de la fosa, sin sentido. Lástima que el joven escocés torciera tan

bello gesto, disparando al salir del Cementerio para contestar á los vítores y gritos de triunfo que desde una casa próxima gritaba el beneficiado don Domingo de Bengoechea, quien cayó de espalda sobre la mesa de su despacho, manchando la página abierta del Kempis, donde su última mirada acaso se encontró con la consoladora frase: «no eres más bueno porque te alaben, ni más vil porque te vituperen, lo que eres, eso eres.»



CAPÍTULO XX

Arrecia el vendaval.—Margari espera.—La herida del capitán Brussau. — El médico de la casa.— El cirujano de moda en San Sebastián.—Margari se hace fuerte —Un pisolabis.

San Sebastián vió convertida su alegría en lágrimas y en ruinas los laureles del triunfo. Son las dos de la tarde; el oleaje se levanta en la Zurriola como gigante que quiere tragar en sus espumosas fauces el fuego de la línea de casas aledañas al destruído murallón; el viento arrecia y extiende las llamas, y unas veces las sube como rojos campanarios hasta perderse en el celaje, las trae luego á arrastrarse humildes entre moribundos que apuran su agonía besando el barro

de la calle y el charquetal de sangre y agua; las levanta después, enfilando su aguzada y ardiente punta sobre las vecinas casas, donde prenden con renovado furor.

Las voces de los jefes apenas se oyen entre el fragor de la tormenta y el batir de tambores y el resonar de trompetas; logran ordenar algunos pelotones y organizan la formación en la plaza; pero, no se consiguió traer á recaudo á otros muchos que, adocotrados en la garrama, se habían desmandado, husmeando por bodegas, habitaciones y desvanes, acudiendo al botín como cuervos al difunto, y á las barricas como cabras al tomillo.

Don Juan Manuel, con la preciosa carga del amigo Brussau, que había caído en sus brazos, humeando, con el sentido abandonado en el sueño del dolor, apretaba el paso para ganar la calle Mayor y entrar en su casa, esquina de la del Puyuelo, antes que los primeros asaltantes se derramaran por ese barrio. Aunque

fornido y recio don Juan Manuel, sentíase agobiado por la fatiga; respiraba con cierta dificultad, no ya sólo por el peso del herido, sino por la fuerte emoción; no solicitó auxilio de nadie, temeroso de cambiar la postura al enfermo, á quien sostenía tendido sobre sus dos brazos, puestos uno por debajo de la corva y el izquierdo cruzando la espalda, y con los dedos salientes sostenía el brazo herido, colgante, sólo unido al cuerpo por una tira de piel; la sangre salía escasa, agotando las fuerzas de Brussau, por más que su protector había atado ancho pañuelo para sujetar el codo y el hombro.

Pocos pasos adentro de la calle vino á dar con ellos el buen Ignacio, apurado, descolorido y sin aliento para decir palabra; se abstuvo de poner el auxilio de sus manos, ante la indicación de don Juan Manuel, mas tuvo la oportuna ocurrencia de cubrir cuidadosamente con su paletó el cuerpo del capitán, para evitar que le perjudicasen las primeras gotas

gordas de la tormenta y el frío vendaval.

Don Juan Manuel había salido precipitadamente de su casa, comprendiendo que debía acudir, como individuo de la Junta y con los señores del Consejo, á recibir á los sitiadores amigos y triunfantes, para suplicarles tratasen bien al vecindario y evitaran el desbordamiento de las tropas. Habíase quedado Margari demasiado inquieta; nerviosamente deshacía con su doncella servilletas y sábanas viejas, y tenían un montón de hilas, que guardaba para socorrer á los amigos de José Antonio, que llegarían tal vez descalabrados, y acaso también el mismo José Antonio;—¡cuánto habrá sufrido, y qué miedo siento! algunas veces imagino que entrará sonriente, llamándome con el pañuelo desde la esquina de la calle; ¿á ver? quiero asomarme al balcón; nada, hija, no se ve un alma; se oye gran algarabía por las calles de allá; ya cesaron los disparos; muchos gritos, golpes en

las puertas, voces de orden, pero al menos ya no dispara ese horrible cañón; vaya unos nubarrones que se agrupan allá, ¿ves, Carmen? hacia la Zurriola y por San Marcos parece que están á obscuras; ¡uy, qué torbellino desciende de esa montaña negra! cierra, cierra ese balcón,—y ella misma al retirarse cumplió su mandato, y agachándose, volvió á mirar con la inseparable esperanza de ver si llegaba José Antonio, sacudiendo el pañuelo, sonriente y apresurado, con el ansia de encontrar la paloma sin el cuervo y cogerla en sus manos después de tanto tiempo.

Y oyó entonces la voz de Pepe Ignacio, que gritaba al ver á Margari medio escondida entre los hierros y el umbral: —trae tu padre en brazos al capitán Brussau, puedes apresurarte á preparar una cama, pero no te acobardes, no es mayor cosa—así dijo el pariente. No pudo, con todo, evitar Margari una seria impresión de espanto, un correr de sangre á borbo-

tones por sus adentros, ante la idea de que fuera José Antonio aquel cuerpo inmóvil, del cual se veía el extremo del pantalón de uniforme.

Repuesta luego de tan recio amargor, pero acobardada del suceso cuya víctima le interesaba no poco, acudió en seguida á los primeros menesteres, al arreglo de cama, toallas, agua y demás cosas que habían de ser precisas, ante el supuesto de inevitable visita de médicos y cirujanos.

Abrió Margari las dos hojas de la puerta del comedor; creía cosa de poca monta la herida del amigo Brussau, y señaló el sofá para que en él recostaran al enfermo para que descansase y aliviara el peso don Juan Manuel; pero éste hizo señal á Margari, moviendo la cabeza en dirección á uno de los dormitorios, y allí dejó blandamente, despacio sobre una cama, al capitán que gritó al sentir el cambio de posición; y al abrir los ojos un tanto dilatada é inmóvil la pupila, y

al reparar en Margari, desplegóse mecánicamente en sus labios sonrisa triste, sin savia de expresión espiritual. Don Juan Manuel se dejó caer sobre el sillón inmediato, y mientras Margari secaba la frente y la cara mojadas por el sudor y la lluvia, y ajustó las zapatillas en los pies del padre, pudo éste reponer su aliento y ordenar que, á escape, llamaran á don Florencio el médico de casa.

No tardó un cuarto de hora en llegar don Florencio, echando espurnas, porque, como él decía, las buenas monjas de Santa Teresa, asustadas por las barbaridades que oyeron al pasar huyendo al Castillo los soldados franceses, habían pedido auxilio á Dios y al diablo.

—Lo del diablo es por usted, sin duda —dijo Margari.

—Picarona; no llego á tanto, pero la verdad, huelo á azufre cuando me interrumpen los postres; ¡caramba con las monjitas, las de pintadas palabrillas; y luego, no hija, no; con este volumen no

va uno á cualquiera parte y menos cuesta arriba, á subir esas escalericas, aunque digan las carmelas que conducen al cielo; para cielo, deja que me coloque bien estas gafas, no veo con ellas á mi gusto hasta que enfocan á Margari.

—Ja, ja; qué galanías trae y qué fino viene mi doctor; pues vea, buena falta me hacen sus finezas, porque estoy tan inquieta y amargada, tengo tan achicado el ánimo.....

—¿Qué es ello, mujercita, liman tu salud quebrantos de ausencia? cansancio es dar consejos al amante, pero sábetelo que las penas se avivan cuando preparan la salida, como el frío se acentúa cuando el sol se anuncia; ahora es cuando hallarás el remedio; esto concluye; ¿y tu padre? vamos, vamos á verle; estará con ese herido que recogió en la calle; ¡hum! un poco así medio comprometido es el caso, pero ya veo, no hay amistad sin sacrificio.

La flor y nata de la facultad médica

en San Sebastián era don Florencio; tipo barrigón, de semblante mancillado por el paso de los años, pies juanetudos, pequeño y tan extenso de hombro á hombro como de talón á peluca; cubría ésta una cabeza bien documentada de aforismos, cosechados en la cátedra del gran maestro Andrés Piquer, encarnación del hipocratismo en España á fines del siglo XVIII; y su sapiencia la robustecía nuestro doctor con la tranquila práctica de la profesión, pues como su mujer había aportado al matrimonio tantos caseríos como libracos el marido, se permitía éste el lujo de visitar, su paso á paso, á muy reducida clientela, dedicando unas horas al estudio, otras pocas á la partida de malilla y las restantes á suavizar el áspero vivir del vecindario del Puerto, cuando volvía con la red vacía y azotado el rostro por las caricias del mar.

Se acercaron al enfermo;—este pulso —iba diciendo el doctor—natural es que flaquee, pero..... no, no hay que pregun-

tarle; se advierte su estado de estupor; responderá mecánicamente..... no hagan ustedes caso, es el delirio nervioso; caramba, hay bastante causa, bastante, caramba; se ve,—decía al mismo tiempo que iba desatando el pañuelo, puesto provisionalmente por don Juan Manuel,—se ve que ha debido de atravesar los tejidos, y molido los huesos ese pedazo de bomba; ahí está encajado en la articulación del hombro, ¡hum! y acercándose al oído de don Juan Manuel—esto es demasiado serio; habrá que acordarse de ese cirujanito, caramba; ¿qué le parece á usted, llamaremos al señor don Santiago el cirujano de Hernani, tan diestro en estas andanzas y tan bien acuchillado? porque este joven del lugar, muy puesto en la moda, no me acaba de convencer; no me gusta la afición que trae esta gente joven á rajarse y cortarse; y á todo eso, tampoco es posible consultarlo con el enfermo, y el caso es que tampoco es posible esperar; hay que acudir al más pró-

ximo; don Juan Manuel, llamemos al niño Vergarés. Mientras tanto, démosle este cordial al enfermo, y que vuelvan á buscar un fuerte excitante, para avivar el estado de estupor; anda tú, mofletes, al mancebo de la Farmacia de Eguino que traiga eso al momento—dándole una receta—y sigue tú alante, hasta que des con el Pocholi.

Llamaban de tal modo irónicamente las mordedoras lenguas de San Sebastián, á un joven de rostro puntiagudo, cenceño de talla, recoleto de traje, taheño de pelambre; hijo de un herrero vergarés, á puro de calentar el cerebro y gastar los ojos, ganó premios, y con las propinas de un tío cura en Madrid, compraba libros á precios cortos y á plazos largos, en las librerías de lance de la calle de Jacometrezo, logrando completar así su carrera de medicina; más tarde se fué como criado y ayudante de un cirujano mallorquín, que había caído en la corte á operar felizmente y á negociar

con el hierro la salud de cierta señorona de aventajada hacienda. Había entrado con buen bisturí en San Sebastián, y á pesar de su facha poco pulimentada ganó predicamento, y también escudos hubiera granjeado si no por sus inhabilidades financieras y sus reparos en pasar cuentas á los clientes.

Cuando entró en la habitación del enfermo, sin hablar palabra ni mirar á los presentes, acercóse á la cama, y al volverse hacia su colega puso gesto avinagrado como de quien prueba cosa que le sabe mal.

—Adivino que no puede usted excusar la amputación,—hubo de manifestar don Florencio.

—Esto no ofrece duda; lo dudoso será que terminemos con la operación antes que con el herido;—y al mismo tiempo que sacaba una pieza de hueso con los dedos y examinaba la herida, ancha, oblicua, negruzca, casi el brazo sin sostén, añadió:—está la articulación

tocada, y con la lesión arterial infalible es la gangrena; aquí no hay más camino que este,—y cogió al enfermo y colocándolo como sentado, cerca del borde de la cama para que el hombro no descansara en la almohada, continuó:—usted, don Florencio, pase ahí; á su cuidado esa arteria subclavia; y usted, Margari, perdone que la traiga á tales trotes, sostenga el brazo en las direcciones que le iré señalando;—y sin mirar las lágrimas que caían por el rostro de la joven al ver el cuchillo, comenzó el cirujano á pasarlo entre el músculo, por la cabeza del húmero; corta un colgajo, incinde el tendón del biceps, mancha la muñeca de Margari con su mano izquierda ensangrentada, al querer cogerle el brazo para cambiarlo de dirección; Margari palidece, tiembla al oír un terrible grito del herido; ánimo don Florencio, con la consoladora voz del genio que á su memoria entonces acudía,—á Dios, quien más padece se avecina, mi querida Margari.—De pronto,

el operador pide á voces el alcohol y diaquilón, pues en pocos instantes ha llegado el cuchillo á la cavidad glenóidea, quedando desarticulado el miembro y reunidos los colgajos, no sin sacar antes un pedazo de botón arrancado del uniforme y hasta adentro llevado por el proyectil.

Sudor y sangre manchaban el rostro y las manos del quirurgo; invitóle Margari á tomar alguna cosa, que aceptó; y á la vez que se lavaba, con la boca cogía de la mesa sin intermedio de tenedor y dedos unos mantecados heñidos y azucarados por labor de Margari; cuando hubo despachado hasta media docena, engulléndolos sin dejarles perder tiempo en el paladar, le ofreció Margari la salvi-lla, á la que también hizo honores don Florencio.

Salieron ambos; y repuesta Margari fué á sentarse en un taburete, descansando con las manos y la cabeza puestas sobre las rodillas de su padre; largo rato

estuvieron en silencio, sólo interrumpido por algunos chillidos desahogados del enfermo, seguidos de palabras incoherentes que tanta pesadumbre ponían en los adentros de la joven; pasó también entre los vagos ensueños del delirio el nombre de José Antonio, á quién llamó con angustiosa voz:—¡ven, José Antonio, ven!

—Ven, sí, José Antonio,—repitió Margari, levantándose inquieta, con objeto de secar la frente del capitán y acercar á sus labios la copa del medicamento prescrito por facultativos.



CAPÍTULO XXI

**La batalla de San Marcial.—José Antonio y Juan-
chu en las avanzadas.—El parte de Sir Graham
y la sonrisa de Wellington.—Adiós los france-
ses.—Al galope.—El fuego en San Sebastián.**

Como si las últimas palabras de Margari llevaran mágica atracción, se pudo oír á la misma hora, en las laderas de la Ermita de San Marcial, la voz de José Antonio:—¡Voy, Margari; hacia tí me empujan mis afanes de ofrecerte las alegrías del triunfo! ¡qué recio es el deber y cuán dulce abrazarse á el! ¡allá voy, Margari!

Se había peleado bien aquel día; el general Freire correspondió crecidamente á la honra que le había confiado Lord Wellington, al encomendarle la dirección

del combate, que el enemigo inició desde la víspera, pues el Mariscal Soult había preparado su artillería para atacar al amanecer del 31 de Agosto. A Juanchu y José Antonio les había ordenado Freire que se pusieran al frente de dos compañías de vanguardia en la parte baja de la ladera; se destacaron de la Ermita de San Marcial antes del alba, y pudieron colocarse escondidos al abrigo de matorrales; iba delante Kant, vanidoso como cabrío con esquilón al frente del rebaño; allí esperaban, echados en el suelo, ó sentándose de cuando en cuando, para sacudir el frío húmedo y el entumecimiento, obligando á los soldados á guardar silencio, roto con frecuencia por las risotadas con que coreaban decires de algún ganso; á la primera luz del día vieron que avanzaban, medio envueltas entre la niebla, las divisiones Lamartinière y Maucune, y que, pasando el río por el vado Saraburo, se dirigían al altozano de Irachabal; de pronto, aligerando el paso, lanzá-

banse algunas brigadas por la pendiente de los lobos ó de San Marcial, y por la cañada de Soroya y el barranco Ercuti; desde el sitio en que se había colocado José Antonio, se oía el ruido de los pasos sacudiendo las ramas de boj y de avellanos, removiendo el peñascal; claramente se percibían las voces de algunos animando la marcha; el enemigo subía sin cesar; aquellos grupos no terminaban nunca; impacientábanse los soldados de José Antonio; el viejo filósofo Kant volvía á sentir enardecidas sus energías, acecinadas por la desgracia—no dispare usted aún, querido Kant,—decíale nuestro jefe; de pronto la infantería de Freire, cuando ya llegaban los franceses cerca de la Ermita, cargó á la bayoneta, haciendo volver la cara á los enemigos, blandos á las hurgonadas de las tropas españolas; entonces José Antonio dió la señal de avance, cogiendo al centro enemigo en su descenso entre dos fuegos, y sobre él descargaron, ayudándole á retroceder

hasta el Bidasoa; no pudieron avanzar más las dos compañías de vanguardia, porque ofrecían blanco al fuego de la artillería francesa, y desde la orilla del río volvieron á ocupar el puesto.

Nuevamente atacan los franceses, entrando en acción las tropas de Villatte que unidas á las de Reille, ya repuestas, llegaron otra vez hasta cerca de la Ermita de San Marcial, señera del triunfo que en siglos pasados alcanzara el general don Beltrán de la Cueva sobre franceses y tudescos; pero, el empuje de Freire y el apoyo de una brigada destacada del cerro de Pontó, volvieron á echarlos sobre el Bidasoa.

Después del mediodía ordena Sout un tercer ataque; las compañías de vanguardia sostienen el terreno hasta que llegaron las divisiones Ezpeleta y Mendizábal, obligando á Sout á cruzar definitivamente el río, cuyo paso comenzó á hacerse difícil, pues la tormenta acrecentaba la corriente.

Mendizábal estrechó las manos de nuestros dos oficiales vascongados, felicitándoles por la resistencia larga que hicieron al iniciarse el tercer ataque, con la cual se dió tiempo para la feliz llegada de las divisiones de repuesto. Durante el combate, el viejo Kant probó también su brava condición de soldado, aunque tuvieron que retirarle entre dos compañeros, pues había recibido extensa cuchillada en la frente, que inundó de sangre el rostro y pecho del anciano, el cual, excitado por la satisfacción de su heroicidad, gritaba:—¡á la pelea, muchachos, la sangre es bálsamo para el amor lastimado; viva España y abajo las penas antañonas!

—¡Abajo!—dijo el siciliano limpiándole la frente;—más vale chorrear sangre de las sienes que rastrillar con ellas.

Cuando más empeñado era el combate, recibió Lord Wellington noticia del feliz asalto de la plaza de San Sebastián por las tropas aliadas; los truenos de la tormenta fueron como el toque de retira-

da del invasor; el vendaval sacude y precipita los aleteos del águila maltrecha.

Lord, al contemplar á nuestros soldados que empujan á los últimos franceses, aplaude; y al desplegar segunda vez el parte de Sir Graham anunciando el triunfo de los cañones del Chofre, sonrió poniendo en su rostro adusto la impresión de placer que salía del hondón de su alma; Vitoria, San Sebastián, San Marcial, joyeles que engarzaba en pocos días á su corona triunfal, á la que más tarde había de añadirle nuevo brillante en Waterlloo, no ya su habilidad, sino acaso más bien la mala estrella de Napoleón.

Fué José Antonio uno de los primeros que tuvieron noticia del suceso; el teniente Pery, destacándose del grupo que rodeaba al Generalísimo, bajó por la cañada de Soroya, preguntaba á los grupos que encontró descansando, los unos cantando y muchos en actitud de atacar las mochilas; por fin, pudieron indicarle que las compañías de vanguardia habían to-

mado la dirección de Irún, y allí se fué afanoso de contentar á José Antonio con la grata nueva recibida.

Alcanzó á José Antonio, á Juanchu y á Roso, que muy cerca del pueblo seguían ordenando la conducción de heridos, y reían las cálidas peroratas del filósofo de reserva Kant, que sentado sobre las manos entrelazadas de dos soldados y con la frente vendada, pasó todo el camino desentonando canciones patrióticas y báquicos zortzicos, como aquel de moda entonces:

Guizombat ardo bague—Dago erdi illá
Marmar dabilza tripac—Ardoaren billá.

producto de la musa picaresca de austero fraile vascongado.

Las palabras de Pery emocionaron á José Antonio; mientras la obligación le tuvo alejado del nido, sus nervios y sus afanes quedaron atenazados por una fuerza invisible; las palabras de Pery rompen la calma y serenidad de su alma,

santuario del deber, y al calor de su memoria se desbordan las ansias de ver á Margari, guiadora gentil de sus destinos, cuya casta imagen animó sus pasados desalientos; y como llevado del delirio de comunicación amorosa, avanzó diciendo: —allá voy, Margari.

Y allá fué; tras él siguieron, sin perder más tiempo que el de ensillar caballos, Juanchu, Roso y Pery.

La lluvia había cesado; fuertes ráfagas de viento despejaban la bruma tendida á ras de las aguas del Bidasoa, á través de cuya corriente se veían cruzar los últimos pelotones de franceses, convoyes de heridos, y en la lejanía divisábanse las primeras columnas, el Estado Mayor del Duque de Dalmacia, picando espuelas hacia San Juan de Luz.

Los caballos corrían como las sombras mudas de nubes azotadas por el huracán; el seco resonar de la herradura sobre las piedras ó el blando chacloteo sobre los baches de la carretera, rompían el silen-

cio de aquella marcha vertiginosa, en la que los cuatro ginetes, acostados sobre las crines flotantes de sus cabalgaduras, competían en deseos de acortar las tres leguas que les separaban de San Sebastián.

Al llegar á la calzada de Pasajes, los caballos, con las nalgas cubiertas de espuma y bañado el cuello, tropezaban agotados por el cansancio; desde la cuesta de Mira Cruz ofrecióse á los viajeros la suprema impresión de una inmensa luminaria; confundieronla al principio con los rojos tonos del sol cuando se acuesta en las aguas del golfo; pero, las primeras sombras de la noche y la legión de estrellas esparcidas por el firmamento les apartó de la mente esa ilusión; el sol se había hundido una hora antes en las ondas, sin esperar á sus admiradores; aquella gigantesca iluminación era sin duda algún bosque de Igueldo ó de Oriamendi; poco á poco iban orientándose, y las llamas aparecían de cuando en cuando, y surgien-

do de la humareda parecía que localizaban su acción debajo del Monte Urgull; luego, vieron los reflejos de púrpura paseando sobre las movidas espumas de la Zurriola; eran las casas del pueblo las que alimentaban la formidable hoguera; no dudaron ya, San Sebastián ardía, las casas tocantes al murallón de Oriente caían desplomadas al contacto de las lenguas de fuego; hacia el centro, el humo aumentaba la lobreguez de la noche, y el olor imponente y las briznas de ceniza llegando á sus rostros les hicieron apretar más el paso; dejando á la derecha el campamento casi despoblado del Chofre, convertido en un barrizal, cruzaron la ría, y entrando por el desmoronado Cubo del Cuartel, entre la báquica alegría de unos y los lamentos de otros y los reniegos de todos, dirigieron por las calles de la Higuera y Embeltrán, hasta llegar á la casa de Margari.



CAPÍTULO XXII

La casaca del Tesorero del Ayuntamiento.—Los caballeros de la arrebatña.—Los ingleses en casa de Margari.—Los postres de una cena.—José Antonio y sus camaradas llegan á tiempo.

Cuando el médico don Florencio salía de casa de Margari, hubiera querido aligerar sus piernas, porque un nuevo chaparrón convertía en río la calle del Puelo; como no tuvo bríos para mayor carrera, entróse en un portal, donde topó con Pedro Ignacio de Olañeta, Tesorero de la Ciudad, medio derrengado, la faz congestionada:—¿qué es eso pues, tan sofocado, Peru Inashio?—le dijo el doctor.

—Sígame, no se entretenga usted, porque nos rodean los rubios, y mis cos-

tillas y mi bolsa testigos son de su condición insolente.

—¿Y eso puede ser, que nuestros libertadores vengan con tan cruel ánimo contra nosotros? no, hombre, no seas tan afrancesado, ¿acaso te duele que hayan dado un puntapié á nuestros forzosos vecinos de cinco años?

—Sí, para puntapié el que me han señalado á mí sobre tal parte; pues vea usted, don Florencio, que si le dan á su merced igual toque en esa tripita, pedazos me hagan si no la desencuadernan nuestros libertadores; ellos vienen á salvarnos como el piloto salva su barco en la tormenta, sacándole de dentro cuanto tiene; vamos hombre! suerte ha sido la mía de poder escapar de sus manos, gracias á un irlandés, que armando la cuchilla se ha llevado á la chusma de soldados; vea usted cómo me han parado: el que hacía de jefe me agarró la pechera de la camiseta y descargó un sablazo de plano sobre este hombro, y poniéndome el sa-

ble en la tetilla izquierda me obligó á entregar las piezas que llevaba en mi bolsa, y no contento con eso, acabó por arrebatlarla de la faltriguera, pensando había más moneda, pero al verse sin ella me soltó una bofetada que á gusto hubiese devuelto á no interponerse el buen irlandés, que por más señas llevaba un rosario pendiente del cuello.

—Pero, hombre, y esos jefes ¿qué hacen? ¿piensan acaso que están entre enemigos? ¿cómo no disciplinan á sus gentes?

—Advierta usted: mi casaca con regatas de vino; destrozado el pañuelo blanco del cuello; hasta las hebillas de plata de los zapatos han arrancado, y era mi mejor indumentaria; precisamente me había acicalado para salir á recibirlos en Corporación y obsequiar al general Graham y á su Estado Mayor, según había dispuesto el Ayuntamiento.

Ambos interlocutores torcieron hacia la calle de Embeltrán; vieron llegarse á

ellos una garulla de gahnápiros portugueses que á saltos locos y con movimientos ebrios, se derramaban por la calle gritando, ¡hurra, hurra! pidiendo vino, inquietando la honestidad de las mujeres, disparando sobre las cerraduras de las puertas cuando los vecinos no se adelantaban á ofrecerles lo suyo; á una pobre señora arrebatáronle las reliquias del pecho y la despojaron de las puntillas que asomaban en los extremos del cuello de su camisa. Una escena acabó de horrozarles; se disputaban en un grupo á un niño, y acaso hubiéranlo partido sin la intervención de un oficial que, sable en mano, cacheteaba á los desmandados, obligándoles á acudir á los toques de corneta para atacar el Castillo.

Cruzaron corto trecho, arrebuja la cabeza entre los brazos, pues la soldadesca arrojaba desde las ventanas toda clase de objetos, arcas, escritorios, sillas, mesas, bronces, cornucopias; refugiáronse, por fin, médico y depositario en casa

del chocolatero Larrañaga, en la misma calle de Embeltrán. Mala la hubieron en tal lugar, pues vieron cómo allí acuchillaban al pobre industrial, después de haberle arrebatado unas onzas de oro y el reloj; y aturridos con eso, siguiendo el hopo al vecino Manuel Angel Irarramendi, metiéronse por la lucerna de un tejado donde se pusieron en cobro.

A la misma hora, la de las seis sería de aquella tarde, la casa de Margari había sido invadida por unos oficiales portugueses é ingleses; un tanto alborozados zaqueaban por la escalera, y alguna alarma ocasionaron puertas adentro con el descompás de sus carcajadas y el ruido de los sables; mas sea por la respetabilidad y el tipo señorial del dueño de la casa, ó por la serena sonrisa de Margari que con fino ademán tendió su mano á los vencedores, invitándoles á pasar, ello fué que tomaron asiento como caballeros, aunque tal vez escondían intenciones lacayunas.

Corrió la conversación sobre el feliz asalto de la ciudad, por cuyo caso diéronles mil plácemes tanto don Juan Manuel como su hija; confiaban también en que el ejército de la frontera habría tenido un buen día, pues según se dijo en el campamento del Chofre, se había iniciado en San Marcial un gran combate.

Mostrábase impaciente Margari con tal noticia y sospechaba que, pues no estuvo entre los asaltantes José Antonio, á juzgar por el decir de esos señores, que ningún español tomó parte en el asalto de las brechas, de cierto estaría entre las divisiones del Bidasoa.

—De todos modos—se le escapó decir á Margari, creyéndose en conversación con ella sola—no tardará en llegar, tan pronto como sepa que han abierto ustedes el camino.

—¿Espera usted á alguien? sólo por joya como usted vale el trabajo de abrir las brechas.

—¡Ah! gracias, señor comandante; me

río de oír tan suaves palabras después que nos han obsequiado con tanto ruido y tan ásperos confites durante toda la mañana; pícara es la guerra, hombres tan amables ahora y antes tan empecatados.

—Este señog—dijo otro de los uniformados visitantes—es mucho finísimo, porque le asedia un grande apetito, y todos también queguemos muy grande comida.

—¡Ja, ja! con que el hambre es dispensera de galanterías; bien, bien; pues cenarán ustedes con nosotros, si papá no halla inconveniente.

—Sí, cenaremos todos, mocha cena, mocha cena, aunque papá no tenga hambre.

—Y escoche, señoguita; mucho vino, —añadió otro, tipo achulado y rodrigón —exselentes botellas, que la pólvora seca la garganta; vino, mucho.

Se levantó Margari, desentendiéndose de las últimas palabras, que rompían un

poco el molde de la discreción y cortesía, y poniéndose delantal de faena traginó en la cocina, acosando á Teresa, un tanto manirrota y resposdona, y dada á sacar el paso más corto cuando la apremiaban. Cortando buenas piezas de jamón estaba Margari, y asomó la picuda nariz uno de los oficialillos portugueses, el más joven, que mal presumía de aliño y compostura; no podía ocultar los mapas de barro extendidos por el pantalón y las polainas, apegotados de tamó y de sudor los aladares, con un poco de sebo en hombreras y cuello y dos muchos de cera en las orejas. Al verle asomar Margari, hubo de significarle con severa mirada que aquel no era su puesto; y hábilmente se excusó de recibirle en la cocina, saliendo ella delante y haciendo indicación de que volviese al comedor, á lo cual no se opuso el muchacho, si bien como gato sacudido, agarró de paso una magra, limpiándose después los dedos en el pelo.

Mientras tanto, otro contertulio había

dado unos pasos desapareciendo entre el cortinaje que les separaba del despacho; don Juan Manuel le siguió los pasos á pretexto de acompañarle, mas percatado de ello el inglés volvió desde el fondo del despacho, no sin que advirtiera don Juan Manuel un rápido viaje de manos á bolsillos.

Poco tiempo necesitó Margari para tener dispuesta la mesa y abastada, pues era diestra en menesteres culinarios.

Así, pues, ocuparon los puestos señalados, y aunque el dueño de la casa comenzaba á escamarse más de un poco, tomó calor el conversar de cosas de guerra y de re literaria, pues entre los comensales había uno muy dado á las letras, adorador de Shakespeare, que se veía retratado con jovial desaprensión suya en el tipo de Falstaff, borrachón, mujeriego, vanidoso, con aditamentos de estultez.

Subían de tono las voces guturales y narigantes de los sajones, y el estrépito

de las carcajadas crecía. Margari comenzó á sentir cierto malestar; se vió en la precisión de contener con gesto adusto y áspero los ademanes del portuguesito, que intentó llegar la mano á la cara de la joven; se levantó por fin, oponiéndose á la descortesía de uno de los militares ingleses que, medio tumbada la cabeza sobre el mantel, con los ojos saltones, enrojecidos por la bebida, tendió sus dedos en acción de examinar una pequeña perla que, en anillo de oro engarzada, brillaba demasiado en la mano de Margari.

Un grito de suprema angustia resonó en el gabinete cercano; frases sin coherencia, pero con acento francés volvieron á oirse; el comandante sajón, la copa de vino medio inclinada entre los dedos y con un pedazo de queso llenando la boca, se dirigió todo engrifado, en tono insolente al amo de la casa; al escuchar éste el grosero apóstrofe de «español traidor, protector de franceses», su cabeza abati-

da se irguió, sus ojos se encendieron imponentes, incorporó su majestuosa y señoril presencia y, avanzando sobre el osado hablador, le arrancó del pecho dos pequeñas cruces cosidas en la levita; el comandante quiso defenderse; al mismo tiempo se abría la puerta del gabinete y salía gritando y arrastrándose el herido Brussau, que sintiendo invadida su habitación por las llamas del incendio se había lanzado de la cama; golpes de humo se extendieron por el comedor, y por la otra parte, aparece en la puerta José Antonio con sus íntimos acompañantes, que al ver la pistola en manos del inglés empujaron á éste, sujetándole José Antonio con vigor.

Margari, cuando vió la actitud de su padre, había acudido en su defensa; mas la extraña figura del herido serpenteando, perseguido por el terror, la hizo caer desvanecida, quedando su cabeza y el pecho apoyados sobre el sofá inmediato, y al acercarse un oficial inglés para levantar-

la, desistió de su empeño, echando á correr al notar la invasión del humo; pero, de la mano de Margari había desaparecido el aro con la perla, cuyos reflejos hincharon el ojo al inglés y encendieron su codicia.

José Antonio quieto, erguido, atenazando con sus brazos los del comandante que sostenía la pistola, desorientado en medio del espacioso comedor, tendió su mirada á todos lados, y al mirar caída á Margari y á sus pies arrastrándose Brusau, soltó la presa y avanzó á coger en brazos á la doncella; mientras tanto Pery recriminando á sus paisanos, adelantaba el paso en porte amenazante; mas atendió la indicación de José Antonio, que en rápido expresar decía:—eso, después; ahora coge con ayuda de Juanchu al herido;—el siciliano Roso ponía sobre sus hombros á los niños, á Conchesi y Pepe Luis, que medio dormidos y en camisa escapados salían, aturdidos por las voces y sofocados también por el humo.

Dió unos pasos don Juan Manuel; vacilaba, y los dos militares portugueses, recobrando hidalguías de raza, adormecidas por los vapores del vino, cogiéronle del brazo, ofreciendo al dueño fuerte sostén. Los tres sajones, caballeros de la arrebatina, habían desaparecido, llevándose con ellos dos relojes y una tabaquera de plata labrada, que en su rápida visita por el despacho recogieron, desce-rrajando el escriño guardajoyas, y también un cuadro de San Sebastián mártir, de admirable desnudo de torso y brazo, obra tal vez de aventajado discípulo de Murillo.

La respiración se hacía imposible y, entonces Juanchu, avanzando hacia la escalera, ordenó que todos le siguieran, —á mi casa; por la parte tocante al Castillo no llegan las llamas, adelante.

Al llegar al último rellano de la escalera pudo advertir José Antonio el aliento de Margari, y en la ondulación de su pecho el respirar de aquella mujer de

sus ensueños y de sus vigiliass; y al refrescarse el rostro de la joven con la brisa de la calle, quedó retratada en el lujoso espacio de sus ojos la imagen de aquel hombre que le había arrancado del alma sus sueños tranquilos, y al despertar del desvanecimiento y verse en sus brazos desplegó los labios en amable sonrisa y por sus mejillas pálidas corrieron lágrimas de intensa emoción.

—Te defienden mis brazos, Margari; esto no es ilusión, se acabaron los sueños intranquilos, mira bien, tu mirada me alienta y me protege.



CAPITULO XXIII

**En casa de Juanchu.—Mientras duerme Margari.
—Por esas calles.—El amanecer del primer día
de Septiembre.**

En casa de Juanchu, la de saliente alero, vejancona alineada en la calle de la Trinidad, con número borrado por el tiempo, comenzaron á sentir la pelazga y el murmullo de la calle; enmoheciendo su vida entre paredes, por el ausente rezaban dos mujeres, á las cuales más que la edad, los duelos y quebrantos echaron un cero á los años y arrugas de orejón al rostro; la madre de Juanchu y la tía de éste, solterona, alumbraron con velón de aceite la escalera, advertidas por la voz de Juanchu de que nada podían temer de

aquella comitiva de gentes armadas y lisiadas, que acudía á guarecerse en su tranquilo hogar no invadido por las llamas.

Aquellos no eran abrazos los de la madre; cinco años de ausencia taladraron la entraña como carcomas al frutal, y en un momento de intensidad sobrehumana una madre cobraba su deuda á las infaustas horas.

Colocaron á Brussau en la cama que, bien puesta y cuidada como reliquia, meses ha esperaba recibir los asendereados huesos de Juanchu; y á Margari la dejaron en habitación inmediata, donde las dos ancianas, resucitadas por el aliento del pariente, cuidaron los más íntimos pormenores que la comodidad puede exigir.

Al clarear la mente de Margari, la plaeidez y el contento pusieron en su rostro la más bella expresión; su mirada hizo asomar lágrimas en la serena faz de José Antonio, y ella, sin desmandar su hones-

tividad, descansó la cabeza sobre el pecho y los brazos desnudos sobre el cuello de su novio, quien con las manos estrechó las sienes de Margari, dejando descansar sus labios sobre la cabeza de aquella niña grande, cuya imagen había suavizado los desabrimientos de tan larga ausencia.

La excitación nerviosa comunicó á Margari muy tendida y fácil conversación, y entre risas que el padre y José Antonio escuchaban con afición y agrado, se burlaba de su novio, de lo muy astroso de su vestimenta y lo muy tostado de su piel;—ya creía encontrarte así, descosido y sin apaño; pero en cambio, con tantas contrariedades se habrán acerado tus ánimos y tus cariños á las personitas que dejaste en San Sebastián á la buena de Dios; cada vez que me acuerdo de tu escapatoria,..... ¡eso fué poco formal, hombre! pues, ¿no decías que el mundo era yo y no sé cuántas cosas más? ¡vaya con el valiente; ja, ja, valiente! ¿no te parece más valentía la de una mujer quedarse á

solas con sus penas, que atacan sin ruido y ganan las plazas sin poderse defender de ellas?

—Sí, mujer, sí; como quieras; pero tú no tenías otra obligación que querer y dejarte querer, y yo.....

—Tú, tú ya estás con el deber á vueltas y con eso de la vergüenza de quedarte, y las demás tonterías que dijiste en tu primera carta y ¡única! porque la de Madrid aún la espero; ¡ay! cuántas cosas tengo de contestar.

—Mira hija—interpuso don Juan Manuel,—no hables tanto, que todo no se puede vaciar en una vasija, necesitas calmar tantas impresiones.

—Y dormir, Margari—añadió José Antonio;—después hablarás hasta gastar la lengua, pues quizá ya no habré de salir por ahora al campo.

—¿Por ahora? ven aquí; vuelve á darme esas manos; ¿por ahora has dicho? no sales de esta prisión aunque lo manden todos los Napoleones y Wellingtones

y el mismo Rey del deber y demás zaran-dajas y polillas del cariño; aquí mandan estos ojos.

—Perfectamente, mi generala, está bien; pero, lo primero que deben hacer para mandar esos ojos es reflexionar cerrados, así, ¿ves? con la cortina de los párpados están más interesantes y misteriosos; así, duerme; te acompañaremos tu padre y yo; duerme.

Salió José Antonio con Juanchu y camaradas dejando á Margari y al herido bajo el amparo de don Juan Manuel y de las dueñas de la casa. Don Juan Manuel, sentado sobre el baul de cuero negro, reliquia de aquella casa de la calle de la Trinidad, apoyados los codos sobre sus rodillas y las manos en la frente, pasó lista á los recuerdos de su infancia; y con el alma trabajada por el pesar se despedía de su vieja Iruchulo, guardadora de los ecos de sus carcajadas de niño, carcajadas sin desabridas pesadumbres; se despedía de aquellas plazas y

calles convertidas en ruinas y cenizas, en las que envueltas quedaban memorias de lo que amó, de lo que perdió.

—Te dí la mejor cuna que yo pude, —decía con ténue voz, contemplando el sueño de su hija;—duerme ahora; cuando despiertes tú también llorarás al encontrarte sin ella, sin el nido que alegró tus días.

Le apartó de tales cavilaciones la madre de Juanchu, que entraba con servicio de caldos y botellas para reponer al herido; y ambos se metieron en charla, con la que se les deparó quietud y alivio.

Al llegar á la calle Mayor viéronse precisados José Antonio y Juanehu á armar sus pistolas para traer al orden á unos cuantos soldados, que á la luz de las llamas del incendio, vistiendo algunos de ellos casullas y albas arrebatadas de la iglesia de Santa María, bailaban embriagados, lanzando chillidos infernales, que apagaban los ayes y las voces de socorro de dos jóvenes desnudas, víctimas de los

sátiros organizadores de la danza; se entró en medio del corro José Antonio para coger á las infelices mujeres; uno de los soldados hizo una mueca de insolencia, siendo apabullado por los puños de José Antonio, que recibió al mismo tiempo fuerte puntapié en el vientre; logró arrancar por fin á las jóvenes de aquel purgatorio, y el irlandés Pery conseguía hacer llegar la fuerza de su autoridad á los soldados, los cuales puestos en fila y amenazados por las bocas de las pistolas de nuestros oficiales, fueron conducidos al atrio de San Vicente y entregados á una guardia, no sin haber castigado con azotes y recia paliza á los dos promovedores de la algarada.

El humo y viento, que apenas dejaban respirar y en cambio daban aliento á las brasas, les obligó á correrse hacia la muralla del frente de tierra; auxiliaron á la vecina Ventura Ecenarro, que dejó su casa ardiendo; al salir de la calle de Juan de Bilbao tropezaron con una patrulla de

incendiarios, los cuales con cucuruchos de cartón, llenos de materia azufrada, prendían fuego á su paso; llamas azules se extendían con increíble celeridad por toda la calle de Juan de Bilbao y una de las aceras de la Plaza Nueva; acababan de aplicar mecha á un almacén de cartón, que en pocos momentos extendió formidable hoguera por las fincas contiguas, metiéndose el chisporroteo en la tienda de quincalla y ferretería de los parientes de Margari; allí acudía Pepe Ignacio, sin dar paz á la mano, sacando paquetes y cestos de vajillas, arrojando herradas de agua en los marcos de puertas y escapates, gruñendo á la camada de bellacos que llevaba á ajenas manos sus mercaderías; Juanchu, dando de plano con la espada, dispersó á los incendiarios que pusieron en sus pies el cargo de conservar la vida, y con él y tras ellos fuéronse empujando fuertes latigazos José Antonio, Pery y Roso.

Quedáronse todos cuatro contemplan-

do con horror la agonía de una desdichada joven, que atada á una barrica en la calle de San Jerónimo había sufrido tormentos no imaginables; se quitó la levita José Antonio para cubrir el cuerpo de la mártir, á la que desligaron para subirla en brazos á la vivienda más próxima.

En ella, tendido sobre un sillón patiquebrado, el comandante Falstaff, el comensal de casa de Margari, con un gorro de papel calado en la cabeza, reía cargada de idiota, y simulando gestos de payaso, excitaba la risa de una comparsa de muchachos y dos mozas cantineras de indecorosa estampa; leñales escenas rufianescas de William Wycherly, en un ejemplar que manejaba para satisfacer su gusto indelicado.

Cuando en la habitación entraron los oficiales, solamente la voz en toses trompicada de Falstaff se oía, recitando sermones de cuaresma para comento escénico.

Las dos mozas girando alrededor del

sillón, completaban el cuadro y cantaban al final de cada párrafo del beodo el coro de las brujas de Macbeth:

Hermanas hechiceras:
 después de la batalla,
 del mundo mensajeras,
 nos dimos cita aquí;
 dancemos, giremos,
 tres vueltas por mí,
 tres vueltas por tí,
 y nueve es la cuenta
 al dar otras tres;
 callad, del hechizo
 la consigna es.

Le cogió Pery de las piernas, largas y secas cual cepa vendimiada, y como se agarró con sus brazos á los del sillón, cayó de cogote en el suelo, dejando al descubierto los descarnados costillares al desabrocharse con el golpe su levita, puesta en trato directo con el pellejo sin intermedio de camisa. Los demás cofrades despejaron la sala.

Aunque José Antonio habría querido

entendérselas con el estrafalario militar, reportó su intento de exigirle responsabilidades por sus hazañerías en casa de la novia, considerando el desnivel moral: tratándose de tan vil sujeto, se limitó á arrancar de aquellas manos el anillo con la perla cuya procedencia conoció bien pronto. Se entró en el cuarto donde se oían gemidos de la moribunda; recobró su levita y después de haber indicado saludables consejos á las convecinas sobre lo que convenía para mejor atender á la lisiada en tanto se avisaba al médico, volvió á la sala. Ya habían desaparecido sus compañeros; con intención de no hacer desprecio á las inevitables pláticas de José Antonio, se apresuraron á poner en proceso ejecutivo la causa criminal que al siciliano le ocurrió formarle á Falstaff, por gorrón, insolente, allanador de morada y no sé cuantas alegaciones más; y dicho, reído y sentenciado á chaparrón temporal en su grado máximo, cargaron al inglés y encamináronse por la puerta

de tierra y el arenal de Alderdieder, y lo zambulleron en las olas de la Concha, dejando luego el fardo coleando en el desvío que conduce al Antiguo.

El viento, después de haber empujado las atezadas nubes hasta el breñal de Belavieta, moderó sus ímpetus. Comenzó á clarear el nuevo día; Sir Graham, al despertar, halló marchitado el laurel de la victoria, ya que sus debilidades proporcionaron impropicias horas á San Sebastián.

Por la puerta de la muralla del frente de tierra iban desfilando familias sin hogar; mujeres de abandonadas trenzas, blanqueado su rostro por el espanto; niños cogidos á sus faldas, medio desnudos, acompañando con sus gritos el llanto de las madres; pescadores que cargaron sobre la espalda todo su ajuar; propietarios que se dolían del estrago de las llamas; ancianos que volvían los ojos al santuario de su vida, despidiéndole con silencioso dolor.

Juanchu, al regresar de extramuros, encontró á José Antonio, que pensativo contemplaba el éxodo del vecindario.— Adiós, pueblo de mis cuidados, de mis cariños, de mis recuerdos, — exclamó Juanchu, conteniendo el zopillo y enseñando en su cara siempre alegre la huella de honda pesadumbre. Le abrazó José Antonio, y ambos con los ojos humedecidos, caminando su paso á paso hasta la calle de la Trinidad, cruzaron el mismo pensamiento: ¿qué harán esas mujeres?



CAPÍTULO XXIV

**El sueño de Margari.—¿Y esa ciudad tendida á
mis pies?—Almas heroicas**

Sueña Margari: la imagen de una matrona, vestida de color de llama y púrpura, pasa por la fantasía de la dormida doncella; durmiendo sonrío; sus labios se recogen y despliegan alternativamente; el pecho respira anhelante; las cejas corvetean; de vez en cuando su mano derecha parece que quiere coger algo en el vacío;—llévame de aquí, me ahoga el humo; esas brasas rojizas ponen caras de muertos que rien; ¡ah! ya las veo; se mueve tropel de sombras, vibrando hachones, parecen furias con ojos de fuego y crines de león y silbos de culebra;

¿te has perdido, fantasma, que guías mis pasos? ¿te detienen los montones de brasas y cenizas, los maderos humeantes, las piedras calcinadas, los techos derrumbados? ¿ese cinturón recio de cantos ennegrecidos te detiene? avanza, tú que eres la diosa del tiempo y vuelas como las horas felices, ¿no pasarás por encima de la muralla? si amor te dió esas alas, ¿alas, para qué os quiero?

Voló la visión fantástica, aleteando en las espumas de la Concha, hasta dejar á la doncella soñadora en la meseta de Igueldo. Gritó Margari; sentía miedo; es imponente la silenciosa soledad de las montañas; á aquellas alturas no llegaba el rumor de las olas, ni el chillido de las aves marinas que juguetean con sus tendidas alas en las aguas en calma de la llanura azul; en la lejanía una faja de neblina tiende sus tonos cenizos por todo el rededor de la costa, como queriendo ocultar en misterio el más allá; Margari orienta sus confusas visiones,

cuando al tender su vista hacia el interior divisa los pinares de Ulía y el anfiteatro de colinas y rocas gigantes que circundan la región de Guipúzcoa; el contorno de las coronas y peñas de Aya y la hondonada de Oyarzun, donde la bella Easo perdió la corona de virgen; los montes de Goizueta y el jiboso Urdaburu; el altozano de Oriamendi y el pedregoso Burunza tráenle memoria de excursiones de antaño; son amigos que le ofrecieron otros días el aroma de sus plantas silvestres y pintaron colores en su tez con el pincel de las auras; también conoció Margari el lejano Aralar, orgulloso con sus cumbres que esconden misterios de tribus madres y fantásticas leyendas del Edipo navarro Teodosio de Goñi, el penitente de San Miguel; y el Hernio, de ancha espalda y corazón de hierro; y el Izarraiz, velando la cuna del Apóstol de Cristo. La luna ilumina las cercanas colinas, con sus caseríos blancos y sus manzanos negros; ilumina también los valles hondos doma-

dos por la azada y el arado, y el pálido reflejo de esa lámpara comunica placidez al rostro de la soñadora, que pronto cambia en gesto de sorpresa al mirar tendida á sus pies una ciudad inmensa, de alineadas calles y mansiones suntuosas, esplendente de luz clara como alba de Mayo, y brillante como fulgor de centella quieta, prisionera del progreso.

Sintió Margari que bajaba resbalando suavemente en carroza por férreos cordones conducida, y al llegar á la Concha surge de nuevo, entre espumas, la matrona vestida de color de llama y púrpura, que guía los pasos de Margari.

—¿Y esa ciudad cuyo rumor escucho, cuyos esplendores me confunden?—preguntó Margari en su encantado soñar.

—Esa es San Sebastián—respondió la visión acariciando la frente de la doncella.

—¿San Sebastián? ¿el pueblo de mis cariños, de mis alegres recuerdos?

—Sí, esa es San Sebastián; antes que

el jaramago tapizase sus ruinas, el heroísmo de unos pocos, alentado por el sueño de una virgen, las ha convertido en dorada ciudad; esa es San Sebastián. Tu padre y José Antonio oyeron tu sueño; y ambos, queriendo ofrecerte el ramillete de sus íntimos afectos, animaron á las gentes, movieron á las almas grandes y marcharon camino de Zubieta; allí, al calor del recuerdo de sus hogares perdidos, recobrando alientos de raza, en la tranquilidad y silencio de una aldea, inspirados por la majestad del Patriarca que desde su huta de granito avecindada al ventisquero preside los destinos de sus hijos, hicieron rostro á la adversidad y decidieron reconstruir el pueblo.

¿.....?

—Tú, acompañada por el padre y José Antonio, fuíste á vivir, á reponer tus quebrantos en la serena paz del caserío del Hernio; y mientras endulzabas con tus cuidados la vejez del padre y

cantabas canciones de cuna, José Antonio dirigía el bajel.

—¿Y mi padre? ¿y José Antonio?

—Ya no pisan las calles de la ciudad, cayeron como tú, al paso de las horas sepultureras.

—¡No! ¡aparta, visión fatal, que me arrancas los más hondos querereres!

Y despertó Margari.

Despertó llorando con el amargor cruel de la noticia.

Don Juan Manuel, que vigilaba su sueño, sentado en un baul de cuero negro, con dibujo de anclas adornado, apoyando en Margari su descaecido cuerpo, cogió las manos de su hija y templó con un beso su ansioso despertar.



EPÍLOGO

Cuando á casa llegaron Juanchu y José Antonio, después de entrar al cuarto del capitán Brussau, á quien hallaron con ánimos de defender la vida, dirigiéronse á la habitación de Margari donde ésta sostenía caudalosa charla con su padre, contándole su extraña visión.— profecía tal vez,—indicó, dirigiéndose á los tres contertulios;— profecía que ustedes harán buena, si sienten alientos de raza vascongada y fe de héroes y cariños del hogar donostiarra.

—No faltan alientos de raza vascongada.

—Ni fe de héroes.

—Ni amores de hogar.

Al amanecer el primer día de Septiembre de 1813, don Juan Manuel con los dos jóvenes oficiales fueron á presenciar la llegada de Lord Wellington al campamento del Chofre; Lord se permitió el lujo de reir y de dejar franca la risa á sus subordinados.

Después fueron á visitar á sus amigos y convecinos don Joaquín Luis de Bermingham, que los recibió muy peripuesto, rubicundo, con su casaca roja y su benévola sonrisa; y á don José María de So-roa, pequeño, enjuto, nervioso, de mirada vibrante; acomodados ambos al mismo parecer, fuéronse juntos á casa del alcalde Bengoechea, quien contestó á los valientes proyectos de los visitantes, enseñándoles borrador de un bando y circular que pensaba dirigir á los ediles y al vecindario, en los cuales documentos insinuaba el mismo atrevido pensamiento de reconstruir el pueblo, que seguía ardiendo sin que esfuerzo humano pudiera atajar la voracidad de las llamas.

Un pormenor separaba sus opiniones; si se edificaría una nueva ciudad sobre las mismas ruinas, ó levantarían las nuevas moradas en la Herrera de Pasajes; prevaleció la primera tendencia, ante las incontestables palabras de Soroa: «construyamos aquí; no abandonemos los templos donde oraron nuestras madres, ni abandonemos sus santas sepulturas.»

Los cañones de los aliados seguían rimbombando en furiosa conversación con los de Urgull, que lanzaban sus posteriores ecos, como gritos de águilas heridas, empeñadas en sostener su majestad en el vacío; el general Rey ganó para su imperio capitulación tan honrosa como una victoria; cuando el día 9 se firmaban los documentos, la sombra de Napoleón estrechaba la mano fatigada de aquel general de rizada cabellera y ancha frente, rostro varonil, suavizado por serenos ojos que iluminaban poderoso foco cerebral.

En la casa solariega de los Aizpurua,

de Zubieta, desde cuyos ventanales se recrea la vista contemplando la isleta de Urbitarte, sombreada por robles y nogales regados por el Oria, discurrían dos docenas de iluminados, y después de tres sesiones, los días 8 y 9 de Septiembre, su patriotismo echó los cimientos nuevos de San Sebastián.

Poco tiempo después, sobre las ruinas humeantes, montones de arena y yeso, balsas de cal, vigas de roble y haya interceptan el paso; se mueven obreros y maestros de obras; propietarios y rentistas aflojan sus verdes bolsas de malla y sus cinturones de cuero, guardadores de peluconas que hacía tiempo no salían á la luz del día; hombres de negocios, hábiles calculistas, patriotas excitados, anticipan sumas considerables; y acuden pesos de oro ganados por gentes de Vasconia que sudaron en los trópicos; inquietados por los movimientos revolucionarios de independencia en el gran mundo colonial, atraídos por el calor de

la cuna, venían al rincón, como golondrinas á su campanario, á secar el sudor con las brisas del golfo.

Después, después, cosas interesantes quedan en los puntos de esta pluma, que se moverá para contar el derribo de las murallas, y para hablar de los brotes del árbol viejo, que crecen y viven lozanos al amparo de San Sebastián, colonia de potentados, corte de majestades, morada de la cortesía y del buen gusto.

Lema:

SOÑEMOS, ALMA, SOÑEMOS.....







